

RESUMEN TESIS

TEORIAS DE LA CONSPIRACIÓN: DE LA FRANJA LUNÁTICA AL CENTRO DEL IMAGINARIO COLECTIVO

DOCTORANDO: ALEJANDRO MARTÍNEZ GALLO

DIRECTOR: RAMÓN DEL CASTILLO

Las teorías de las conspiraciones en las primeras civilizaciones

La tesis comienza delimitando el campo de estudio, por lo se define lo que son las conspiraciones criminales y las domesticas, para mostrar su diferencia con las conspiraciones grandilocuentes y objeto de este estudio. Luego pasará a describir las características de los constructos conspirativos más conocidas y que nunca han ocurrido, pero ocuparon y ocupan un lugar en nuestra atmósfera cultural. A partir de ahí intentó localizar el denominador común a todas ellas y emprendo una búsqueda histórica preguntando a las diferentes fuentes escritas, sean religiosas o literarias, o del arte y arquitectura de aquellos tiempos. De tal manera que analizo las creencias en la civilización sumeria está considerada como la primera civilización del mundo y en su literatura —principalmente en la *Epopéya de Gilgamesh*— y religión encontramos elementos básicos de las teorías de las conspiraciones (TdC, en adelante) y que continuaran presentes en ellas con los años. A continuación analizaré el Antiguo Egipto y el episodio narrado en el Antiguo Testamento y la Torá en el que Moisés, en el Libro del Éxodo (5:1-5:9, 7:8-7:13), conduce al pueblo hebreo hasta la tierra prometida. Terminaré este parte con el análisis del primer atisbo de TdC contundente que se nos presenta en la Historia, en la Grecia Antigua (1200 a. C. -146 a. C.) y en el Imperio Romano (27 a. C. -476 d. C.). En primer lugar aparecen como mitos en su narrativa épica, para justificar el nacimiento de su imperio por mandato divino, como *mito fundacional* —el caso más evidente es la *Eneida* de Publio Virgilio—. En segundo lugar, esos constructos conspirativos inventadas pueden servir al poder constituido para señalar un *chivo expiatorio* o *buco emisario* que cargue con las culpas de los problemas sociales e individuales de los ciudadanos y exima al gobernante de sus responsabilidades —el ejemplo en aquellos momentos fue la conspiración urdida por Nerón en el incendio de Roma (año 64 d. C.) o la de Diocleciano en Dalmacia (año 303 d. C.), contra los cristianos allí asentados—. A día de hoy es prácticamente imposible conocer el número exacto de cristianos muertos en estas

persecuciones, pero no sólo el asesinato fue su destino como chivos expiatorios, también se les encarceló, se les azotó, torturó o ejecutó —el martirio cristiano—, se les exigió el pago de impuestos supletorios, sufrieron la confiscación o destrucción de bienes y, en época de Diocleciano, ciudades cristianas enteras fueron arrasadas. En tercer lugar se exteriorizan como una constante de la presencia del *destino* griego —Homero en la *Iliada* o la *Odisea* es el ejemplo más claro— o su equivalente el *fatum* romano, siendo conductor y guía de los seres humanos, de tal manera que el destino elaborado en la Grecia Antigua es la conspiración o complot actual en los mitos modernos o TdC que estudiamos; es decir, el azar, el accidente no existe, todo es y está causado. Cerraré este periodo histórico citando la conspiración construida por Platón en el capítulo V de *La República*, pues considera las manipulaciones desde el poder como necesarias para preservar la estabilidad y el progreso de la sociedad, pero se han de legitimar ante el ciudadano, por eso las reviste de azar, para que el ciudadano crea que es su mala suerte y no una manipulación desde el poder. Es Platón, pues, el primero que teoriza sobre la utilidad de las TdC en el empleo del poder en el buen gobierno, sobre su necesidad y como método de sometimiento de las masas. Así, las TdC nacen como un instrumento del poder con dos vertientes: justificar las acciones de los poderosos y gobernantes y encontrar o señalar un culpable de las desgracias que desvíe la ira del pueblo hacia él, hasta conducir a las matanzas o asesinatos. También se convierten en una forma de interpretar lo real, la Historia y la misma creación o nacimiento del universo, todo encaminado a un destino establecido, un *fatum* o misión en la vida de los seres humanos marcada por los dioses, antiguos conspiradores, que sólo dejan a los humanos la astucia, el *mētis*, para evitar ese destino. Cinco de las características que presentan las actuales TdC tienen su origen en esas civilizaciones: la primera, una forma elemental de interpretar la realidad y la historia, una especie de «epistemología para la plebe»; la segunda, sirven de mito fundacional de ciudades e imperios; tercera, si las crea el poder es para eximir a sus gobernantes de responsabilidades y, de inmediato nos lleva a la cuarta porque están relacionadas, señalar un chivo expiatorio que cargue con las culpas; quinta, alguien mueve y decide todo entre bastidores —«Lo que sucedió en Troya fue planeado la víspera en la cima del Olimpo de los dioses», (Umberto Eco, 2015)—; y sexta, nunca presentaban evidencias de lo defendido, en realidad eran forma de encontrar explicaciones a cuestiones desconocidas.

Las TdC como salvadoras de cosmovisiones

La etapa que se abre después de la época grecolatina en la Historia es la de la civilización del vasallaje y el feudo, anclada en un nuevo modo de producción basado en otras formas de explotación de los recursos naturales, de las relaciones sociales de producción y del triunfo

definitivo del monoteísmo frente al paganismo o politeísmo en Occidente. Es, pues, el inicio de la Edad Media, que abarcó desde el año 476 d. C hasta el siglo XV. En los primeros siglos después de la caída del Imperio Romano, la cosmovisión cristiana fue dominante en la atmósfera cultural, pues se defendía que se caminaba con paso firme hacia el Reino de Dios o *Ciudad de Dios*, como señaló San Agustín de Hipona. Los temas que les preocupaban era *más elevados* — véase los asuntos tratados por los ocho concilios ecuménicos celebrados desde el año 325 hasta 1054—, que los problemas cotidianos de los hombres y mujeres en la sociedad en la que vivían y se relacionaban, producto de que el mundo progresaba imparable, según su convencimiento, hacia el Reino de Dios y venciendo los resquicios de la ciudad de los humanos. En Occidente, el cristianismo se convirtió en la cosmovisión dominante, que daba explicación a todo lo que ocurría en la realidad y a todo lo ocurrido en el pasado; se comportaba como un Programa de Investigación, en términos de Lakatos (1983). En todas esas narraciones, no hay conjuras misteriosas contra el ser humano, pues en épocas de expansión y bonanza de una civilización amparada por la explosión de un nuevo modo de producción, no se conoce el nacimiento de TdC. Esta referencia desde la Patrística y el despegue de la Edad Media con el catolicismo como dominante en la atmósfera cultural, nos muestra cómo las TdC no nacen en un medio en desarrollo constante y sin aparentes contradicciones internas; es decir, el sistema y los poderes realmente existentes están seguros en el *statu quo* y no necesitan crear chivos expiatorios que carguen con culpas ajenas.

Los historiadores datan un periodo de tranquilidad desde que el cristianismo se convierte en religión oficial del Imperio, con el decreto del emperador Teodosio el 27 de febrero de 380, hasta 1136; es decir, casi ocho siglos de dominio pleno del cristianismo como elemento dominante en la atmósfera cultural. Es decir, más de once siglos después de Cristo, el cristianismo había cumplido a la perfección su función de ideología, de falsa conciencia de unas relaciones sociales realmente existentes y de bálsamo espiritual para las masas con sus promesas del Reino de Dios, ya fuera en esta vida o *post-mortem*. Sin embargo, la gran nube ideológica que cubría la atmósfera cultural y que convertía en inamovible la sociedad de la Edad Media por mandato divino, comenzó a resquebrajarse por varias razones: el fin de la riqueza aportada por las Cruzadas, las guerras entre reinos, las hambrunas, las sequías, las malas cosechas, la peste, etcétera. Cualquier desgracia desde la cosmovisión dominante se explicaba como el despliegue del Mal sobre la sociedad. Así, todas las calamidades que ocurrían eran el resultado del *mal-desgracia* defendido por los sinópticos, algo que ya no se podía explicar como resultado del *mal-culpa* paulino y apoyado por San Agustín; es decir, el pecado. Al final fue dominante que el *mal-desgracia* provenía o se incrementaba por el *mal-culpa*, lo que llevó a una pastoral del terror. Sostenían que de Dios no proviene el Mal, pues el Dios del cristianismo es omnibenevolente.

Entonces, ¿de dónde procedía el Mal? Hasta entonces se sostenía, que la desgracia procedía del pecado; sin embargo, en los tiempos que corrían era muy difícil convencer a alguien que ese *mal-desgracia*, identificado principalmente con la Peste Negra, provenía del pecado de algunos y que la plaga la había enviado Dios para castigar a esos pecadores. Sodoma y Gomorra estaban muy bien como metáfora didáctica, hasta que la muerte alcanzó a veinticinco millones y recaía por igual sobre ricos y pobres, sobre creyentes y herejes, sobre buenos y malvados. La alegoría de Sodoma y Gomorra ya no servía para explicar la terrible realidad, pues, entonces, Dios había salvado a los buenos (Génesis 19:1-38), enviándoles dos ángeles a rescatarles antes de que lanzase el fuego y el azufre sobre las ciudades. Durante la Peste Negra nadie vio ángeles enviados desde el cielo para salvar a los puros y castos, que morían igual que los impuros y malignos.

Ante esta situación, el razonamiento perverso fue más o menos: si la sociedad en la que se vivía era la querida por Dios y se progresaba hacia su Reino, tenía que existir algún elemento o agente que estuviese impidiendo ese inexorable progreso, había que localizar de inmediato la causa de esa desgracia; salvando, por supuesto, en todo momento el constructo teórico del cristianismo, su cosmovisión de la realidad y de la Historia. En este momento, el catolicismo comenzó a comportarse como un Programa de Investigación *degradado*, y necesitaba crear hipótesis *ad-hoc* para interpretar los nuevos acontecimientos o tapar los huecos dejados por la cosmovisión, pero manteniendo firme su «núcleo duro», que no podía ni debía resquebrajarse. Así, desde los estamentos del poder —la nobleza y sobre todo el clero— se crearon hipótesis *ad-hoc* para justificar las crisis —económicas, social y humana— que se estaba viviendo y se dejase intacta la cosmovisión o por lo menos el «núcleo duro». De ahí, si todo lo que nos rodeaba caminaba hacia el Reino de Dios y el proyecto de la cristiandad parecía estancarse, la razón de este estancamiento o retroceso no había que buscarla en Dios ni en sus representantes en la Tierra ni en los creyentes; tenía que encontrarse en algunos agentes ajenos que atacaban ese proyecto. Esos agentes eran los enemigos, los conspiradores que querían destruir el plan divino, la Providencia Cristiana, y sustituirlo por el Reino de las Tinieblas: Satán, que siempre era el elemento recurrible; los judíos, moriscos, conversos, cualquier extranjero o hereje en general e, incluso, contra leprosos; y las brujas. Es decir, las TdC de los judíos, brujas y demonios nacieron como hipótesis *ad-hoc* creadas para mantener y seguir justificando la vigencia del paradigma cristiano, que era la ideología dominante en la época, la conciencia falsa de la realidad. Esas hipótesis *ad-hoc* se articularon alrededor de la defensa de la teoría del Mal mantenida por los padres de la Iglesia. A esos chivos expiatorios se les acusó de ser los autores de la epidemia, de la Peste Negra, por medio de la intoxicación y el envenenamiento de pozos, y del resto de desgracias, como las malas cosechas, las hambrunas, etcétera. En resumen: la TdC de que

diferentes agentes capitaneados por el Diablo conspiraban contra la cristiandad, se fraguó como una gran hipótesis *ad-hoc* para salvar la cosmovisión del cristianismo construido en esos momentos, pues era incapaz de explicar las desgracias que ocurrían.

Los pogromos contra los judíos se extendieron por el orbe cristiano y, hasta su definitiva expulsión, muchos murieron en asesinatos o en juicios falsos con confesiones bajo tortura para mostrar a la plebe su culpabilidad y asentar que la cosmovisión cristiana no estaba equivocada. Cuando se terminó con la supuesta problemática de los judíos, como las contrariedades seguían sin resolverse, los esfuerzos se centraron en otro agente conspirador, las brujas, aunque en algunos lugares la persecución se realizó en paralelo. El resultado de ese constructo teórico condujo al mundo a miles de muertos, donde todavía hoy es desconocido el número exacto de los mismos. De esta época, podemos extraer tres funciones más de las TdC en la Historia que se unen a las seis de la primera parte. La séptima fue que sirvieron para apuntalar la cosmovisión dominante, y lo hicieron con hipótesis *ad-hoc*. La octava es que nacen siempre en momentos históricos convulsos de crisis económicas y políticas. Y la novena, necesitan una comunidad de fe —u organización o institución— que las defiendan y asuma; sino es así, se quedan en la periferia lunática de las sociedades.

En épocas de expansión y bienestar no nacen TdC.

Así, entramos en los albores de la modernidad con unas conclusiones claras sobre las TdC existentes hasta ese momento: primero, son constructos artificiales y nacen en los momentos de incertidumbre social, de crisis social y económica que resquebraja sus paradigmas dominantes en la atmósfera cultural, sus cosmovisiones, son los momentos definidos por Antonio Gramsci en los que «lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados» (Gramsci, 1981, V. 2; § 37); segundo, se convierten en una forma vulgar de interpretar la Historia y la realidad; tercero, sirven para justificar o apuntalar el paradigma cultural dominante, principalmente con hipótesis *ad-hoc*; cuarto, consiguen desviar la atención y que no se focalice en los dirigentes como causantes de las desgracias; quinto, se alzan como signo identitario en la construcción de pueblos, ciudades o imperios; sexto, crean un buco emisario o chivo expiatorio al que se señala y se le culpa de las desgracias sociales e incluso de las de la naturaleza; séptimo, construyen comunidades de fe que apoyan las medidas contra los chivos expiatorios y conducen a genocidios, pogromos o masacres indiscriminadas; octavo, siempre hay alguien que mueve los hilos de la Historia y la realidad, por lo que todo está relacionado y nada es el azar; y noveno, siguen sin presentar evidencias firmes sobre lo que defienden, siguen siendo discursos cerrados y autoafirmativos.

La invención de la imprenta (1440), la caída de Constantinopla (1453) y el descubrimiento de América (1492) fueron los hitos que marcaron el fin de la Edad Media y el comienzo de una nueva etapa con el nacimiento del modo de producción capitalista, en un momento histórico de desarrollo imparable del sistema con una acumulación de riquezas, producto de los saqueos en las tierras descubiertas, así como el uso de esclavos. Esto provocó la génesis de una burguesía articulada principalmente alrededor del comercio y de la floreciente industria. El clero se lanzó de inmediato a esas nuevas tierras a difundir el cristianismo en un esforzado apostolado. De ahí que la atmósfera cultural del Nuevo Mundo se construyera como una cosmovisión cristiana reformulada en una nueva narrativa, que se puede resumir en: el proyecto divino tiene enemigos —los judíos y las brujas, principalmente, capitaneados por Satán— que lo quieren impedir, por eso era necesario destruir a esos enemigos que se encontraban entre nosotros. Esto tiene mucha importancia porque indica el momento en el que se encontraba el cristianismo al trasladarse al Nuevo Mundo: era un cristianismo escindido y con esas facciones en pugna, principalmente católicos contra protestantes; pero ambos creían en la existencia de agentes conspiratorios en la Tierra para terminar con el proyecto divino; y, aunque las facciones cristianas se encontraban en pugna, se mostraban unidas al atacar al judaísmo, al demonio y a las brujas, su chivo expiatorio. El Renacimiento posibilitó en las repúblicas italianas al nacimiento de una pequeña burguesía pujante y a libre pensadores amparados por sus mecenas. El constructo teórico dominante que achacaba todos los males a las conspiraciones de los judíos, de las brujas y de Satán, fue atacado desde diferentes frentes, incluso utilizando el «exorcismo profano del humor» (Mendoza, 2010; 156). En esta época el paradigma vigente en la atmósfera cultural comenzó a resquebrajarse poco a poco: quedó demostrada que el gobierno terrenal de los reyes por la Gracia Divina no existía (Maquiavelo, Erasmo de Róterdam...); nació la posibilidad de existencia de otros mundos, al menos en teoría, además del nuestro (Tomas Moro, Tomasso Campanella...); así como el descubrimiento de mundos reales, como fue el caso de toda América. Cada uno a su modo (filósofos, narradores, poetas, pintores), en su zona de influencia (dentro de la Reforma o de la Contrarreforma) y salvado la censura de la Inquisición, se fue abriendo paso en el Renacimiento con una nueva forma de interpretar la realidad, primero como estilo, como estética, luego como ética y por fin como praxis. La expansión económica producto del descubrimiento de nuevas tierras y del pujante capitalismo, provocó el nacimiento de una época amplia de desarrollo y de quietud social, parecida, salvando las distancias, a la que se vivió en la Edad Media desde el decreto de Teodosio en el año 380 hasta el año 1.136, y que se encontró libre de TdC. Así, las TdC de los judíos, brujas y demonios contra la cristiandad abandonaron el centro de la atmósfera cultural y regresaron a la periferia lunática, porque el mundo que las produjo se derrumbó.

La génesis de la TdC Unificada

Ese desarrollo económico, la pujante I Revolución Industrial, el nacimiento de nuevas capas sociales ajenas y opuestas a los intereses de la aristocracia y al clero —es decir, el proletariado urbano y la burguesía— y la aparición de graves contradicciones sociales, provocaron el estallido de la Revolución francesa, en 1789, y de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos en 1783 con el Tratado de París, lo que condujo al nacimiento de nuevas constituciones liberales que rompían con el viejo mundo de las monarquías, separaban la Iglesia de los gobiernos de las naciones y establecían los derechos de los ciudadanos. Las nuevas TdC nacen en la franja lunática de la atmósfera cultural para interpretar las razones por las que el Antiguo Régimen se había derrumbado. En este marco se inscriben las obras del abate Augustín Barruel y John Robison, que señalan la caída del Antiguo Régimen como el resultado de la alianza de todos los antiguos enemigos y agentes conspiradores —Templarios, Illuminati, ilustrados, enciclopedistas, partidarios de Cromwell, judíos, brujas, demonios y demás herejes conocidos— contra el proyecto cristiano; es lo que he denominado anteriormente la TdC *Unificada*, en la que todos los conspiradores se unieron en una causa común. Desde la perspectiva actual, es una interpretación de la realidad absolutamente inverosímil, pero da la impresión que en aquellos momentos históricos lo importante era que la gran masa lo creyese, es la aplicación de la teoría jesuita de la «reserva mental»: es decir, lo que realmente importaba es que el otro crea. De esta manera, nace esa explicación simple de una realidad muy compleja, sobre lo que estaba sucediendo en la sociedad dirigida al vulgo para una fácil comprensión. En los Estados Unidos, por su parte, siguiendo a Richard Hofstadter (1964), las TdC formaron parte de la identidad en el nacimiento de la nación norteamericana, pues tenía que defenderse contra los grandes enemigos y conspiradores, principalmente las monarquías europeas y el Papado con sus agentes, la Compañía de Jesús, considerados como unos conspiradores natos llamados a destruir el proyecto de la joven nación, cuestión que los puritanos tendrán siempre presente en su sermones. Sin embargo, no debemos olvidarnos que bajo estos movimientos sociales y de la atmósfera cultural, había comenzado la I Revolución Industrial de un poderoso modo de producción aún hoy vigente, basado principalmente en la competencia. De ahí que pensadores como Andrew Stephen Crove consideraran que la paranoia, el pensamiento conspiranoico, es el elemento que marcaba la supervivencia en este nuevo mundo económico de competencia despiadada, y que la complacencia conducía al fracaso. Luego, identifica la creencia en conspiraciones como el pensamiento del propietario de un pequeño negocio, un pensamiento ligero o sencillo que le permite sobrevivir, al mismo tiempo que interpreta lo que le rodea en una desconfianza permanente; inaugurando lo que denominaré la «epistemología de la

supervivencia». Servir como elemento de supervivencia se convierte en la faceta número once de las TdC. La décima segunda será que en toda TdC, al carecer de evidencias que la demuestren, comienza a utilizar el método de la *retroalimentación* entre autores.

En tiempos convulsos, nuevos conspiradores

A partir de aquí, el aparato estatal se renovó y fortificó: se incrementó la burocracia, el ejército pasó a ser permanente y de carácter estatal, se crearon potentes tribunales de justicia y cuerpos de policía. Así, la policía se convirtió en el ejército en tiempos de paz; es una institución que no venía del Antiguo Régimen, que era plenamente del capitalismo burgués de la época, cuya creación corrió pareja al nacimiento y desarrollo de los códigos penales y la ciudad, la urbanización de la vida. Así, la institución policial prusiana ve la luz en 1822; la Policía Metropolitana de Londres, en 1829, bajo la dirección de Robert Peel; la Sûreté Nationale francesa, en 1825; en 1838, la policía de Boston y así sucesivamente en el resto del mundo. Sus misiones serán la delincuencia común y localizar focos de posibles subversivos contra el régimen, sobre todo en las urbes. Aquí, pues, durante el siglo XIX, a los mitos de las grandes conspiraciones se entrecruzarán con los relatos policiales y su lucha contra agentes que querían subvertir el orden: anarquistas, socialistas, marxistas, delincuentes comunes, agentes de otras potencias y elementos de sociedades secretas reales o ficticias. Era una forma de confirmar y justificar el trabajo policial —también el espionaje y contraespionaje, iniciado desde Joseph Fouché—, ya que sociedades secretas y policía se retroalimentaban en esa época. Al mismo tiempo, el relato de la recién estrenada Policía sobre las sociedades secretas comenzaba a perfilar una suerte de división en el trabajo de los conspiradores reales o inventados: el planificador, el cómplice, el encubridor, el receptor, el infiltrado, el confidente, el agente doble, el mitómano, etcétera, que irán teniendo un hueco en las construcciones conspirativas posteriores.

El agente conspirador ha de materializarse en alguna figura concreta y así tendremos el nuevo conspirador del futuro: el banquero, cuya tarea, aunque no fuera secreta, requería de la discreción. Unido a los banqueros como nuevos agentes conspiradores, nació el poderoso Estado-Nación como el conspirador nato, utilizando todos sus recursos, Policía y servicios de espionaje, al servicio de la construcción de TdC y de chivos expiatorios. A lo largo del siglo XIX el avance de la medicina y de la ciencia en general supuso la muerte de las TdC de demonios apoderándose de seres humanos, de pactos de brujas y el Diablo, que los cambios sociales y tecnológicos habían enviado al vertedero de la Historia. Pero nacieron otros conspiradores, como los ya citados de los banqueros o el Estado-Nación, a los que se sumaron los jesuitas y los

masones. En este mismo siglo, la Comuna de París de 1871 recuperó los viejos fantasmas de la Revolución francesa y las capas privilegiadas rescataron nuevos conspiradores contra el orden establecido en las TdC que nacieron en esta etapa. Así, las causas de estas revueltas se encontraban en que de nuevo todo se había resquebrajado por una conspiración conjunta entre marxistas, anarquistas, judíos y masones. Banqueros, anarquistas, marxistas, francmasones, los siempre indispensables judíos y los jesuitas se perfilaron como los nuevos agentes conspiradores, que se unieron al más poderoso conspirador de todos, que nació como resultado de las revoluciones burguesas: el Estado-Nación. El Estado como un nuevo agente conspirador tuvo reflejo en diferentes obras literarias, las más significativas fueron *El hombre que fue jueves* de Gilbert Chesterton y *El agente secreto* de Joseph Conrad. Al contrario, también tuvo su reflejo en obras que lo dibujaban como un bastión de defensa de la población contra conspiraciones dañinas, 39 *Escalones* de John Buchan.

Los nuevos tiempos cambian los agentes conspiradores, lo que sería la décimo tercera característica de las TdC; es decir, son las circunstancias sociales las que modificarán las TdC y sus agentes. Las modificaciones sociales no solo cambian los agentes sociales, también las figuras que aparecerán en los relatos conspirativos, que en esos momentos los trasladan del relato policial: el agente provocador, el infiltrado o agente encubierto, el agente doble y el renegado, que tanto juego siguen dando en las TdC actuales. Sin embargo, durante el siglo XIX no aparecieron TdC destacadas ni se señalaron chivos expiatorios excepto los que trasgredían el orden social, que la recién creada policía incorporaba a su relato y establecía las figuras de una división del trabajo conspirativo en la comisión de los delitos. La razón hay que buscarla en que la sociedad burguesa estuvo segura de sí misma y orgullosa de sus logros, en especial en la ciencia, a la que los hombres de la época supeditaron muchas formas de actividad intelectual. Incluso las corrientes filosóficas principales se sometían a ella.

Los agentes conspiradores a comienzo del siglo XX

De esta manera llegamos al siglo XX, donde los agentes conspiradores que querían dominar el mundo y amenazaban la civilización se habían modificado. Los más activos en el imaginario colectivo eran: en primer lugar los banqueros, minoritarios y poderosos, capaces de poner bajo sus pies a gobiernos enteros; los marxistas, anarquistas y socialistas utópicos, que se convertían en los chivos expiatorios preferidos cada vez que se producían revueltas sociales; los francmasones, no sólo presentes en las construcciones ficticias de Leo Taxil, sino que eran una constante en el imaginario del mundo conservador español, que los hacían responsables incluso del desastre colonial; la Compañía de Jesús, a las órdenes del Papado intentaban socavar los

cimientos de los nuevos Estado-Nación creados en América; el Estado, que se ve configurando como el gran productor de conspiraciones, tanto en la realidad como en la ficción, cuando le interesaba señalar a chivos expiatorios; y por fin tenemos a los judíos, eternos agentes conspiradores en todas las épocas, pero que en ese momento se le añaden los estudios raciales que los van a considerar inferiores, y que unido a que los banqueros citados, mayoritariamente son judíos, pues es la razón por la que la creencia en esta conspiración se mantiene con fuerza, basta señalar el citado pronunciamiento de Zola en el caso Dreyfus. En 1905, con la fallida Revolución Rusa, las autoridades zaristas han de buscar y señalar a un culpable de dichas revueltas. La principal razón es alejar las críticas hacia la monarquía y señalar un chivo expiatorio como agente causante de las desgracias que sufre la población. De esta manera aparecen *Los Protocolos de los sabios Sión*, una falsificación de la policía secreta del zar para acusar a los judíos. A partir de aquí, se iniciaron los pogromos contra los judíos en Rusia, persecuciones y matanzas. El triunfo de la Revolución bolchevique en 1917 afianzó la búsqueda de las causas del derrumbe de la monarquía, como en su día ocurrió con la Revolución francesa, y la difusión de *Los Protocolos* entre los sectores derrotados se extendió. De tal manera que llegaron a Alemania, a manos de los jefes nazis, Goebbels sabía que eran una falsificación pero los difundió, Himmler se los creyó como un auto de fe y Hitler los utilizó como la palabra revelada. De tal manera que en Europa se habían extendido las dictaduras y cada una había adoptado una TdC con su chivo expiatorio correspondiente: Alemania se encomendaba a la TdC de los judíos y las razas inferiores; España, a la de los masones y comunistas; Italia, a los ingleses, judíos y potentados capitalistas; en la Rusia estalinista se perseguía a los «enemigos del pueblo». Se cumplía, pues, lo defendido por Umberto Eco: «[L]as dictaduras usan la noción de conspiración universal como arma. Durante los primeros diez años de mi vida, fui educado por fascistas en la escuela, y usaban la conspiración universal –que los ingleses, los judíos y los capitalistas estaban complotando contra el pobre pueblo italiano, se decía entonces–. Con Hitler fue igual (Umberto Eco, *ABC*, 28 de abril de 2015). El resultado de todo esto es bien conocido: el Holocausto, las prisiones fascistas italianas y españolas y los Gulags; es decir, el genocidio, como destino final y objetivo último de toda TdC que se instala en una comunidad de fe o se convierte en la centralidad de la política de un Estado. Aquí nos aparece la característica décimo cuarta de las TdC, que todas las dictaduras del mundo han utilizado una TdC para conquistar y mantener el poder. La décimo quinta característica es que esas TdC usadas por las dictaduras han conducido al genocidio, para sobrevivir como cosmovisión y para alejar a los dirigentes de la responsabilidad. Nada más que los campos de exterminio se dieron a conocer al mundo, la forma de interpretar la realidad cambió y no solo hubo que desprogramar a los aun creyentes en

esos constructos conspiratorios, sino que también las TdC se convirtieron en objeto de estudio de las ciencias humanas, lo que significó la decimosexta característica que señalo.

Las TdC, objeto de estudio

Finalizada la II Guerra Mundial y descubierto por la humanidad el resultado de los campos de exterminio y/o concentración por toda Europa, se extendió el estudio pormenorizado y riguroso de filósofos, teólogos, juristas y políticos sobre las causas de ese genocidio. En ese momento, hasta la Teodicea comenzó a cuestionar la omnipotencia, omnibenevolencia y omnipresencia de Dios, al preguntarse cómo Dios había permitido ese horror. Pero lo innegable fue la necesidad de desprogramar a los nazis y sus seguidores. Las palabras de conclusión en los juicios de Núremberg, como ya he mencionado, son clarividentes: «*Es absolutamente imposible mellar en modo alguno esa visión del mundo mediante razonamientos lógicos o racionales, es una especie de religiosidad y lleva a la gente a constituirse en secta*»¹. Es lo que he defendido, que cualquier TdC cambia para defenderse, con sus mecanismos de defensa epistémicos o estrategias inmunológicas: creando hipótesis *ad-hoc* o utilizando las falacias como sistemas de defensa o los sesgos, principalmente el de confirmación o de atribución, o todo a la vez, de tal manera que es casi imposible refutarlas con argumentos lógicos. Por eso se hace necesario que las condiciones sociales que las han creado cambien o mueran, ya que la verdad nunca ha sido una cuestión teórica, sino práctica, y las teorías no flotan en el aire, sino que son el producto de relaciones político-sociales y económicas que se encuentran en su origen. Lo que enlaza con la décima característica de las TdC que he citado.

Lo innegable es que en esa época de dictaduras, represión, campos de concentración, guerras y muertes, se señalen a las TdC como un elemento ideológico básico de todo este conglomerado macabro. De ahí que diferentes filósofos abordaron el estudio de las TdC por considerar que en su estructura, andamiaje, función y objetivo se encontraba la resolución del enigma por el que millones de seres humanos fueron ejecutados. Los dos primeros filósofos que abordaron con cierto rigor las TdC fueron Karl Mannheim y Karl Popper. Ambos habían visto nacer el régimen nazi en Alemania y habían sufrido su posterior evolución, hasta que tuvieron que exiliarse. El primero en analizarlo fue Mannheim, y, en 1943, desde su exilio escribió *Diagnostico de nuestro tiempo*, la primera obra que analiza el nacimiento y los efectos de los constructos conspirativos elaborados desde el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán

¹ Nuremberg Trial Proceeding Volume 4, Twenty-Sixth Day, Thursday 3 January 1946, p. 365.

(NSDAP) sobre la población y las naciones del mundo. En primer lugar, considera que Hitler despliega una conspiración muy medida sobre la población —*estrategia nazi*, lo denominaré—.

Después, Hitler pasa a la *desorganización sistemática de la sociedad*, y de esa manera se destruye la resistencia del individuo mediante la desorganización de los grupos a los que pertenece, ya que considera que el nazismo «sabe perfectamente que un hombre desvinculado de su grupo es como un cangrejo sin caparazón» (Mannheim, 1961; 132). Esta desorganización del contrario ha de ser rápida y violenta, sin posibilidad de respuesta en contra. Estos dos puntos sólo tendrán éxito si se les añade un tercero: construir nuevos grupos que promuevan conductas aprobadas por el partido. Finaliza con un cuarto, que Mannheim denomina *Quislings*, nombre genérico por el que designa un método para poner de su parte a la oposición política y a los inadaptados y fracasados sociales, al lumpen. Completada esta fase, la víctima se encuentra a su merced, pero aún evita el ataque directo y sigue prefiriendo la desmoralización desde dentro: «se propagan rumores, se crean temores, se azuza unos contra otros a los grupos rivales y, por último, se administra la conocida mezcla de promesas y amenazas» (Mannheim, 1961; 133). Llegados a este punto, el nazismo tenía a los sujetos rendidos ante él. La explicación psicológica es: «el hombre abandonado a sí mismo no puede ofrecer resistencia» (Mannheim, 1961; 134). Llegados aquí, al sujeto no le queda más que elegir entre el martirio o el Nuevo Orden que comienzan a reconstruir, cuyos elementos son el Führer, como caudillo de la sociedad; el terrorismo del NSDP sobre el ciudadano, terrorismo de Estado; y la creación de un chivo expiatorio, «bucos emisarios» lo denomina Mannheim, cuyo objetivo será doble: liberar a la comunidad de cualquier sentimiento de culpa e impedir que cualquier hostilidad se vuelva contra los dirigentes. Así, los judíos se convirtieron en el buco emisario del III Reich, ellos eran los causantes de las desgracias que afligían al mundo porque tramaban una conspiración desde los tiempos inmemorables para dominar al resto de la humanidad, cuestión que consideraban documentada en los *Protocolos*. Esta manipulación de las masas lo consiguieron los nazis con lo que Mannheim denominó *técnicas sociales*: «el conjunto de métodos que tratan de influir la conducta humana y que en las manos del gobierno operan como un medio de control social singularmente poderoso [...] esta eficacia fomenta la dominación minoritaria» (Mannheim, 1943; 10). Las mismas enlazarían hoy con los mecanismos nacientes de la sociedad de consumo y que la publicidad extendió a todas las esferas sociales usando estrategias de explotación similares. Así, Broncano (2019) identifica esos mecanismos con la actual «ingeniería social de la comunicación» que ha provocado la transformación del entorno cultural, informacional y epistémico de la política, economía y sociedad contemporánea» (Broncano, 2019; 129). Ambas, ya sean las *técnicas sociales* o *ingeniería social de comunicación*, operan como instrumentos para manipular las emociones de

las masas y «poner bajo control público procesos psicológicos que se consideraban antes enteramente personales» (Mannheim, 1943; 11). El esquema de la «estrategia nazi» empleado por Hitler, fue asumido por el resto de dictadores, tanto por los que ya existían entonces como por los que vinieron después en el resto del mundo. Lo único que cambiaban era el sujeto o colectivo que ejercía de «buco emisario».

El segundo filósofo que abordó con rigor el estudio del uso de las TdC desde el poder antes de la Guerra Fría fue Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos* escrito en 1945. En ella critica a los que llama nacionalismos de todo tipo —sionismos, marxismos y fascismos— y centra su estudio de las TdC o constructos conspirativos. Estas dos cuestiones son su ataque directo al historicismo, como creencia de que la historia humana sigue leyes y tendencias regulares y cognoscibles, de lo que derivan que el papel de las Ciencias Sociales y/o la Filosofía es encontrar esas leyes para predecir el curso de la historia. Esto le permite establecer paralelismos entre «el pueblo elegido» —sionismo y la mayoría de los nacionalismos conocidos, incluido el norteamericano— con «la clase elegida» —marxismo, anarquismo y otras teorías del socialismo utópico— y «la raza elegida» —nazismo y otras tendencias del supremacismo—. El historicismo es la verdadera bestia a batir por Popper, pues considera que está presente en todas esas ideologías que dominaban el mundo de forma tiránica, asesinando y convirtiendo lo que les rodeaba principalmente en un gran campo de reclusión y de exterminio. Esas Leyes Inexorables del Destino Histórico, son las que el historicismo cree que existen en la Historia y la rigen por encima de la voluntad de los seres humanos. El objetivo principal de todo historicismo sería: «aligerar a los hombres del peso de sus responsabilidades» (Popper, 1994; 18). Y podemos encontrar su origen, siempre según Popper, en el propio Homero, que consideraba la Historia como un producto de la voluntad divina, cuyo destino final se mantenía en secreto para la mayoría de los seres humanos —excepto para los oráculos que podían interpretar las señales—, pero ese sentimiento del destino ajeno a los seres inteligentes se encuentra presente y también la idea permanente de que existen «fuerzas ocultas entre bambalinas» (Popper, 1994; 26). Relacionado con el historicismo se encuentran las TdC, pues considera que éstas son anteriores a aquél e influyeron en su nacimiento. De esta manera nos dejó escrito que: «una teoría ampliamente difundida pero que presupone lo que es, a nuestro juicio, el opuesto mismo del verdadero objetivo de las ciencias sociales: nos referimos a lo que hemos dado en llamar *teoría conspirativa de la sociedad*» (Popper, 1994; 280). La definición que nos va a ofrecer de TdC es que: «Todo lo que ocurre en la sociedad —especialmente los sucesos que no gustan a la gente: guerras, pobreza, paro, miseria, epidemias, etcétera— es el resultado del plan directo de algunos individuos y grupos poderosos» (Popper, 1994; 280). Más adelante va a defender que las TdC son anteriores al

historicismo y que «la forma teísta [del historicismo] es un producto derivado de la TdC. En sus formas modernas es un resultado típico de la secularización de una superstición religiosa» (Popper, 1994; 280). Es una conclusión parecida a la que llegan ciertos antropólogos que consideran las TdC como pensamiento mágico secularizado. Los dioses grecolatinos han desaparecido y han sido sustituidos por hombres o grupos misteriosos y muy poderosos, casi divinos: los sabios ancianos de Sión, los monopolistas, los capitalistas o imperialistas, los masones, las brujas y diablos, etcétera; es decir, una cadena de siniestros grupos cuya perversidad es responsable de los males que sufrimos. Karl Popper consideró las TdC como discursos cerrados y autoafirmativos, por lo que no son científicas, ya que no pueden ser *falsables* y se presentan como irrefutables, una característica acientífica para Popper. A esto adelantó para el resto de investigadores cinco pilares comunes sobre las que se sustentaban: existen una serie de fuerzas ocultas que manejan nuestro destino, ocultas detrás de las cortinas del escenario del mundo; todo lo que ocurre, principalmente lo relativo a nuestras desgracias, es el resultado de los planes de individuos y grupos poderosos, por lo que todo lo que sucede es intencionado, es causado, y no deja lugar al azar ni al accidente ni a la casualidad; la tercera, que se consideran infalibles e ilimitadas en el tiempo y en el espacio; cuarta, permite a los creyentes y los dirigentes sociales que las crearon, descargarse de responsabilidad que pudiera recaer sobre ellos; y, quinta y última, que todas las TdC no dejan de ser la secularización de una superstición religiosa, es decir, las TdC descienden del pensamiento mágico secularizado. De este periodo extraemos tres nuevas características de las TdC: la décimo séptima es que las TdC, utilizan todo tipo de técnicas de irrefutabilidad, sean sesgos cognitivos como falacias, para defenderse, por lo que funcionan como pseudociencias y tienen un sustrato religioso; la décimo octava es que comienzan a utilizar un lenguaje pseudocientífico, alejado de las bravatas de clérigos desde el púlpito; y como décimo novena característica, he de señalar que las nuevas TdC nacen en la extrema derecha del naciente espectro político que se abre en el siglo XX.

Guerra Fría y la mutación de las TdC

Después de la II Guerra Mundial comenzó el periodo de la Guerra Fría entre los dos bloques: los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En ese contexto, las TdC fueron mutando y muchas abandonaron obligadas por las circunstancias sociales la centralidad y se desplazaron a la periferia lunática; es decir, abandonaron el mundo lógico y se refugiaron en el patológico. La primera fue la TdC de que los judíos complotaban para controlar el mundo. Otra que desapareció de la atmósfera cultural fue la TdC de la Compañía de Jesús, la apertura de

los jesuitas al mundo, sobre todo al campo académico, ayudo mucho; unido a que fueron el germen de la llamada Teología de la Liberación en América Latina. El siguiente grupo que desapareció fue el compuesto por los demonios y las brujas, pese a que el golpe final se lo asentó los avances en la ciencia y en la medicina en el siglo XIX. Respecto a la conspiración exclusiva de masones se mantenía el mito del «billete masón» con su leyenda *Novos Ordo Seclorum* desde 1935; así como las tesis en el régimen de Franco de la conspiración masónica, pero poco a poco fueron regresando a la franja lunática, principalmente cuando las organizaciones de masones se abrieron a la sociedad y comenzaron a hacer pública su estructura, estatutos y fines. Esta apertura a la sociedad de masones y jesuitas es lo que ha posibilitado que fueran desapareciendo como agentes conspiradores; es decir, el nivel de transparencia es inversamente proporcional a la construcción de TdC (West & Sanders, 2003), lo que constituirá la vigésima característica de las TdC.

La muerte de ciertas TdC no significaba la desaparición de las mismas, sino que mutaban o se replegaban a la franja lunática a la espera de mejores condiciones para renacer. Así, durante la Guerra Fría aparecieron las TdC de los extraterrestres, producto de que la visualización de fenómenos en los cielos que no se sabían interpretar en aquel entonces, aumentaban la especulación y «cuando la especulación no conseguía proporcionar una respuesta satisfactoria, el pozo inagotable de la imaginación humana se encargaba de crear argumentos y tramas extravagantes y fantásticas» (VV. AA, 2008; 703). Además de la esta, se sumó la TdC del comunismo a nivel mundial. La figura más representativa de este periodo fue Joseph McCarthy y su caza de brujas que dejó una estela enorme de damnificados en los Estados Unidos y que en sus argumentos utilizaba uno de los mecanismos de defensa de toda TdC, la falacia de la «inversión de la carga de la prueba». Esta situación, unida al discurso imperante en la época de la extrema derecha y de algunos candidatos republicanos —sobre todo el estilo de Barry Goldwater—, es lo que provoca que Richard Hofstadter (1964) emprenda su análisis del «estilo paranoico» de la política norteamericana, entendiendo paranoico como recurso retórico y no como enfermedad: «no encuentro otra palabra que evoque adecuadamente el exagerado acaloramiento, la desconfianza y la fantasía conspirativa que tengo en mente» (Hofstadter, 1964; 77).

Hofstadter (1964) explora en sus ensayos la influencia de las TdC en los movimientos de descontento a lo largo de la historia estadounidense. Nos muestra la paranoia política de sus dirigentes y élites contra las Luces. «Intelectualidad subversiva» se vino a denominar a los seguidores de los principios de la Ilustración. También dirigió sus críticas contra las construcciones conspirativas en las que implican a la francmasonería, al reflejar la desconfianza ante las uniones de gremios, corporativas, refiriéndose a ellas como corporaciones subversivas.

Luego sus análisis de la Compañía de Jesús le sirven como otro de los elementos o agentes de las conspiraciones, como mano armada, ideológicamente hablando, del Papa, que pretenden socavar los principios protestantes de su cultura y su joven nación. Para Hofstadter el origen del pensamiento conspiratorio, del estilo paranoide, se encuentra en la extrema derecha, pero se había instalado en casi todas las tendencias políticas; ya que apela a animosidades y pasiones, se olvidaba de la razón, emplea un excesivo acaloramiento y desconfianza, y no tiene que ver con un sentido clínico, sino con la forma que se defienden las ideas, independientemente de su veracidad. Para él hay dos elementos que van a perdurar en el discurso conspiranoico: primero, la defensa de la economía nacional frente a la apertura de mercados o cualquier institución internacional, sesgo de políticas de extrema derecha que se ciñen al marco estricto del estado nacional nacido en el siglo XVIII; lo segundo, una visión de la Historia como producto de las conspiraciones, la historia detrás de la Historia, «entre bambalinas», como apuntaba Popper. Este estilo, que Hofstadter defiende que proviene desde la fundación de los Estados Unidos como estado independiente y que era una seña de identidad del nuevo pueblo que se constituía como nación, se refleja en los discursos de diferentes movimientos políticos, sociales y económicos a lo largo de los años con una serie de características comunes: el iluminismo y la masonería serán considerados como agentes conspiradores eternos contra los buenos ciudadanos temerosos de Dios; también el Papa y sus soldados mejor entrenados, los jesuitas, eran considerados agentes conspiradores contra el mundo que no sigue sus enseñanzas; la creencia entre algunos portavoces del abolicionismo que consideraban que la nación estaba sometida a una conspiración de los dueños de esclavos; en los textos alarmistas contra determinadas sectas o proveniente de éstas mismas, el ejemplo más claro fueron los mormones; el movimiento contra el Billeto Verde, movimiento contra la Reserva Federal, que reflejaba una defensa del Estado frente a la Unión, ya que el billete reflejaba el poder de un ente superior al municipio, condado o estado; el movimiento de algunos populistas que construyeron una conspiración de los banqueros internacionales y los fabricantes de armas en la I Guerra Mundial.

A partir de aquí, Richard Hofstadter (1964) nos introdujo en las propias tripas de las TdC mostrándonos una serie de personajes y características comunes: la figura del iluminado o elegido o portavoz paranoide, el intérprete de signos o indicios, que se comporta como un oráculo; y la otra figura será la del renegado o el agente doble, que permite informar desde dentro de la conspiración de los agentes conspiradores y sus movimientos. Así mismo, en ese análisis de las TdC nos mostrará otra característica de los constructores de conspiraciones: el lenguaje pedante del portavoz paranoide. En sus textos adoptan la maniobra de presentar una colosal bibliografía, con infinidad de notas a pie de página y una erudición inusitada y consideró que McCarthy fue pionero. A todas las características citadas hay que añadir el estudio por

primera vez de la argumentación conspiranoica, repleta de sesgos y falacias: primero con el sesgo de confirmación ya citado; luego la «inversión de la carga de la prueba» empleada por McCarthy y el fiscal Garrison; después, las falacias *Post hoc ergo propter hoc* y *Cui Prodest?* Hofstadter, pues, analiza las TdC en los Estados Unidos para indicarnos que son un elementos clave en la retórica política, que han sido parte integrante de su identidad al constituirse como nación y que convirtió en chivos expiatorios a todos aquellos que consideraban atentaban contra los valores estadounidenses: jesuitas, el Papa, los católicos, los comunistas, las organizaciones supranacionales, etcétera.

Sin embargo, en esos tiempos se produjeron tres hechos que comenzarán a influir en que la Nueva Izquierda y los movimientos contraculturales adopten también el conspiracionismo como forma de interpretar lo real. El primero fue el magnicidio del presidente John F. Kennedy el 22 de noviembre de 1963 marcará un punto de inflexión en las TdC, pues si hasta ahora se centraban en círculos de la extrema derecha, a partir de este momento se une la izquierda defendiendo la posibilidad de una conspiración para asesinarle e interpretando la realidad en esa clave. El segundo fue al año siguiente, el 7 de agosto de 1964, en el que se produjeron los supuestos ataques a la flota norteamericana en el Golfo de Tonkin, que permitió la entrada de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam y que años más tarde se llegó a saber que fue una conspiración para que el Congreso autorizara a entrar en la guerra al presidente Lyndon B. Johnson. A esto sumamos que a comienzos de los setenta estalló el caso Watergate que implicó al presidente Richard Nixon. Estos tres acontecimientos motivaron que la izquierda se sumase al conspiracionismo como forma de interpretar lo real, lo que Thomas Pynchon denominó *paranoia creativa*, como la forma de usar las TdC por parte de la izquierda y de los movimientos contraculturales de la época para interpretar lo real; lo que constituirá la vigésima primera característica. Alexander Cockburn (2006) matizó esta cuestión de Pynchon, pues defendió que la izquierda se sumó en ese momento, pero de forma tímida, que no fue hasta los atentados del 11 de septiembre de 2001 que lo hizo de forma plena.

Las TdC del final de la Guerra Fría hasta el 11-S

El fin de la Guerra Fría supuso un cambio de época, condiciones sociales y geopolíticas-militares a nivel mundial, por lo que también afectó a las TdC. Algunas murieron, otras se modificaron y las menos resurgieron. La primera que se replegó a la franja lunática fue la de los extraterrestres, no sin que antes nos dejase suicidios colectivos, de los que ya he hablado. Hoy en día, pese a que casi cada ciudadano posee una cámara fotográfica en sus móviles y los medios tecnológicos se han incrementado sustancialmente, los avistamientos de OVNI han

disminuidos considerablemente y cualquier creencia en que existe una TdC de los extraterrestres para dominar la tierra ha desaparecido prácticamente. Otra TdC que desapareció a partir del fin de la Guerra Fría fue la de los comunistas queriendo apoderarse del mundo, pues la URSS perdió el enfrentamiento por incomparecencia. Sin embargo, la TdC del Nuevo Orden Mundial promovido por las Milicias norteamericanas de signo ultraderechista, después de la caída del Muro en 1990, resurgieron con un discurso contra la crisis económica, la crítica a la externalización de los puestos de trabajo y la amenaza que suponían algunas potencias extranjeras contra la soberanía de los Estados Unidos. Se habían organizado como grupos paramilitares, que defendían la lucha armada contra las supuestas conspiraciones que emanaban del gobierno de la nación y de organizaciones supranacionales con base en la ONU, que querían, según ellos, instaurar un Nuevo Orden Mundial que conduciría a una economía planificada a nivel mundial. El FBI comprobó su gran crecimiento desde la crisis económica, que se entrenaban en campamentos, adquirían armamento y pretendían construir explosivos improvisados. La primera acción de estos grupos fue la del atentado al Edificio Federal Alfred P. Murrah en la ciudad de Oklahoma City el 19 de abril de 1995, en el que fallecieron ciento sesenta y ocho personas (entre ellas, diecinueve niños menores de seis años) y hubo casi setecientos heridos. Esta creencia en TdC para instaurar un NOM también disminuyó considerablemente por la presión policial, de los medios y de políticas democráticas, pese a que se produjeron atentados en diferentes partes de Europa y Estados Unidos reivindicados por facciones de estos movimientos.

En esa nueva situación que abrió el fin de la Guerra Fría, se hace necesario reflejar la visión de Fredric Jameson sobre las TdC, que dejó escrita principalmente en *The geopolitical aesthetic* (1992). Así, Hofstadter (1964) nos había introducido en las TdC y su uso en los Estados Unidos; ahora, Jameson lo desplaza más allá de las fronteras norteamericanas y del discurso político de la extrema derecha, para defender que en los albores de las nuevas técnicas de comunicación producidas como consecuencia de los avances en la Guerra Fría y en la avalancha de información y desinformación de la posmodernidad, las TdC se habían convertido en una forma básica, rudimentaria de analizar la realidad, en una técnica de *mapeo cognitivo* o *cartografía cognitiva*. Esta técnica la recoge Jameson de la psicología social y experimental de Edward Chace Tolman en la Universidad de California-Berkeley al comienzo de la Guerra Fría, siendo ese *mapeo cognitivo* el medio por el cual las personas procesan su entorno, resuelven sus problemas y utilizan la memoria. Más tarde, el arquitecto Kevin Lynch trasladó el *mapeo cognitivo* del laboratorio a la ciudad, principalmente en *The imagen of the City* (1960). Lynch partía de que cuando estalló la explosión demográfica, la ciudad se convirtió en un monstruo de dimensiones inabarcables, impersonal y alejado de la escala humana del paseante. Como alternativa se

imaginaba ciudades de tamaño más reducido e integrada en el entorno rural o, en el caso de ciertos sociólogos de la Escuela de Chicago, la vida en el barrio como alternativa. En *The imagen of the City* concretó el problema en la posibilidad de sentir con rapidez que la ciudad está bajo nuestro control. Los psicólogos sociales sustituirán la ciudad por la realidad y el mapeo consistirá en sentir con rapidez que es la realidad la que está bajo control, como un «túnel de la mente» que busca el mínimo esfuerzo. Años más tarde, Roger M. Downs y David Stea procedieron a divulgar las ideas de Lynch y lanzaron el nuevo concepto de *behavioral setting*, «ajustes de comportamiento», en un diálogo del diseño arquitectónico con las ciencias del comportamiento. Jameson, después de las aportaciones de Tolman, Lynch, Downs y Stea, utilizó el concepto de *mapeo cognitivo*, como un método elemental para comprender la realidad, que contiene un conjunto de herramientas simbólicas, estrechamente relacionadas, adecuadas para una representación esquemática, gráfico espacial, del conocimiento. Teniendo esto en cuenta, Jameson usará el término de mapa cognitivo al referirse a los constructos conspirativos en el mundo actual, principalmente en su obra *La estética geopolítica*. De aquí nace su concepto de *cartografía cognoscitiva*, como «un instrumento conceptual para comprender nuestro nuevo *Estar-en-el-mundo*» (Jameson, 1995; 24). Ese mapeo de lo real vendría a ser: «[L]a vista de pájaro de Víctor Hugo sobre Waterloo, en *Los miserables* [...] La multitud, las masas de la plaza vistas desde arriba, literalmente a vista de pájaro, el maniobrar silencioso de grandes ejércitos frente a frente —por ejemplo las películas de *Espartaco* (1960) o *Guerra y paz* (1968)—» (Jameson, 1995; 25). Es decir, la *cartografía cognoscitiva* es la forma básica del tercer elemento que Althusser asigna a la ideología: la proyección imaginaria que hace el sujeto individual de su relación con la realidad. Al entender de Jameson, la aparición de las TdC y su asimilación por determinados colectivos, posee dos características principales muy negativas: primero, no explican la auténtica complejidad de la historia, la política o la economía; segundo, ignoran los problemas y desvirtúan el funcionamiento del sistema económico y político culpando de todo mal a unos supuestos poderes ocultos, por lo que su consecuencia es el inmovilismo político. De tal manera que lo defendido por Jameson (1995) adelantaba lo expuesto diez años más tarde, desde una óptica marxista heterodoxa, por Michael Hardt y Toni Negri en *Imperio*: «[N]o existe un único lugar de control [en el mundo]. Sin embargo, el espectáculo generalmente funciona como si realmente existiera tal punto de control central». (Hardt y Negri, 2005; 345). De esta manera, consideran también a las TdC como «[U]n mecanismo tosco pero efectivo para aproximarse al funcionamiento de la realidad. El espectáculo de la política funciona como si los medios [...] estuvieran consciente y directamente dirigidos por un único poder, aunque en realidad no lo estén» (Hardt y Negri, 2005; 346).

Esto tendrá relación con la propia distribución del poder real, ya que no existe un foco concreto de poder donde esté situada la toma de decisiones, un punto de poder central, pese a que la realidad mercantilizada así nos lo parece sugerir. Sin embargo, la realidad es que el poder está diseminados en muchos centros. La figura de la conspiración se presenta, pues, como un intento —inconsciente, generalmente— de pensar un sistema vasto que no puede abarcarse con las categorías de percepción desarrolladas históricamente y con las cuales los seres humanos se orientan normalmente. El espacio y la demografía ofrecen los atajos más rápidos para salvar esta dificultad perceptiva; es decir, son los «túneles de la mente» que buscan el mínimo esfuerzo. El andamiaje de las TdC cumplen para superar ese punto sin retorno «más allá del cual el organismo humano ya no puede ajustarse a las velocidades ni a las demografías del nuevo sistema mundial [...], puede argumentarse que este síntoma pone de manifiesto una incapacidad más profunda del sujeto posmoderno para procesar la historia misma» (Jameson, 1995; 37). Hay, pues, un límite en la capacidad, un límite estructural de la memoria, y más en estos momentos en los que somos bombardeados por miles de datos informativos con lo que nuestra capacidad se satura y necesitamos explicaciones sencillas para comprender esa u otra complejidad. De esta manera, Fredric Jameson ha sugerido que las narrativas de conspiración —desde las películas de Hollywood a los thrillers populares— son una expresión de la incapacidad de las personas para dar sentido al mundo tan complejo que les rodea en la era de la globalización y, entonces, recurren a este tipo de historias porque aparentemente ofrecen una dirección simplificada de lo que realmente sucede en el mundo actual y real. Ofrecen a la gente, pues, una manera de enlazar la interminable avalancha de sonidos y datos en una trama sencilla que resulte coherente y clarificadora; sin embargo, Jameson (1995) asegura que pese a prometer esa claridad, en realidad solo mistifican lo que ocurre, por lo que el intento de ubicarnos sea aún más difícil. Así, el mundo está conectado y relacionado, por una red potencialmente infinita, que se nos presenta invisible a la humanidad, pero la explicación sobre su invisibilidad es cuanto menos plausible. De esta manera queda conectado lo colectivo con lo epistemológico en el que se van a dar esas características del pensamiento conspiratorio: todo está conectado, nada es al azar, las nuevas tecnologías son la nueva red que nos cubre y ese mundo se presenta ante nosotros de una forma plausible.

Las TdC en el cibercapitalismo, después del 11-S

Defiende el profesor Luis Vega Reñón (2019) que la profesión más preocupada actualmente por una argumentación correcta es la de Derecho, en especial los especialistas en Filosofía del Derecho. Sin embargo, he de añadir que a estos se unen con fuerza ciertos periodistas de

investigación, ya que la argumentación sesgada, la construcción de la posverdad, de *fake-news*, de interpretaciones distorsionadas y sin contrastar con la realidad se dan principalmente en sus filas, y también hay profesores de Filosofía o de Estudios Culturales muy preocupados por este extremo, como ha sido el caso ya citado de Fredric Jameson. Entre los periodistas de investigación citaré a Alexander Cockburn y Michael Collon; y del profesorado a Peter Knight, Timothy Meiller, Frank Furedi y John Molyneux.

Cockburn estudió las TdC partiendo de las versiones del 11-S, sobre todo al analizar como todas ellas poseían el mismo punto de arranque: negar las pruebas presentadas. Y que ante cualquier evidencia de su equívoco, utilizan hipótesis *ad-hoc* a cada cual más inverosímil: «Creo que es una locura. [...] solo pienso en las teorías que tienen, de que ningún avión golpeó el Pentágono. Es de chiflados. Es como creer en platillos volantes» (Cockburn, 2016). También criticó a los buscadores de verdades en el asesinato de John F. Kennedy, sobre todo a la izquierda, pues consideraba que no podía perder el tiempo en esas cuestiones, que solo conducían al fracaso. De ahí que termine denominándolos sin ambages «los Chiflados de las conspiraciones». En lo que va a destacar Cockburn, al igual que anteriormente Hofstadter, es en el análisis del discurso conspiratorio, en el que destaca el abuso que realizan del condicional y el uso constante del sesgo de atribución que se une al sesgo de confirmación ya citado. A esto, Cockburn añade que muchas de las TdC se han construido alrededor de una anomalía, de un *errant data*, de un punto sin explicar por la teoría oficial, y que eso es una forma errónea de argumentar porque los constructores de conspiraciones operan igual que esos investigadores que indagan en las sentencias de los condenados a muerte buscando alguna anomalía y sobre ésta basan otra interpretación de los hechos, pero desvirtúan el sentido de las conclusiones: «Pero cuando un equipo de defensa de la pena de muerte se centra de forma minuciosa en un eslabón tan débil, provoca a menudo una visión distorsionada de todo el caso» (Cockburn, *Rebelión*, 17 de septiembre de 2006). Los constructores de conspiraciones siempre que descubren supuestas anomalías nos dirán que poseen *pruebas frescas* o «cuestiones inquietantes». Las mismas no dejan de ser coincidencias y estos buscadores de verdades suelen forzarlas en secuencias deductivas, a veces con saltos deductivos, que ellos estiman lógicas e importantes: «torturando los datos hasta que los datos acaban confesando» (Cockburn, 2006).

Michel Collon es otro periodista de investigación que considera que los medios de comunicación dominantes desinforman sistemáticamente sobre los conflictos, aplicando los principios de la propaganda de guerra. De esta manera, Collon (2006) defiende que las TdC entran dentro de esa desinformación sistemática y se articulan alrededor de un esquema. Al mismo tiempo, Collon defiende que las TdC surgen en determinadas épocas históricas. Si están renaciendo con fuerza en estos momentos es porque se dan de nuevo las circunstancias

históricas que las propiciaron; es decir, en los periodos de crisis y de desarrollo ideológico se asiste siempre a un recrudescimiento en la creencia en algún complot. Actualmente nos encontramos en uno de esos periodos: crisis política y económica; sensibilidad por los riesgos que lleva aparejados —cambio climático, guerras, fundamentalismos...—; la pérdida de credibilidad de los medios oficiales; el hundimiento de los partidos de izquierda y la desaparición del análisis objetivo de la realidad desde los parámetros marcados por los diferentes intereses de las clases sociales. Collon comparará la interpretación conspiratoria de la Historia con otros métodos y concluye que: «el conspiracionismo es una forma de derrotismo y en el fondo hace el juego a los patrones y a la explotación» (Collon, 2016a). El conspiracionismo para Collon no permite comprender la Historia, tampoco las guerras, ni la realidad en la que nos movemos.

En cuanto a los profesores universitarios que han abordado las TdC comenzaré por John Molyneux que considera como Collon que las TdC aparecen por todas partes en estos momentos de crisis y que la sociedad tal y como la conocemos se está desmoronando. Con Cockburn coincide en que las TdC como método de analizar la realidad surgen porque la izquierda y el movimiento obrero son débiles y sus organizaciones carecen de rumbo. Y coincide con ambos en que las TdC como método de interpretar el mundo son un obstáculo y tampoco son una guía fiable para la acción ni el cambio social. A este respecto su pensamiento se resume en ocho puntos que publicó en el ensayo «¿Qué falla en las teorías de la conspiración?» (2011). En él comparó el materialismo histórico con las TdC, para mostrar la inferioridad de éstas a la hora de interpretar la realidad. Las características de las TdC, según Molyneux (2011), vendrían a ser que: se basan en un conocimiento especial y oculto; el mundo lo gobierna una minoría en la sombra; esa minoría está muy cohesionada; sobrevaloran la unidad y fuerza de los gobernantes; la Historia es una sucesión de conspiraciones ocultas; no generan estrategias de acción práctica, de praxis, para cambiar el mundo; sus defensores presentan una doble moral, pues realizan su propia interpretación sin pruebas o evidencias serias y ante las pruebas que demuestran sus errores son rechazadas de plano, en una aplicación evidente del sesgo de confirmación; muchas tienen en su núcleo un elemento racista.

El profesor Frank Furedi se suma a los anteriores y se centra en algunos elementos de las TdC para ver el paralelismo con el pensamiento en la Edad Media que consideraba que los accidentes que provocaban desgracias no ocurrían por casualidad, ya que no creían en el azar, por lo que pensaban que eran causados intencionalmente. El agente causante, al tener un resultado lesivo para la persona, era una fuerza malévol, si el resultado hubiese sido beneficioso, entonces el agente causante era una fuerza divina benefactora. Furedi asegura que

esta perspectiva primitiva no se eliminó de nuestra forma de pensar; al contrario, considera que está volviendo. Aquí también se sitúa con Collon, Molyneux y Cockburn, cuando defienden que en las sociedades actuales, el compromiso crítico con la vida pública, por esa influencia del pensamiento conspiratorio, es sustituido por una búsqueda de lo oculto; es decir, los medios de masas y sus programaciones no ayudan, pues alimentan que lo importante hoy en día no es lo que las figuras públicas dicen realmente, sino lo que ocultan en realidad: «La cosmovisión simplista del pensamiento conspirativo [...] Desplaza un compromiso crítico con la vida pública con una búsqueda destructiva de la agenda oculta. [...] *Una búsqueda constante de la historia detrás de la Historia* nos distrae de realmente escucharnos unos a otros y ver el mundo como realmente es» (Furedi, 2005; 16.11). Esto incita al público a buscar motivos ocultos y muchos buscan explicaciones en el reino de las conspiraciones. Así mismo, Furedi considera que el pensamiento conspirativo que nació en la extrema derecha, actualmente inunda los conceptos de análisis de la extrema izquierda y anula la praxis o acción práctica. Así nos dice: «Hoy en día el movimiento antiglobalización y anticapitalista no está menos ligado a la política de la conspiración que sus oponentes de la extrema derecha. Desde su perspectiva una vasta conspiración neoconservadora global se ha convertido en una explicación para todos los males que afligen nuestros tiempos» (Furedi, 2005; 16.11). Furedi (2008) nos indica que un evento mundial importante crea una demanda de explicaciones, lo que provoca un aluvión de respuestas que intentan evitar las responsabilidades, lo que denomina «no fui yo». Así, como respuestas rápidas de las causas de la crisis, nos señala que Bush culpó al crédito fácil; Obama, a la política económica republicana; el candidato republicano, McCain atacó a los reguladores por crear la crisis. En Gran Bretaña, nos dice que Cameron culpaba al primer ministro laborista Brown, y éste a la economía mundial. Estas respuestas justificativas del «no fui yo», llevan generalmente a la búsqueda de chivos expiatorios. Así, tenemos las palabras del presidente iraní Mahmud Ahmadineyad, quién dio un paso más y recicló el chivo expiatorio favorito de la historia, el buco emisario reaparece en forma de los judíos, la motivación racial en las TdC.

Peter Knight (2004), por su parte, constata el hecho de que las TdC están por todas partes en la cultura americana desde el inicio de la Guerra Fría hasta nuestros días. Así, desde el momento posterior a la II Guerra Mundial, ha nacido una amplia sospecha de que fuerzas siniestras están conspirando para tomar el control del destino de la nación norteamericana y, por tanto, de la humanidad. Ya no se trataría de un asunto exclusivo de chiflados de extrema derecha, sino que se presenta como una respuesta a un mundo amenazado y globalizado en el que todo parece estar relacionado. Analiza las TdC desde el nacimiento en los Estados Unidos, como elemento importante de la construcción de la nación norteamericana como pueblo elegido, cuestión adelantada por Hofstadter (1964). Esta situación da un inesperado giro con el

asesinato de John F. Kennedy que provoca que el pensamiento conspiratorio sea visto como una especie de *paranoia creativa* —término acuñado por Thomas Pynchon en *Arco Iris de Gravedad*— y sea asumido por sectores del Nueva Izquierda como análisis e interpretación de la realidad. Hasta tal punto se han extendido que las interpretaciones de la extrema derecha y de la extrema izquierda, coinciden en los que Peter Knight denomina siguiendo a Michael Kelly (1995) «paranoia de fusión», cuestión que viene a significar que se han embadurnado los extremos políticos. Todo ello entreverado en una serie de características que las define: la conexión de todo lo existente, la Red como incontrolable, el Pánico moral y el miedo al control de la mente y del cuerpo, adornadas con predicciones del final de los tiempos, furor apocalíptico religioso, encarnación de alta tecnología del juicio final, fallo de los ordenadores en el sistema global. Así, las TdC imaginan con antelación el peor escenario posible de paranoia apocalíptica.

Finalizaremos con el profesor Timothy Melley (2008) que considera que en el siglo XXI todo parece conectado por un teléfono inteligente y una red social. Esto hace casi imposible mantener la individualidad, por lo que ésta se ha convertido en una preocupación importante de todo ciudadano, al considerarla amenazada por esta red de interconexión y posiblemente de manipulación, como la mayoría considera. De ahí que la creencia en las TdC se convierta en un síntoma cultural en nuestro tiempo, de cómo ciertas personas perciben el poder y todo lo público. Esto conduce a la creencia de que la cultura actual se presenta ante nosotros como que las instituciones y fuerzas complejas nos son ajenas y contrarias, que manipulan y controlan nuestras acciones, cuerpo y movimientos, y pensamientos, manipulación mental. De ahí que toda TdC busca el epicentro del que emana el poder y todo discurso político actual las incluye de una forma u otra, así como incluye también la propia paranoia. De hecho, pocos eventos actuales y notables han escapado a ese análisis conspiratorio y a sus elementos constitutivos. *Agency Panic* será el concepto por el que Melley designa la ansiedad, que él define y gradúa como *intensa*, en los sujetos de la época actual por la pérdida aparente de autonomía, ya que considera que el origen de dicha ansiedad se encuentra en la forma en que asumimos que las grandes organizaciones puedan estar controlando nuestras vidas, influyendo en nuestras acciones o construyendo nuestros deseos, cuestión esta última que tiene que ver directamente con la industria de la publicidad y el entretenimiento. Es una ansiedad que se enmarca en el control social ejercido sobre los ciudadanos por todas las instituciones o agencias citadas, al considerar la conspiración como un amplio despliegue de controles sociales. La posición de Melley respecto a las TdC podríamos resumirla en estos puntos: en primer lugar, la explosión de TdC desde el comienzo de la Guerra Fría es en parte una expresión de la ansiedad sobre la cultura de masas; en segundo lugar, la TdC siempre ha expresado sospechas sobre las autoridades tradicionales —periodistas o dueños de los medios de comunicación, académicos,

funcionarios del gobierno (principalmente agencias, policías, militares...)— y su poder para construir la llamada «historia oficial»; en tercer lugar, conviene recordar que las TdC contemporáneas son inseparables del surgimiento de esa inseguridad, física y psicológica, que provocó la Guerra Fría. De aquí nace la característica vigésimo tercera de que las TdC, pese a que su nacimiento, ideológicamente hablando, se sitúa en la extrema derecha; desde el 11-S ocupan ambos lados del espectro político, de tal manera que sirven por igual manera a la extrema derecha como a la extrema izquierda para interpretar la realidad, lo que ha sido denominado como *paranoia de fusión* (Kelly, 1995; Knight, 2004).

La extensión del conspiracionismo a todos los órdenes

Al igual que el mercado se ha extendido sin dejar ningún lugar en blanco en el mundo, las TdC y, por consiguiente, el pensamiento conspiranoico que interpreta la Historia y la realidad como el resultado de una conspiración de grupos poderosos y secretos, se ha extendido por todos los rincones del mundo y por la atmósfera cultural, de tal forma que ha tenido también su reflejo en la literatura contemporánea. Así, he señalado la generación posterior a la II Guerra Mundial e hija de la Guerra Fría, la *Beat Generation*, como precursora de esos autores que convertirán la conspiración en una de los tropos de su literatura. Uno de los más característicos será William Burroughs que despliega en sus novelas los elementos básicos de este tipo de pensamiento: los temores de persecución y la paranoia, que han de entenderse como síntomas de neurosis personal; sino que son la respuesta ante un estado de control de los placeres privados a través de «formas de procedimiento disciplinario» del sistema. Así, Burroughs destacará los mecanismos institucionales de vigilancia y control disciplinario de la sexualidad y el uso de drogas, donde la paranoia es una reacción justificable al deseo del Estado de ejercitar su poder con el objeto de *curar* y controlar lo que está etiquetado como un desvío, principalmente la homosexualidad o uso de las drogas.

De esta manera, el estilo paranoico ya no quedará limitado al discurso político de la extrema derecha; ahora, a comienzos de la década de los sesenta del siglo pasado, se convertirá en sello común de la literatura norteamericana. El primer escritor de gran difusión que convirtió la conspiración en un tropo de su literatura fue Thomas Pynchon, que ya desde sus primeros relatos a finales de la década de los 50' del siglo pasado, sentó las columnas de este pensamiento paranoico. Así, partiendo de su experiencia militar, sentencia que el Sistema de Comunicaciones que relaciona todas las unidades, horizontal y verticalmente es la causa de que el Ejército norteamericano sea tan poderoso. Esa fue la base para considerar *la interrelación de todo lo existente* en la realidad, el todo está conectado, como el elemento básico de la paranoia.

Pynchon también considera que este pensamiento es propio de la extrema derecha, con la que se identificaría en su juventud con una «cháchara racista, sexista y protofascista» (Pynchon, 1992; 70). Sin embargo, después del magnicidio de Kennedy, grupúsculos de la izquierda se suman a interpretar la realidad como una conspiración; es decir, a partir de ese momento el pensamiento conspiratorio ya no es patrimonio de la extrema derecha. Aquí, Pynchon acuñará el término *paranoia creativa*, como la incorporación de la izquierda y de la contracultura de la época a este método de interpretar la realidad. Esto se concretará en su narrativa al separar y definir el *Nosotros* del *Ellos*, donde estos últimos serán las agencias gubernamentales. La paranoia, pues, será un método de interpretar la realidad y la Historia, tanto para los dos extremos políticos. Pynchon en sus obras nos dejaba la conspiración como una radiación de fondo, sin traspasar ciertos límites; sin embargo, en su última obra, *Al límite*, trasladará los atentados del 11-S y las versiones alternativas a la oficial, lo que se ha conocido como *9/11 Truth Movement*, principalmente la creencia de un atentado de bandera falsa, y convertirá a la Red —al sistema de comunicaciones de la humanidad— en el verdadero protagonista.

Otro autor que se suma en esa época a Burroughs y a Pynchon será Philip K. Dick, que desde sus primeras obras mantendrá la creencia de que el pensamiento conspirativo se basa principalmente en que «Todas las partículas está conectadas entre sí» (HC, 59); es el equivalente al «todo está conectado» de Pynchon y que Dick denominará como «sincronicidad». La realidad será, pues, todo lo que se mueve debajo de la conspiración de *Ellos* frente a *Nosotros*, donde la televisión y las ondas que emite serán un método de control de ese plan oculto de los conspiradores, por lo que no existe el azar ni la casualidad. También coincide con Thomas Pynchon al considerar que las conspiraciones son invisibles a la humanidad y solo pueden verse por personas especiales, que nos las interpretan y analizan.

A estos dos se sumará Norman Mailer, que identificará, a la inversa de Thomas Pynchon y Philip K. Dick, el *Nosotros* con los agentes de agencias gubernamentales, de tal manera que el iluminado lector de conspiraciones pasará a ser un agente entrenado para ese proceso o tarea, elemento esencial en la Guerra Fría. Mailer considera que para estos agentes el pensamiento conspiratorio se convierte en una filosofía de vida e identidad y de supervivencia. Los personajes colgados, drogadictos, marginados e hijos de la Gran Depresión, que conformaban el *underground pynchoniano* desaparecen con Mailer, y son sustituidos por agentes entrenados por el sistema. Respecto al 11-S, rechaza el volumen de TdC que se engendraron a su alrededor.

Don DeLillo es el siguiente escritor que he citado, pues a partir de su novela *Los Nombres* (1982) su narrativa refleja de forma constante el componente paranoide de la cultura occidental y suma —junto a la televisión, la basura, la urbe y el capital—, las conspiraciones a los tropos de su literatura. DeLillo, como adelanté, separa y diferencia conspiración y paranoia, pero los

considera términos complementarios. El conspirador vive desde dentro la conspiración y el paranoico es el que las construye desde fuera. De tal manera que toda TdC posee una comunidad con un fin, que es secreto para el resto de la sociedad. Luego todo nos recuerda a la Epifanía en el cristianismo, donde determinadas revelaciones o apariciones permiten a profetas, chamanes, oráculos o brujos interpretar visiones o indicios más allá de este mundo o de lo cotidiano. DeLillo considera que esto ha sido favorecido con el Estado moderno al desarrollarse en numerosas agencias, subagencias, administraciones, departamentos que favorecen a la invisibilidad del Estado. De esta manera, la conspiración será una de las grandes obsesiones de Occidente, que alcanzó su cota máxima con la Guerra Fría. Así, en *Libra* (1988) reconstruye el asesinato de Kennedy desde tres posibles teorías conspirativas, pero como he dicho en el apartado dedicado a su obra, DeLillo abusa de las falacias del *post hoc* y del *cum hoc ergo propter hoc* en sus argumentaciones. Más adelante, después de los atentados del 11-S, DeLillo regresa a la identificación sugerida por Thomas Pynchon del *Nosotros* y el *Ellos*, donde *Ellos* serían los agentes de las agencias gubernamentales y el *Nosotros*, los sujetos del *underground pynchoriano* o miembros de la contracultura. Para DeLillo, *Ellos* serán los terroristas —«unos cuantos hombres dispuestos a morir» (HS; 58)— y *Nosotros* —«el capital, el trabajo, la tecnología, los ejércitos, las instituciones, las leyes, la policía y las cárceles» (HS; 58)—es el término por el que identifica al pueblo norteamericano y su instituciones.

Finalizaré con la obra de David Foster Wallace, que analiza cómo la sociedad actual es el resultado de una economía, cuyo mercado ha absorbido casi todo lo que nos rodea. Dentro de este mercado que ha absorbido todo, hasta el tiempo libre, se crean las subjetividades de esta nueva cultura, que Wallace considera muy infantiles y fácilmente manipulables. Es el equivalente a los sujetos descentrados de la posmodernidad, como los define Terry Eagleton, o a las subjetividades infantiles del *underground pynchoriano*, del que ya hemos hablado, o la sociedad basada en el infantilismo y la tontería, que sin saberlo adoran a la diosa Hebe, por lo que Philip K. Dick los denominará hebefrénicos. De tal manera que para David Foster Wallace, la paranoia o pensamiento conspiratorio es un método elemental de interpretar lo real, que cala principalmente en subjetividades muy infantiles que ha producido esta sociedad que controla o manipula hasta el tiempo libre de los ciudadanos. O, como nos advertía Dick, este tipo de pensamiento conspirativo, paranoide, también encuentra refugio en mentes destrozadas por la droga o el alcohol. Así, la literatura norteamericana contemporánea se ha empapado del pensamiento conspiratorio, cuyas características comunes he analizado como que todo está relacionado en la realidad, la *sincronidad* de Dick; son propias de sociedades muy infantiles, *hebefrenicas*, propias de la diosa Hebe; las conspiraciones se encuentra bajo las apariencias y solo los iluminados pueden interpretarlas en una especie de Epifanía; y van a distinguir otras

dos figuras en las TdC: la del conspirador, que trabaja las conspiraciones desde dentro, y los paranoicos, que la trabajan desde fuera. Fuera como fuere, aquí se nos presenta la vigésimo cuarta característica de las TdC y es que se han extendido hasta convertirse en un tropo de la literatura norteamericana contemporánea. A lo que sumamos que además de servir con mito fundacional de naciones o imperios, también se convierte en forma identitaria de grupos, lo que constituiría la vigésima quinta característica.

La emancipación de las TdC

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 al World Trade Center en Manhattan, New York, y del 11 de marzo de 2004 en los trenes de cercanías de Madrid, pusieron sobre la mesa cuestiones novedosas sobre las TdC del siglo XXI. En primer lugar, los medios de comunicación actuales, principalmente internet, y su comercialización y posesión por casi todos los ciudadanos y su anclaje en diferentes soportes, provoca que cualquier TdC sea viral en el ciberespacio, consiguiendo miles de adeptos o seguidores en cuestión de poco tiempo, pues es gratis, instantáneo, global y descontrolado. En segundo lugar, las tesis defendidas por diferentes pensadores citados anteriormente (Collon, 2016; Molyneux, 2011; Furedi, 2008), de que las TdC nacen en momentos de graves crisis social, en intervalos de incertidumbre que presenta la Historia, aunque esto es cierto en el periodo histórico anterior al nuestro, en la actualidad se han emancipado de la base social; es decir, si algo enseñaron los crueles atentados antes citados es que ya no se necesitan esos momentos de crisis sociales para que nazca una TdC, ahora es suficiente con que un medio con poder de difusión suficiente las construya y difunda, incluso contra la versión oficial de un Estado. Es, pues, una cuestión diferente a las TdC construidas desde el poder, como fueron los casos de Nerón, Diocleciano, Stalin, Mussolini, Franco o Hitler, y las estrategias del poder para imponerlas, perfectamente investigadas desde Karl Mannheim en *Diagnóstico de nuestro tiempo*. Así, diferenciándolas de las TdC creadas desde el poder, centro esta conclusión de la tesis: las TdC se han emancipado de su base social y del poder, ya no se necesitan las graves crisis económicas o humanitarias que se dieron en la Historia, al estilo de la Peste Negra o el Crack del 29, para que nazcan y tampoco se precisa que desde el poder un dictador las construya para eludir movimientos críticos a su gestión y crear un chivo expiatorio para señalarlo como culpable de las desgracias sociales. Ahora se pueden construir y difundir de forma autónoma sin esas dos exigencias, hasta encontrar grupos con gran motivación ideológica o emocional que las defiendan prescindiendo de las pruebas, solo utilizando de forma sutil las falacias y sesgos adecuados, como ya he mostrado en diferentes casos: el 11-S, el 11-M y más recientemente con la matanza de Sandy Hook y el 17-A.

Así, los esquemas de construcción de una TdC fueron los mismos para el 11 de septiembre de 2001 que para los del 11 de marzo de 2004; es más, en el caso de algunos constructores de conspiraciones, primero se ensayaron con éxito en las versiones del 11-S y luego se trasladaron a las TdC del 11-M y ahora ocupan nuevos escenarios. La primera característica que presentan en ese esquema para la construcción de TdC es la *negación de las pruebas* o cuestionamiento o desprestigio de las mismas presentadas por la versión oficial. De esta manera, Thierry Meyssan en *La gran impostura* cuestiona la existencia de un avión comercial impactando contra el Pentágono y defiende que se trataba de un misil AGM. De esta manera se concluye: «La versión oficial es un montaje» (Meyssan, 2001; 13) o «La versión oficial es mentira» (Meyssan, 2001; 27). En cuanto al 11-M se cuestionó por parte de los constructores de esta conspiración (Luis del Pino, Fernando Múgica, Pedro J. Ramírez, Federico Jiménez Losantos, etcétera) la validez de la cinta coránica, la mochila de Vallecas y el contenido de explosivos, la furgoneta Kangoo, el coche Skoda y el tipo de explosivo en el atentado (Goma 2 ECO o Titadyn). Y concluyeron de la misma forma que Meyssan: «La versión oficial es un montaje». Tanto en la TdC del 11-S como en la del 11-M, al cuestionamiento de la versión oficial y las pruebas presentadas, se une la negación o desprestigio de los testigos, de fotos, de los restos y sus análisis por los laboratorios especializados, así como de cualquier material o testimonio que sirviera para construir sobre él la versión oficial.

La segunda característica que se suma a esa negación de las pruebas es el *desprestigio de los supuestos autores*. Aquí se aplica el sesgo de atribución o correspondencia en los dos casos: es decir, los autores presentados por las autoridades no pueden ser los verdaderos autores porque no tienen entidad suficiente para cometer magnicidios o atentados de esas dimensiones o complejidad, pues se les va a considerar personas insignificantes. De ahí que nacieran esas expresiones racistas de «moritos», «pelanas» o «árabes que vivían en cuevas». Es el sesgo de atribución ya aplicado con el magnicidio de Kennedy, pues, para ellos, Lee Harvey Oswald carecía de entidad suficiente para asesinar a un presidente de los Estados Unidos, por lo que solo pudo ser una gran conspiración que se intenta ocultar. A grandes desgracias deben existir grandes causas que las provoquen, no pueden ser unos «pelanas o moritos»; ése es el esquema del sesgo de atribución. En el caso del 11-S, será Meyssan quien cuestione que esos 19 elementos de diferentes nacionalidades que había señalado por el FBI en la Operación Penttbom, pertenecientes a la Red Al Qaeda y dirigidos por Bin Laden sean los autores, por diferentes motivos, pero principalmente por su propia entidad personal e intelectual para planificarlos y ejecutarlos. Lo mismo ocurrió el 11-M, en este caso fue todo un ex presidente del gobierno quien empleó el sesgo de atribución al desprestigiar a los autores y llamarles «moritos», «pelanas» o

«árabes en sus cuevas». A él se unieron después los *buscadores de verdades* del 11-M que ya he nombrado.

A estas dos primeras caracterizas, negar las pruebas y cuestionar a los autores, sigue de inmediato, en su cadena deductiva, la tercera: que en todo el entramado hay algo oscuro. Esta oscuridad es porque los conspiradores, como sospechaban desde el primer momento, son muy poderosos y ocultan la autoría y las pruebas. Así, en el atentado del 11-S, si el avión nunca estalló en el Pentágono y fue un misil AGM, este sofisticado material militar solamente lo posee el poderoso ejército norteamericano, luego es un atentado de bandera falsa, *The New Pearl Houbur*, como lo denominará David Ray Griffim (2006). No presentan pruebas, se limitan a enumerar una serie de supuestas conspiraciones que posiblemente ocurrieron (el atentado en el Golfo Tonkin, Operación Gladio, la preparación por la CIA de la invasión de Bahía Cochinos sin el conocimiento del presidente, la Operación Northwoods contra Fidel Castro y todas las enumeradas en el epígrafe «5.a. ¿especulaciones sin sentido?» de este trabajo), con otras que se desconoce su veracidad (Pearl Harbor, la venta de drogas por parte de la CIA denunciada por Gary Webb en 1996 y las expuestas en esta tesis), para efectuar el salto deductivo y asegurar que como todo eso ocurrió, pues lo que exponen ellos también ha ocurrido. En el caso del 11-M, el razonamiento y la cadena deductiva son similares, pues consideran que no será el Ejército el verdadero autor de ese atentado de bandera falsa, sino una rama de la policía que sigue las órdenes de Rafael Vera, como cuando creó el GAL. Lo que viene a indicar que es el PSOE quien se encuentra detrás de ese «Golpe de Estado interno», como lo denominarán. A estos autores les han añadido cómplices. Así, Isabel San Sebastián habló de la conexión masónica, al citar a la jueza francesa Laurence Le Vert y a su marido. La conspiración masónica regresaba, como siempre en España, de la mano de los conservadores. Luego, otros autores seguidores de la TdC *Unificada* identificarán a esos masones como los Illuminati (Koch, 2004; 11).

Todo lo anterior se deduce sin pruebas o «retorciendo los datos hasta que hablan y dicen lo que quieren esos buscadores de verdades» (Cockburn, 2006). Además, nos explican que es así porque han aplicado el verdadero método de investigación: ¿a quién beneficia? Que no deja de ser otra falacia, la *cui bono*? Meysan y Griffin concluyen que benefició a las ciertas ramas del Ejército que vieron incrementado su presupuesto y se enriquecieron ciertos fabricantes de armas, todo ellos unido a los supuestos lazos económicos entre las familias de Bin Laden y los Bush. En el caso del 11-M, consideran que se benefició a un partido político en concreto frente al que verdaderamente iba a ganar esas elecciones, por eso lo denominarían «Golpe de Estado interno». Sin embargo, como ya adelanté, fue un miembro de la Asociación de Víctimas del Terrorismo, José Luis Sánchez, quien desenmascaró de forma contundente este método, cuando ante la pregunta de Luis del Pino, « ¿a quién ha beneficiado este atentado?», respondió: «A

usted, que no era nadie y ahora vende miles de libros en El Corte Inglés». Eso es de aplicación a Meysan, a Griffin y al resto de *buscadores de verdades*. A esta falacia del *cui bono?*, utilizan también el viejo método ya inventado por el abate Barruel y el exmasón Robison para atacar a la Revolución Francesa de *la retroalimentación*. Así, Meysan se retroalimenta con las tesis de Griffin y viceversa, o Bruno Cardeñosa desde los dos. Lo mismo decimos en el caso del 11-M, con Luis del Pino, Pedro J. Ramírez, Federico Jiménez Losantos, Fernando Múgica y de nuevo Bruno Cardeñosa. Es significativo que estos dos últimos autores provengan de la narrativa sobre la existencia de OVNI, de la ufología. Y toda su argumentación la cierran con la prueba suprema —una especie de «experimento crucial» en la jerga de los filósofos de la ciencia—, que demostraría su verdad: «el cierre de archivo». Esto se inició con el magnicidio de Kennedy, pues el asesinato posterior de Lee Harvey Oswald hacía sospechar que hubo una conspiración de grandes dimensiones y que a los verdaderos autores o conspiradores no se les podría identificar porque no había a quien preguntar. Luego, concluirán de forma rotunda que es verdad la conspiración que ellos defienden. En el caso del 11-S, estos constructores de verdades consideran que «el cierre el archivo» se produce con la supuesta inmolación de los terroristas contra las torres gemelas y en el caso del atentado del 11-M, con la explosión de Leganés. Aunque más que inmolaciones, podemos considerarlos como atentados kamikazes, el primero contra los ciudadanos de los edificios y pasajeros de los aviones, y el segundo contra la Policía.

La emancipación y construcción de conspiraciones sin necesidad de momentos históricos convulsos sería la característica vigésimo sexta. La conversión en virales, la vigésimo séptima.

La creencia en TdC y el fanatismo

Karl Popper (1945) fue uno de los primeros pensadores que señalaron la supuesta irrefutabilidad como una característica de las TdC. Planteaba que las TdC son irrefutables al ser discursos cerrados y autoconfirmatorios o formas retóricas cerradas. En los años posteriores, las TdC no han hecho más que extenderse por la atmósfera cultural y más desde la implantación y difusión de internet, que las ha convertido en virales, pero siguen manteniendo una estructura que las hace irrefutables. Esto ha conducido a varios pensadores a identificarlas con las pseudociencias. El primero fue a Bertrand Russell (1952) en su artículo inédito «Is there a God?». Luego Carl Sagan (1997) profundizó en *The Demon-Haunted World*, cuando nos explicaba aquella analogía del dragón en el garaje, como muestra y crítica a los argumentos *ad-ignorantiam* usados por ciertas pseudociencias. A su vez, Julio Patán (2009), considera a las TdC resistentes a la evidencia porque: «No importa qué tantas pruebas puedas presentar para

rebatirlas, los creyentes siempre van a descalificar la evidencia bajo el argumento de que se trata de una mera pantalla orientada a desviar la atención» (Patán, 5 de septiembre de 2009).

Es decir, esa supuesta irrefutabilidad de las TdC provoca que se comporten como las pseudociencias. Así, la protegen ante los intentos de refutación, en la «impermeabilización de las creencias», que es la resistencia de las pseudociencias a la crítica. En los estudios de Boudry (2011) en solitario o conjuntamente con Braeckman (2012), sobre la relación entre ciencia y pseudociencia, ofrecen análisis extrapolables al estudio y comprensión de las TdC, al examinar la manera en que las pseudociencias se protegen ante los intentos de refutación. Así, como ya apunté anteriormente, consideran la impermeabilización de las creencias y la resistencia de las pseudociencias a las críticas con *técnicas de irrefutabilidad*. De ahí que se conforman con demostrar una mera posibilidad, no el hecho en sí, para concluir que el hecho en cuestión ha quedado acreditado. Del análisis anterior de esa supuesta irrefutabilidad, se derivan varias cuestiones que diferentes autores han querido ver como denominadores comunes de todas las TdC: la *ausencia*, como sustitutivo de la casualidad; y la *fe* en las TdC que las hacen comportarse como religiones laicas y que enlaza directamente con la irrefutabilidad. A las que podemos añadir la *intencionalidad*, sempiterna en cualquier TdC y que enlaza con el *Todo está relacionado*, que desprecia el azar, el accidente, y manifiesta que todo tiene una causa; y las *anomalías* no explicadas, los *errant data*, los agujeros negros de cualquier explicación oficial provocan el nacimiento de teorías alternativas. Por lo que podemos afirmar que las técnicas de irrefutabilidad son idénticas en las TdC y las pseudociencias, esto es porque las definiciones que se manejan de estas últimas pudieran ser aplicables a las TdC: primero, es la creencia o práctica que es presentada como científica y fáctica, incluso con lenguaje pedante, pero es incompatible con el método científico; segundo, se caracteriza por el uso de afirmaciones vagas, abuso del condicional en su exposición, contradictorias, exageradas o infalsables; tercero, la dependencia en el sesgo de confirmación en lugar de pruebas rigurosas de refutación; cuarta, poca o nula disposición por parte de sus seguidores a aceptar evaluaciones externas de expertos y cuando las hay, se intentan desprestigiar; y quinta, la ausencia de procedimientos sistemáticos, a modo de métodos científicos, para el desarrollo racional de esos constructos.

Esa creencia en TdC o pseudociencias puede convertirse en una forma de vida, de *Ser o Estar-en-el-Mundo*, y que llegue a un fanatismo que impida interpretar el mundo de otra manera. En realidad es una especie de racionalización de la realidad que es muy difícil de dismantelar con argumentos, como ya analizamos con las creencias de la superioridad aria, ya que en la actualidad se han construido con elementos de desecho —información basura o insuficiente— y son asumidas por una comunidad de fe, comportándose como ya dije como pseudociencias o religiones. Solo se dismantelan si las condiciones sociales que las crearon

desaparecen o se somete a los individuos a un proceso de desprogramación. Es la misma situación que nos mostraba Williams Burroughs en *Yonqui* (1953), en la que nos mostraba una crónica de la adicción: los vagabundeos en busca de la droga; la aspiración por el chute; la particular sexualidad; las curiosas relaciones nacidas en la comunión de la droga, donde para llegar al paraíso hay que hundirse en su infierno, porque *la droga finalmente no es un medio* para aumentar el goce *ni un estimulante: es una manera de vivir*. Luego, para que la persona se libere de esa manera de vivir tendría que someterse a una descodificación, para volverla a codificar y construirle una nueva personalidad, como nos explica Burroughs. Ese paralelismo que establezco entre los procesos de desintoxicación de las drogas y los de desprogramación desde una forma de ver la realidad, también los encontraremos en las obras de Philip K. Dick, pues establecía una comparación entre el método paranoico de interpretar lo real y el método de desintoxicación de los alcohólicos o drogadictos, ya que al desintoxicarse han de volver a interpretar lo que les rodea. De ahí que han de ir a explicaciones muy sencillas, que les hagan entender cuestiones muy complejas; es decir, ése sería el caldo de cultivo por el que las TdC se extiendan y consoliden, pues son explicaciones sencillas a la complejidad real. Conocedor de la cuestión, Dick nos explicará que en mentes destrozadas por la droga se utiliza un método —que él considera fascista, como he mencionado— para que el paciente pueda interpretar lo que le rodea de forma sencilla: «La técnica de desintoxicación [...] hace que la persona se vuelva por entero hacia afuera y dependa enteramente del grupo. Luego pueden construir una nueva personalidad que no dependa de la droga» (Dick, 2017a; 20). Es el mismo método que nos explicará más adelante David Foster Wallace para la desintoxicación y empleado en Alcohólicos Anónimos, que viene a semejar a esas personalidades infantiles creadas en el mundo actual, que para interpretar la compleja realidad necesitan explicaciones muy sencillas, siendo por tanto el caldo de cultivo para que las TdC se extiendan y consoliden: «les enseña cosas bastantes profundas mediante clichés aparentemente simplistas» (Wallace, 2012; 89). Las TdC se convertirían en una forma de interpretar la realidad, en una cosmovisión, y en virales, en una sociedad que genere personas inmaduras, débiles ante el consumo y que solo admiten métodos básicos, elementales, de interpretar la realidad. De tal manera que Dick se atreve a defender que los seres humanos en esta sociedad somos «hebefrénicos», inmaduros, como actuales seguidores de la diosa griega Hebe y esa es una de las funciones principales del pensamiento conspiratorio, crear subjetividades que cada vez son más inmaduras. Hay que cambiar el método de ver la realidad para sacar al sujeto de su adicción, cuestión que se realiza con elementos básicos y sencillos de entender lo que le rodea, pues es la forma que personas con el cerebro dañado por las drogas o el alcohol puedan recomponer su modo de vida, al resetear de nuevo o desprogramar el cerebro. O es esa desprogramación del sujeto o hay que cambiar el

mundo para que las condiciones que generaron una forma de pensar cambien, pues las TdC es difícil refutarlas con argumentos por esas técnicas de irrefutabilidad que utilizan. Eso fue lo que ocurrió después de la II Guerra Mundial y la desprogramación de los nazis, cuya conclusión en los Juicios de Núremberg no puede ser más clarividentes. Cuestión en la que está de acuerdo el psiquiatra forense José Cabrera: «hay que desprogramarles con nuevos valores y aumentar su autoestima. Hacerles ver que pueden ser útiles sin necesidad de hacer la vida imposible a nadie». Es lo que he defendido, que cualquier TdC cambia para defenderse, con sus mecanismo de defensa epistémicos o estrategias inmunológicas: creando hipótesis *ad-hoc* o utilizando los sistemas de defensa de las falacias *ad ignorantiam*, *ad hominen*, *ad populum*, *ad verecundiam* o negando las pruebas en contra o empleando sesgos de continuo, principalmente el de confirmación o de atribución, o todo a la vez, de tal manera que es casi imposible refutarlas con argumentos lógicos. Por eso se hace necesario que las condiciones sociales que las han creado cambien o mueran, ya que la verdad nunca ha sido una cuestión teórica, sino práctica, y las teorías no flotan en el aire, sino que son el producto de relaciones político-sociales y económicas que se encuentran en su origen.

En estos momentos, la realidad y la Historia se interpretan como una conspiración que ha incrementado las dimensiones ontológicas de su creencia y se han igualado a cosmovisiones. Así, internet ha ayudado a que sean virales e incrementen esas dimensiones ontológicas, pero también que sea una forma elemental, muy básica de interpretar lo realmente existente, por lo que se ha extendido en todas las civilizaciones y culturas del globo, como si fuera *lingua franca*. La peligrosidad de interpretar la realidad como una conspiración, radica en que en ese desplazamiento de las TdC de la periferia lunática al centro de la atmósfera cultural, impregne a una comunidad de fe —hasta grupos terroristas— o el propio Estado y las asuman, señalando a un chivo expiatorio como causante de las desgracias; entonces, lo convierten en un blanco fácil de fanáticos. De este epígrafe deducimos la característica vigésimo octava: debe procederse a una desprogramación en los sujetos para sacarlos de las creencias en TdC, como forma de interpretar la realidad. También la vigésima novena: no se han limitado territorialmente al mundo occidental, hoy se han extendido por todos los países, de tal manera que hoy también son *lingua franca* en todo el mundo, pues sus andamios se entienden en todas partes. Y cierro con la característica trigésima: no existen TdC inocentes, cualquiera puede conducir al genocidio, las masacres o suicidios colectivos si logran los elementos de los que he hablado a lo largo de este trabajo.

Las TdC anteriores al siglo XXI nacieron en momentos de crisis social y de inestabilidad, como mantienen Cockburn (2006), Furedi (2007), Molyneux (2011) y Collon (2016). Sin embargo, la característica que se produce en este siglo es que con la aparición de internet y las nuevas

tecnologías, las TdC se han emancipado de esa base social y se construyen y difunden hasta convertirse en virales sin necesidad de que nazcan de esos momentos de crisis. Las pautas de construcción las siguieron y nos las mostraron los primeros detractores de la versión oficial de 11-S, principalmente Meyssan (2002) y Griffin (2012); los numerosos constructores de verdades alternativas al 11-M; e incluso los que quisieron construir una TdC alrededor de los atentados de Barcelona del 17-A o de la masacre de la escuela de primaria de Sandy Hook, como ya mostré en capítulos anteriores. Esa emancipación, como característica actual, se une a la difusión en todos los órdenes de la vida: la extensión del pensamiento conspiratorio o paranoico a la literatura contemporánea en las obras de Burroughs, Pynchon, DeLillo, Dick, Meiller o Wallace; también a otros órdenes de la vida y el pensamiento, como a los discursos políticos y análisis sociales; y, por último, también se han extendido fuera de Occidente, y han llegado a todos los rincones del mundo. Ya no son, pues, patrimonio de Occidente, sino que en cualquier lugar del mundo se utilizan los mimbres de las TdC como forma elemental de análisis de la realidad, como un sistema de pensamiento y un método de acción (Moscovici, 1987). Así, se ha estudiado este fenómeno en Nigeria (Bastián, 2003), Mozambique (West, 2003), Indonesia (Schrauwers, 2003), Tanzania (Sanders, 2003), Corea (Kendall, 2003), entre los budistas de Rusia, China y Mongolia (Humphrey, 2003) o en Oriente Medio (Pipes, 1996; Tapper, 1999; Anderson, 1996) y en diferentes comunidades en Occidente, como la afroamericana en la cual ha llegado a tener mucho predicamento el conspiracionismo (Kendall, 2003; Night, 2002) o en determinados grupúsculos identitarios feministas (Night, 2002). La emancipación de las TdC de los periodos de incertidumbre y su construcción en «laboratorios», así como su extensión a todos los órdenes de la atmósfera cultural y a los territorios del mundo más recónditos es la razón por la que se ha convertido en «lingua franca de la epistemología», pues todo el mundo entiende los andamios básicos sobre los que se asienta esta forma de interpretar la realidad y los mimbres necesarios para su construcción. Las TdC son una nueva «lingua franca epistémica» en el contexto del Nuevo Orden Mundial; es decir, «la plebeyización de la epistemología», a la que ya he mencionado al hablar de que son una forma de mapeo cognitivo (Jameson, 1995). Esos constructos conspiratorios son usados por parte de los ciudadanos como respuesta popular contra las fuerzas impersonales que dominan la sociedad (Hellinger, 2003), es el Agency Panic (Melley, 2000), o un mecanismo de defensa contra la competencia capitalista donde solo el paranoico sobrevive (Grove, 1996) o como mecanismo de defensa contra la falta de transparencia y legitimidad de acciones de la policía, militares y agencias de inteligencia —«aparatos represivos del Estado», en jerga de Althusser—, cuyas misiones incluyen conspiraciones emprendidas realmente (Groh, 1987).

Conclusiones finales

La profecía fallida

Jean-François Lyotard (1924-1998) había definido los metarrelatos o grandes relatos como las ideologías propias de la Modernidad y por tanto del siglo XIX. Además, vaticinó su naufragio en el XX, como nos anunció en *La condición posmoderna* (1979): «El gran relato ha perdido su credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que se le haya asignado: relato especulativo, relato de emancipación» (Lyotard, 1987; 32). Era, pues, el fin del gran relato del socialismo, el del fascismo, liberalismo y el cristianismo, y, por ende, también de cualquier teoría con aspiraciones de *Weltanschauung*, como explicación de todo lo real, del presente y del pasado, y con ambiciones emancipadoras. Esa exposición de Lyotard sobre el fin de los grandes relatos, no dejaba de ser un tipo de profecía histórica, que Popper distinguía tajantemente de la predicción científica. Lo primero que Lyotard purgaba en ellos, por considerarlo innecesario, era ese carácter emancipador, donde su objetivo era lograr su utopía, en la Tierra o en el Cielo. De esa manera, el liberalismo buscaba la felicidad de todos los seres humanos y Adam Smith colaboró a ese noble fin en su idea de la «mano invisible» en la economía, precisamente en un tratado sobre la felicidad, *Teoría de los sentimientos morales*. La Revolución francesa también buscaba el mismo objetivo, matizado por Saint Just, el *Arcángel del Terror*, cuando especificó que era la *felicidad en vida*, que hasta entonces solo se conseguía *postmortem*. El Reino de Dios en el cristianismo tenía el mismo objetivo, en este caso el triunfo del Bien sobre el Mal para toda la eternidad. Por su parte, el marxismo, el anarquismo y el socialismo utópico anhelaban una sociedad comunista igualitaria donde se controlasen los medios de producción por los trabajadores y se aboliese la propiedad privada. Hasta el execrable nazismo aspiraba a su Arcadia: la Gran Alemania solo para la raza aria. Ese fin último de los grandes relatos no estaba exento de sacrificios: la lucha contra el Mal en todas sus formas, como lucha externa frente al cismático y lucha interna contra las pasiones, para el cristianismo; la necesidad de la Nomenclatura en las estructuras de poder para los socialismos realmente existentes en aquellos momentos; la desigualdad congénita en el liberalismo; y la «guerra total» previa en el nacionalsocialismo. Ante ellos, se presentaba la posmodernidad que no vislumbraba utopías por lo que no imponía sacrificios, al considerar que todas las utopías se diluirían en ella, como lo expresó Jean Baudrillard: «el futuro ha llegado, todo ha llegado, todo está aquí». De ahí se

anunció la muerte de las ideologías, de la Historia, de las clases sociales, del arte y del sujeto como lo habíamos entendido en la Modernidad; de igual forma establecía como profecía la crisis del leninismo, de la socialdemocracia y del Estado del Bienestar.

Cuando proclamó la muerte de los grandes relatos y de la Modernidad, Jean François Lyotard se atrevió a señalar una fecha en la que las campanas tañeron a difuntos: Auschwitz. A partir de ahí, el gran relato nacionalsocialista quedó sepultado bajo el peso de más de cincuenta millones de cadáveres. El cristianismo necesitó un nuevo ajuste para explicar el Holocausto y los teólogos se vieron obligados a rebajar un peldaño la omnipotencia de Dios, para salvar su omnibenevolencia. El liberalismo quedó orillado como teoría económica eficaz, tras la aplicación del plan Marshall y la protección keynesiana hasta finales de la década de los sesenta, a lo que sumamos la entrada de los comunistas y socialistas en los gobiernos europeos en la posguerra y el nacimiento del Estado del Bienestar. En cuanto al metarrelato del socialismo, el discurso de Nikita Krushev en el XX Congreso del PCUS se conoció solo en Occidente, así como los muertos por la colectivización forzosa, por la Gran Purga de Stalin y por el establecimiento del Gulag, donde los confinados y los muertos se contaron por cientos de miles; sin embargo, después de la victoria de la gran guerra patriota, el estalinismo vivía su luna de miel y la influencia del socialismo realmente existente se fue extendiendo por el mundo en sus diferentes versiones —Cuba, Nicaragua, Angola, Mozambique, Argelia, Chile, Afganistán, Libia, Egipto....—. Incluso, en 1984, unos años después de que Lyotard publicara *La condición posmoderna*, el Partido Comunista Italiano rompió cualquier pronóstico al obtener sus mejores resultados en las elecciones europeas, con 11.700.000 votos, y las ganó, derrotando por primera vez a la Democracia Cristiana. Como observamos, la muerte del gran relato, tal y como predijo, no se estaba produciendo y las pruebas eran tiránicas.

Al decir de Lyotard, Auschwitz inauguraba otra etapa en la cultura, la posmodernidad, en la que primaría el pequeño relato —«El pequeño relato se mantiene como la forma por excelencia que toma la invención imaginativa, y, desde luego, la ciencia» (Lyotard, 1987:48)—, la fragmentación, el pastiche, el collage y el simulacro, «el grado cero de la cultura contemporánea», en sus propias palabras, es decir, el pensamiento «débil» y el abandono de todo proyecto de emancipación. Habermas se opuso a esta visión de la realidad, pues consideraba que la Modernidad era un proyecto inconcluso que deberíamos terminar y no se podía dar por muerto. Habermas veía a los seguidores de la posmodernidad como filósofos conservadores, opinión a la que se sumó Perry Anderson, donde los define: «[U]na rebajada síntesis para intelectuales de medio pelo, señal de una nueva complicidad entre el artista y el burgués, en una sospechosa encrucijada entre la cultura y el comercio» (Anderson, 1998; 22) —cuestión que con el paso de los años se ha comprobado cierta—. En aquel momento, los

filósofos que enarbolaban la posmodernidad acusaban a Habermas de utilizar falacias *ad hominem* contra ellos y argumentaban que no había comprendido que la posmodernidad había llegado para quedarse. Ahí, según ellos, deberíamos vivir la posmodernidad como el fin de la Historia de Fukuyama, «el futuro ya estaba aquí», de Jean Baudrillard; la crisis y choque de civilizaciones de Samuel Huntington; la extensión del pensamiento débil a las masas en un frenesí hedonista o consumista sin rumbo; inclinarnos hacia un discurso experimental desprovisto del interés por la verdad; o hacia pequeñas narrativas convertidas en la manera adecuada de explicar las transformaciones sociales y los problemas políticos. Esa era la profecía de que lo viejo fallecía y lo nuevo que nacía como sustituto en la posmodernidad *lyotardiana*.

En septiembre del 2007, en un curso de verano de la Universidad de Oviedo, cuyo título era «Posmodernidad y expresiones literarias», Juan Cueto impartió la ponencia «Cuando España hizo 'pop'». En el desarrollo de su intervención o con motivo de alguna pregunta del respetable, Cueto se vio obligado a hablar de los atentados al World Trade Center el 11 de septiembre del 2001, y dijo: «Ese fue el acto de defunción de la posmodernidad. Ahí nació un nuevo gran relato sobre los escombros de las Torres Gemelas y las casi tres mil víctimas». Los muertos en Auschwitz, para Lyotard, y los de las World Trade Center, para Cueto, marcaban las fechas del fallecimiento de la Modernidad y de la posmodernidad, respectivamente. Es posible que Auschwitz-Birkenau, Mauthausen, Belzec, Chelmno, Majdanek, Sobibor, Treblinka y así hasta cincuenta y seis campos más, marcasen el fin del gran relato nacionalsocialista. Sin embargo, los otros tres metarrelatos no murieron del todo: el cristianismo realizó sus ajustes con la Teodicea y continuó camino con heridas leves; el liberalismo vivió sus horas bajas con la extensión de las políticas de Keynes en algunos estados, pero se replegó a la periferia de la atmósfera cultural y esperó mejores momentos; el socialismo realmente existente todavía fue extendiéndose por el Tercer Mundo, pese a que en Europa y los Estados Unidos estuviese en retirada. De esa forma, entre Auschwitz y el 11 de septiembre del 2001, hay otra fecha muy significativa, el 9 de noviembre de 1989, cuando se comenzó a demoler el Muro de Berlín. Ahí se derrumbaba vertiginosamente el gran relato socialista, por dos razones: la primera porque dos de los grandes relatos que Lyotard dio por muertos, el cristianismo y el liberalismo, se habían unido formando la Santísima Trinidad en la Tierra —Margaret Thatcher, Ronald Reagan y Juan Pablo II—; la segunda razón fue por incomparecencia del socialismo realmente existente en la contienda contra el liberalismo, pues no se presentó al enfrentamiento.

De lo anterior podemos concluir que el fin de la II Guerra Mundial solo envió a las alcantarillas de la Historia a un gran relato, el nacionalsocialismo; por su parte, la Caída del Muro envió a los estercoleros a otro gran relato, el socialismo realmente existente en aquellos momentos; pero el liberalismo o en su refundación neoliberal vivió su época de apogeo desde

1989. Es a partir de ahí cuando nació el gran relato de la Globalización. De esa manera, un Occidente triunfante, un gran relato victorioso, no había cultivado un discurso fuerte desde la caída del Muro, pues su dominio era pleno en toda la Tierra, sin enemigos a la vista ni en el horizonte: «Abrigamos serias dudas de que, en las próximas décadas, un sistema político económico mundial alternativo pueda competir razonablemente con la economía de mercado global, ni en el terreno teórico ni en el práctico» (Susana George, 1999, 22). De ahí que Occidente se había abandonado a la autocomplacencia, al éxito de su victoria, a las trompetas, tambores y pífanos de los desfiles de los ganadores. Occidente era el ganador y bajo el gran relato de la Globalización se cultivó el pequeño relato, lleno de azar y desasosiego. En el campo económico, el paradigma invencible fue el neoliberalismo que barrió las fronteras del mundo y creó un solo mercado, donde se potenciaba el hiperconsumo y la información masiva en los medios, como una forma más de desinformación y de manto que cubra la realidad. Y el mercado se extendió a todos los confines del globo terráqueo y mercantilizó hasta los sueños, sin dejar ni un solo «espacio en blanco», al decir de Conrad, sin convertir en mercancía.

Los grandes relatos forever

Sin embargo, llegó el 11 de septiembre de 2001, y sobre los escombros del World Trade Center y las casi tres mil víctimas, un enemigo, arrinconado en la periferia social y cultural durante siglos, había construido un gran relato sobre los muertos, propios y ajenos; era la muestra de esa ideología del terror santo. Occidente tenía enfrente un rival que ante el fin de la Historia (Fukuyama, 1992), presentaba un nuevo comienzo de la misma exhibiendo el mito de Noé; frente al fin de las ideologías (Bell, 1992) y del gran relato (Lyotard, 1987), ofrecía un metarrelato basado en el modo según el cual se construyen las sociedades primitivas a través de los mitos, en este caso una nueva variante del mito del Génesis; frente a la muerte del hombre (Foucault, 1968) como parábola, ofrecían la inmolación, el martirio armado para lograr la felicidad, y consiguen que la felicidad vuelva a ser *postmortem*, como si Saint Just y la Revolución francesa nunca hubiesen existido; y frente a la liberación de la mujer, del 50% de la población mundial, proponen su absoluta esclavitud. Es decir, están dispuestos a matar y morir. Occidente solo está dispuesto a matar; el pequeño relato que cultivó los últimos años de autocomplacencia no ha convencido ni fanatizado para morir defendiéndolo a sus ciudadanos. Pero el soporte ideológico del discurso de ese nuevo enemigo de Occidente sigue siendo el mismo: el retorno a una edad de oro idealizada, que nunca existió, el imperio islámico —el Califato, para el ISIS—, convirtiéndolo en una propuesta de futuro; la pertenencia a ese grupo o cultura; la identidad y necesidad de unirse frente al enemigo común, la disolución del sujeto en

la colectividad del grupo (esta disolución en el caso de las mujeres es de eliminación absoluta como individualidad, como subjetividad, transformándolas en depositarias de la identidad del pueblo) y la cadena de transmisiones en la tradición, es decir, el fundamentalismo es incapaz de aceptar la contingencia y que algo exista por necesidad, por lo que «el propio universo es un argumento convincente contra semejante credo»(Eagleton, 2012; 47). Sumemos a lo anterior la bandera, las nuevas tecnologías y las armas modernas al vínculo religioso y tenemos el coctel perfecto: «se trata de una religión que vuelve a estar, una vez más, preparada para agitar y matar», (Ibídem; 66).

Si ensamblamos todos los elementos expuestos en una unidad, ¿qué tenemos? Pues, sin dudar: un gran relato de la realidad. Espeluznante, sí, pero un gran relato. ¿Quién dijo que habían muerto? En resumen: el yihadismo acababa de presentar un gran relato a una sociedad que parecía haber perdido los códigos significativos de su propia Historia, pues estaba dedicada a deleitarse con el sonido de los pífanos en el desfile de los ganadores; a mirarse el ombligo mientras el mundo moría de desigualdad, hambre y guerras; a interpretar la realidad a través del pequeño relato; a evadirse en el lenguaje oscuro y confuso; a fantasmear con un relativismo que no solucionaba los problemas en la realidad de otras civilizaciones y, por supuesto, tampoco los muertos del 11-S; y a preocuparse por producir eslóganes que generasen modas intelectuales. En definitiva, el atentado fundamentalista del 11-S presentó un espeluznante relato en la atmósfera cultural construido sobre las víctimas, en una unidad de idealismo y cinismo, donde se conjugaba una doctrina grandilocuente a partir de simples actos de barbarie. En frente de esa masacre se encontró a los acomodados seguidores del pequeño relato, de la posmodernidad, del pastiche, del simulacro y del espectáculo; es decir: «Falsificadores de moneda cultural [...] macaneadores orgullosos de haberse librado de “la tiranía de la coherencia y la verdad”[...] *clochards* disfrazados de intelectuales, alquimistas que transmutan la mierda en palabras [...] Uno de los peores fraudes intelectuales de todos los tiempos» (Bunge, 2013; 8).

En el mismo instante posterior al derrumbe de las torres el 11 de septiembre de 2001, se oyó alto y claro el grito Don DeLillo: «esa narrativa concluye con los escombros, y a nosotros nos corresponde la tarea de crear una contranarrativa» (DeLillo, 2002, 7). Las cenizas, el polvo, el caos, el radical desorden de la Zona Cero tenía que representar el punto de partida de una contranarrativa, de la construcción de un nuevo gran relato. Esa situación de desconcierto total e indefensión se refleja en la Carta a América, firmada por sesenta intelectuales, que reproducen un nuevo mito, el de soberanía. Es la búsqueda del verdadero orden y sentido de la sociedad estadounidense. Necesitan legitimarse, lo que no les había preocupado en la década anterior en la que eran soberanos; es el nacimiento de un nuevo proceso constituyente y lo encuentran en la democracia representativa como religión civil, el pueblo norteamericano como criterio rector

del *demos* universal —otra vez el mito del pueblo elegido—, el estado de excepción o sitio como forma de gobierno y la moralidad y la religión puritana como elementos supremos a la legalidad. Es la respuesta de un capitalismo que, sobre un debilitado horizonte social, se ve asediado por enemigos internos y externos cada día más desesperados. De esta forma, renunció a un orden consensuado y se entregó a una defensa despiadada de los privilegios, pues «los Estados Unidos representan ahora una cultura profundamente antitrágica que está atravesando, probablemente, la época más trágica o potencialmente trágica de su existencia» (Eagleton, 2007, 21). De esta manera, a ese Nuevo Orden Mundial le interesa ahora cualquier viejo y atrasado rincón del planeta, pues puede poner en peligro sus intereses. Esta comunidad ha desterrado el pequeño relato posmoderno y se entrega al gran relato de la soberanía y el pueblo elegido, que está dispuesto por fin para la batalla de Armagedón y la segunda venida de Cristo, diría Ronald Reagan. Después del 11 de septiembre de 2001, el gran relato del terror santo siguió redactando su texto en los atentados de Cachemira, Ryad, Satkhira, Bali, Marruecos, Moscú, Bagdad, Bombay, Estambul, con una cadena de 493 muertos y 1866 heridos. El 11 de marzo de 2004 cubrió de horror Madrid, con 192 muertos y 1857 heridos. Pero esto no terminó ahí: aún tuvimos que contemplar atónitos el 7 de julio de 2005 los atentados en el metro de Londres, con 56 muertos y 700 heridos. Frente al gran relato del terror santo se alzó otro gran relato, el de la soberanía y el pueblo elegido.

El conspiracionismo se abrió paso entre los nuevos grandes relatos

He indicado antes que los dos únicos metarrelatos que se habían hundido o replegado a los márgenes de la atmósfera cultural eran los del nacionalsocialismo, después de Auschwitz-Birkenau, y los del socialismo realmente existente, después de la Caída del Muro. Obsérvese que no utilizo el término «muertos» de Lyotard, sino hundidos o replegados, pues como he mostrado en el presente trabajo, ninguna teoría muere del todo, cuando es derrotada se desplaza a la periferia de la atmósfera cultural y ahí permanece como conocimiento estigmatizado, ya sea en sus variantes de rechazado, reemplazado, olvidado, superado o ignorado. O, en estos momentos, también pueden quedar reducidos a información basura que circula por el ciberespacio y ser procesada por una ingente cantidad de usuarios y robots que mueven y procesan esos datos («Fantasmas de internet», denomina Thomas Brewster a este conjunto), para regresar en un futuro como *neo*, cuando las condiciones sean favorables a su desarrollo y sean rescatadas por una comunidad de fe y fin. Ya que ese enfrentamiento entre grandes relatos no se produce en el aire, ni en una sala cerrada donde filósofos prestigiosos discuten con argumentos para ver quien vence en la disputa intelectual; sino que el combate es

en la Tierra, con intereses económicos, geopolíticos, geoestratégicos y militares, con muertos, heridos y millones de damnificados. De esa manera, al final de la Guerra Fría, los grandes relatos triunfantes —el neoliberalismo y el cristianismo— continuaron con más fuerza extendiéndose sin competencia por los antiguos países del Este bajo el manto de la Globalización. Pese a que hablamos de un gran relato hegemónico, también surgieron metarrelatos *alternativos* y opuestos a él, y se construyeron sobre las desigualdades provocadas, las crisis económicas, las guerras en Oriente, las cenizas, los muertos y el caos. Esto provocó que la posmodernidad *lyotardiana* fuese en realidad quien se replegase a la periferia de la atmósfera cultura como profecía fallida. De esta forma, Habermas, con su concepto de que la Modernidad era un proyecto inconcluso, se apoderó de la escena y se le sumaron aliados, aunque le colocasen apellidos a la Modernidad llamándola líquida o tardía, Zygmunt Bauman y Scott Lash, o se transmutase en una sociedad del riesgo, Ulrich Beck y Anthony Giddens. Sea como fuera, la posmodernidad entendida por la *French Theory* se había desplazado de la centralidad y se había orillado como conocimiento estigmatizado, si es que alguna vez fue algo más que una moda intelectual con lenguaje oscuro. Lyotard, aun diciendo cuestiones sugerentes, jugó a profeta y la predicción no se cumplió, pues, en 1989, el gran relato de la Globalización se extendió por la Tierra en esa economía sin fronteras convirtiendo todo en un mercado, que ha mercantilizado hasta el inconsciente. En el 2001, el metarrelato del sacrificio por el Más Allá, para derrotar al infiel y conseguir la felicidad *postmortem* se impuso en la zona del Eje del Mal, como la llamó George W. Bush; por su parte, el mito de la soberanía comenzó a ser hegemónico en la zona del Eje del Bien. Lo que era indudable es que el gran relato había regresado porque nunca murió y lo hacía para quedarse un largo tiempo, venciendo al pequeño relato triunfante años atrás porque se había demostrado que lo que este ofrecía era insuficiente: azar, caos o incertidumbre. De ahí que se replegó a la periferia, pues había cumplido su misión: reflejar con exactitud la autosatisfacción por la gran victoria, época en la que estaba permitido abandonarse a cualquier frivolidad o fraude intelectual.

De esta forma, la gran morgue de la Zona Cero, no solo se convirtió en el gran paritorio sobre el que alumbraron de nuevo los grandes relatos, sino que también evidenció una forma de interpretar la realidad, que se encontraba desplazada en la periferia, como conocimiento estigmatizado y fue el conspiracionismo, que se hizo un hueco entre los grandes relatos de la Globalización, de la soberanía o el martirio fundamentalista del terror santo. Esto fue así pues, después del atentado del 11-S, el FBI puso en marcha la Operación PENTTBOM, con apoyo del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, con 7000 agentes investigando los hechos. En paralelo, el gobierno británico encargó también una investigación. En 72 horas se publicaron las filiaciones de los 19 sospechosos junto con sus fotografías y se comenzó a reconstruir el atentado

hasta su esclarecimiento, lo que constituyó la versión oficial de lo acontecido. Sin embargo, se fueron extendiendo teorías distintas a la ofrecida por los 7.000 agentes, incluso se crearon comunidades de fe alrededor de las diferentes versiones ofrecidas contra la oficial, articuladas en diferentes facciones de lo que luego se conoció como *9/11 Truth Movement*. Eran teorías que interpretaban los hechos de otra forma o los negaban simplemente para concluir que la versión oficial era mentira y que todo había ocurrido de otra manera o que no había ocurrido. Además, defendían que los autores materiales del atentado no eran los que mostraban las imágenes, sino que detrás se encontraba el presidente Bush, una facción del emporio militar norteamericano e intereses saudís. Tal vez lo anterior no hubiese pasado de algunas manifestaciones o documentales y hubiese muerto temprano o se hubiese replegado a la periferia de la atmósfera cultural como había ocurrido en otros momentos históricos; sin embargo, aquel conspiracionismo apareció después de dos fenómenos: el primero, se acaba de terminar todo un proceso impregnado de teorías conspirativas que negaban las conclusiones de la comunidad científica sobre el origen y propagación del Sida, lo que obligó a firmar la Declaración de Durban por 5.000 científicos en julio del 2000, para contrarrestar una opinión conspirativa muy extendida y errónea sobre la pandemia que provocó millones de muertes; en segundo lugar, internet se unía a ese previo caldo de cultivo conspiratorio, divulgando de forma exponencial con difusión a todos los rincones del planeta de las nuevas teorías conspirativas que se crearon en torno a la interpretación de los sucesos del 11-S, incrementando la comunidad de fe más allá de un puñado de iluminados. Ante esto, el gobierno de los Estados Unidos creó la Comisión del 11-S, que cerró conclusiones el 21 de agosto de 2004, con 1.200 testimonios de testigos directos y 2.5 millones de documentos que se unieron a las investigaciones de los 7.000 agentes del FBI. Aun así, los creyentes en una magna conspiración no cesaron y encontraron anomalías a las conclusiones de la Comisión del 11-S. Un año y cinco meses después de los atentados, el 5 de febrero de 2003, Colin Powell compareció ante la tribuna de la ONU, defendiendo la posesión de armas de destrucción masiva por parte del régimen de Bagdad, así como la relación directa entre dicho régimen y los terroristas. Mencionar que Powell, el 15 de septiembre de 2005, en una entrevista para la cadena ABC dijo que esas declaraciones ante la ONU habían sido «una mancha en su carrera», porque los datos aportados provenían de fuentes poco fiables. Aun así, el 15 de marzo del 2003, se reunieron en las Azores los mandatarios de Estados Unidos, Reino Unido, España y Portugal para anunciar al mundo la necesidad de la invasión de Irak a raíz de las informaciones de Powell en la ONU y las de la CIA, invasión que se produjo cinco días después. Un año después, el 11 de marzo de 2004, se produjeron los atentados de Madrid con el resultado de 192 muertos y 1857 heridos. Y nuevas teorías de la conspiración volvieron a florecer

para explicar ese atentado en contra de las pruebas, de toda la investigación policial, de la instrucción judicial y de la sentencia final.

Como he mostrado, la atmósfera cultural del nuevo milenio amanecía cargada de conspiraciones que nos explicaban lo que ocurría a nuestro alrededor: la versión sobre la pandemia del SIDA, los atentados del 11-S, la posesión de armas de destrucción masiva por parte del régimen de Irak y la masacre en los trenes de Atocha el 11-M. De ahí podemos observar estas cuestiones de las cuatro conspiraciones: la primera fue creada contra el consenso científico desde posiciones de las pseudociencias y sin base científica alguna; la segunda fue creada contra la versión oficial; la tercera fue construida por el poder realmente existente; y la cuarta, se creó desde medios de comunicación afines a las fuerzas políticas perdedoras en las elecciones de 2004, para deslegitimar el resultado de unas elecciones democráticas. Como observamos, en un periodo de apenas cuatro años, el nuevo milenio se había plagado de teorías conspirativas para explicar la realidad, unas desde el poder y otras contra él. Ante esto no voy a polemizar sobre las características de las mismas, pues el sociólogo Gabriel Andrade (2013) o el periodista Mauricio Schwarz (2017) consideran que las TdC son restos teorizadores de la agonizante posmodernidad *lyotardiana*; sin embargo, otros como Peter Knight (2003) o Susan Harding y Kathleen Stewart (2003) las consideran explicaciones totalizadoras de la realidad o «metadiscursos narrativos», y las situarían como otro gran relato en una Modernidad inconclusa. Sin embargo, es una discusión que no abordaré porque la considero baladí y fuera del objeto de este trabajo, como otra que ha surgido en el mismo campo del conspiracionismo sobre la paranoia en la literatura, pues autores como Don DeLillo consideran a *Hamlet* como el primer personaje paranoico de la literatura y John Farrell defiende que fue *Don Quijote*, discusión fútil a mi entender porque ambos se publicaron en 1605. En el caso que nos ocupa, si los constructos conspirativos son producto de la posmodernidad o de una Modernidad inconclusa, es una polémica absurda, pues las teorías conspirativas como he demostrado aparecieron en las sociedades humanas desde hace siglos, la única diferencia es que ahora se han hecho virales con las nuevas tecnologías, las redes sociales y la extensión de internet.

Obviando esa discusión, lo que en realidad había ocurrido era que el mundo Occidental, desde la extensión del gran relato neoliberal de la Globalización, se había volcado en el consumo hiperbólico y el sistema triunfante había convertido en mercancía casi todo lo existente. En esa base social se había desarrollado el pequeño relato dominado por el caos, el azar, la incertidumbre, la duda sobre la racionalidad y la ciencia; el pastiche, el collage, el pensamiento débil y la falta de un fin hacía el que encaminar actos. Ante tanto caos e incertidumbre, el sujeto descentrado de la posmodernidad buscaba donde aferrarse, de ahí que toda «Teoría de la conspiración, por otra parte, es un intento de recuperar la “explicabilidad”

que parece perdida en el mundo “desquiciado”. Una conspiración introduce elementos de orden, intención, finalidad y causalidad, que el paranoico explota a placer» (Salván, 2005; 154). Es el concepto de causalidad kantiano, como juicio sintético a priori, de que todo lo que ocurre tiene una causa. Eso ofrece tranquilidad al sujeto ante la incertidumbre y la complejidad del mundo: «La mentalidad paranoica es mucho más coherente que el mundo real, ya que no deja lugar a errores, fracasos y ambigüedades», (Hofstadter, 1967; 36).

En conclusión: supone la recuperación de una estructura epistemológica racional, que había sido abandonada en el posmodernismo *lyotardiano* en favor del microrrelato que solo ofrece el azar, el caos, la entropía, la incertidumbre y el pastiche. Ante esa incertidumbre «las teorías de la conspiración proporcionan narraciones simples y preparadas que reúnen pasado, presente y futuro en un todo coherente», (Knight, 2002; 9). Era como aquel personaje de Terry Pratchett, en *Jingo*, que de repente se dio cuenta de que quería que hubiese conspiraciones, era más fácil ver la realidad de esa forma, pues había a quien echar la culpa de las desgracias. De esta forma, las TdC renacen con fuerza como alternativa a los microrrelatos, pero como continuación de los grandes relatos del siglo XX y se convierten en un metarrelato en los tiempos actuales, que se ha extendido por todo el mundo, como *lingua franca* a la hora de interpretar la realidad y la Historia, porque frente a los microrrelatos, ofrecen una narrativa unitaria, explicativa de esa realidad incoherente, ambigua y aleatoria.

Ante esto, la pregunta que surge es si las TdC son un fenómeno actual o si se trata del regreso a la atmósfera cultural de nuestros antepasados, por ello se hacía necesario escuchar a Boltanski (2016; 237 y ss.) cuando nos decía que, hasta este momento, los estudios sobre las TdC se había centrado en uno de los cinco criterios siguientes: primero, los textos dedicados exclusivamente en los males provocados por las TdC; segundo, en la impregnación del conspiracionismo en los diferentes soportes de la cultura, ya fueran obras de ficción, literatura, cine o televisión; tercero, se preocupan de buscar la invasión en la cultura actual de la conspiración; cuarto, se sumergen en la historia buscando si el conspiracionismo y la paranoia constituyen tendencias psicológicas con carácter antropológico; y quinta, examen en profundidad de todo conocimiento que nos llega, para evitar el contagio con la pandemia conspirativa o paranoica. De ahí que, además de incorporar esos cinco puntos en mi estudio, procuré, como dije desde el principio, que mi investigación contuviera la perspectiva crítica, la histórica y la analítica.

¿Qué nos enseñó la Historia?

A partir de ahí me sumergí en el archivo arqueológico para analizar todos los soportes de la cultura para localizar su origen, si es que se encontraba entre ellos. Recurrí a los libros de historia, de arte o de la literatura para acercarme a esas culturas tribales, al carecer de fuentes originarias. En el caso de las tribus primitivas recurrí a los estudios clásicos de James George Frazer (2011); a los tratados siempre obligados de Marvin Harris (1998); a las investigaciones antropológicas de las tribus Azande por Evans Pritchard (1968) y Hugo Hernáiz (2009); con las aportaciones de Dieter Groh (1987) sobre las creencias de esas tribus. De ellos se extraían enseñanzas y diferentes coincidencias útiles para este trabajo: en primer lugar, cualquier accidente que provocaba desgracias, era interpretado como la acción de fuerzas o espíritus que actuaban ocultos a nuestros sentidos, por lo que excluían la casualidad de sus herramientas interpretativas y abrazaban la casualidad; segundo, los indicios de la existencia, comportamiento o fines de esos espíritus solo podían ser interpretados por chamanes, brujos o individuos determinados, era un saber minoritario y exclusivo; tercero, esa creencia en fuerzas ajenas y superiores al ser humano los aliviaba de responsabilidades, lo que Frank Furedi (2008a) denomina «no fui yo»; y Groh (1987) añadirá una cuarta característica, pues considera que respondían a la antigua necesidad de ser controlado y utilizado. Estos fueron los mimbres sobre los que las civilizaciones posteriores construirán conspiraciones más perfeccionadas: el todo está relacionado y no existe la casualidad; la realidad presenta indicios de esa historia detrás de la Historia que solo puede ser interpretados por personas muy determinadas; esas creencias alejan responsabilidades individuales y grupales; y, cuarto y último, permiten llevar una existencia más cómoda en sociedad, aunque obligasen a un cierto sometimiento.

Después de las culturas tribales, la civilización más antigua conocida fue la sumeria, donde la *Epopéya de Gilgamesh* nos mostrará el nacimiento del primer elemento de las TdC: nada de lo que ocurra en el devenir de los días será ajeno al deseo o a la intervención de algún dios, de ahí nace el concepto de *destino*, como elemento que marcará la agenda de los seres humanos. Años después, en el *Libro del Éxodo* se nos presentará al dios de los hebreos como un poderoso agente —sin llegar a ser todopoderoso— conspirador contra el faraón y la jerarquía egipcia. De esta forma, hemos de llegar a la Grecia Antigua, donde las fuentes escritas son más numerosas y en ellas, en la mitología del Olimpo, se nos muestra cómo los dioses controlan y juegan sobre el destino de los hombres, a los que solo les quedará la astucia, la *mētis*, para conducirse —cuestión que le hizo decir a Umberto Eco que el desarrollo de la batalla de Troya se decidió la víspera en el monte Olimpo—. De esta forma, Homero se nos presentará como el primer constructor de grandes conspiraciones, ajenas al deseo y voluntad humana, cuyo elemento

básico es el destino. A esto he de añadir las conspiraciones recreadas por Platón en su *República*, ya que consideraba que bien utilizadas conducirían a una sociedad más perfecta. A continuación, el Imperio Romano nos enseñó otras características del conspiracionismo: podían servir de identidad a los pueblos e imperios, como nos mostró Virgilio en la *Eneida*; y también serían utilizadas desde el poder, pues permitían incrementar la represión sobre el pueblo para asegurar su control, eludir las responsabilidades de sus gobernantes y señalar un chivo expiatorio como culpable de las desgracias. Los emperadores Nerón y Diocleciano señalaron a los cristianos como el buco emisario de las desgracias del pueblo romano. Aquí aparece la primera utilización conocida del conspiracionismo por el poder dictatorial, como muestra de lo que defiendo en este trabajo: en la mesita de noche de todo dictador se halla el manual de una TdC y han sido el germen de matanzas, pogromos y genocidios.

En estos análisis desde los pueblos primitivos al fin de Imperio Romano, he procurado mostrar los mimbres sobre los que se construyeron aquellas elementales conspiraciones sobre los seres humanos, que se resumirían en que nada es al azar, todo está relacionado o causado; de ahí que alguien o algo mueve los hilos del devenir, del destino o *factum*; por lo que también servían como una forma elemental y tosca de interpretar la realidad; incluso como mito fundacional de ciudades e imperios; y, para terminar, no presentaban pruebas ni evidencias de su veracidad, por lo que han comenzado siendo discursos cerrados y autoafirmativos. A esto he de añadir que si son creadas desde un poder dictatorial establecido, servían para justificar las acciones de los gobernantes y señalar un culpable de las desgracias, que actúa como chivo expiatorio. Esta utilización de las TdC por las dictaduras, desde aquellos remotos años, nos mostrará que el conspiracionismo se encuentra en la entrañas de las ideologías que conducen a matanzas o genocidios. Las dictaduras, además de sus medios represivos, siempre disponían de una comunidad de fe y de fin, que asumía y ejecutaba esas creencias conspirativas hasta llevarlas al fanatismo, al pogromo contra los chivos expiatorios. Todo lo anterior podríamos resumirlo en que las TdC servían para interpretar la realidad de una forma básica, como esa primera fase que he denominado «epistemología para la plebe». Además, añadimos el empleo de las mismas por parte de las dictaduras para conquistar el poder y mantenerlo, creando agentes conspiradores contra el *statu quo*, que ejercen de chivos expiatorios.

La época que se abrió con la Edad Media hasta la entrada en la Modernidad, con un nuevo modo de producción y una nueva cultura, mostró varias cuestiones muy interesantes para nuestro estudio de las TdC que se mantienen hasta ahora. La primera, y muy importante, es que desde el derrumbe del Imperio Romano hasta la aparición de la Peste Negra, el modelo de producción fue superior al esclavista y las civilizaciones que se erigieron sobre él no necesitaron la construcción de TdC, lo que nos demostraba que en épocas de expansión y tranquilidad social

y económica no aparece el conspiracionismo. De ahí que desde 476 hasta 1347, la cosmovisión cristiana sobre la realidad y la Historia, así como su futuro en las profecías de la vida se convirtió en un paradigma dominante y sin contrincantes, que interpretaba todo lo existente. Fue a partir de esa fecha, cuando las hambrunas comenzaron al dejar de llegar riquezas de las cruzadas y la Peste Negra se convirtió en la verdadera prueba de fuego contra la que tenía que lidiar la cosmovisión del cristianismo. Era el *mal-desgracia* en grado sumo que no distinguía a creyentes de herejes y se llevó hasta 1353 a casi 25 millones de personas en Europa. En ese momento, como he mostrado, para mantener el paradigma vigente, las autoridades crearon hipótesis *ad-hoc* como defensa. El Reino de Dios en la Tierra se estaba cumpliendo, pero había una serie de enemigos —brujas, judíos, moriscos, conversos, herejes y extranjeros— que querían derrotar ese proyecto divino, capitaneados por el diablo. Así se señaló de nuevo un chivo expiatorio sobre el que recayó la ira de la comunidad de fe y fin y se dio el pistoletazo hacia un nuevo genocidio, pues aún a día de hoy se desconoce cuántas muertes provocó. Este periodo de nueve siglos nos enseñó, respecto a las TdC, que solo aparecen en momento convulsos de la Historia, que los agentes conspiratorios cambian con los tiempos —incluso, pueden pasar de víctimas a verdugos, como los cristianos en este caso— y que las TdC pueden servir para apuntalar un paradigma en crisis en la atmósfera cultural y son un arma contundente en manos de las dictaduras para generar un chivo expiatorio para mantener el poder, aunque haya que llegar al genocidio. A esto hemos de añadir otra enseñanza, respecto al cristianismo, que el *mal-desgracia* se convertía en la prueba de fuego de la que dependía el destino de la religión, pues el resto de conceptos teleológicos como la creación, redención, reinado de Dios o escatología se articulan alrededor y dependientes del mismo. De esta forma, las TdC con sus chivos expiatorios surgieron como hipótesis *ad-hoc* para apuntalar la cosmovisión cristiana.

La invención de la imprenta (1440), la caída de Constantinopla (1453) y el descubrimiento de América (1492) fueron los hitos que marcaron el fin de la Edad Media y el comienzo de un nuevo modo de producción y acumulación, dando lugar a civilizaciones y a ciudades donde comenzaba a ser dominante las relaciones sociales de una pujante burguesía con el trabajador que vendía su fuerza de trabajo en detrimento de las relaciones de vasallaje y feudo. Es una época de expansión económica donde las TdC no aparecen, lo que da fuerza a nuestra tesis de que solo surgen en épocas sociales de incertidumbre. Luego, nos muestra que las TdC no surgen en el aire, sino que son el producto de determinados momentos sociales y no se desvanecerán hasta que las condiciones que las crearon desaparezcan. Esta es la razón por la que la consideración de los demonios y las brujas como enemigos de la cristiandad fue agonizando, pese a que las masas y los sacerdotes o pastores que llevaron la religión en su apostolado a América, trasladasen esos enemigos en sus sermones y, en general, en su apostolado. Esta época

boyante con un crecimiento de la acumulación capitalista y el desarrollo de una potente burguesía y de un ejército de seres humanos proletarizados sufre un cambio cualitativo con la Revolución francesa y la Declaración de Independencia de las Colonias Inglesas. Las condiciones sociales, económicas y políticas habían cambiado y lanzaron a los agentes conspiradores creados durante la Edad Media al retrete de la Historia, los relegaron a la periferia de la atmósfera cultural como conocimientos estigmatizados. Luego, esto avala otra de mis tesis en este trabajo: los debates de ideas no derrotan a las TdC, para vencerlas definitivamente han de cambiar las condiciones sociales que las generaron.

La situación mostrada abrió un nuevo mundo y, con ello, nuevas perspectivas para las TdC. En Europa, la razón se había apoderado del discurso del nuevo régimen convirtiéndose en hegemónica. Por eso, las TdC, como constructos sin evidencia de veracidad, vinieron de los partidarios del Antiguo Régimen y opuestas a la versión oficial. Ahí nació lo que he denominado TdC Unificada, elaborada desde Francia por Augustin Barruel, en la que especulaba que todos los antiguos enemigos del catolicismo —Templarios, judíos, brujas, demonios, masones, enciclopedistas, ilustrados, partidarios de Cromwell y demás herejes conocidos— se habían unido contra la santa institución del Trono y el Altar. A la falta de pruebas de su veracidad, inauguraron una nueva forma reafirmarse: la retroalimentación, en una clara forma de utilización del sesgo de *bandwagon* o de arrastre. Así, desde Escocia, John Robison llega a sus mismas conclusiones y en sus diferentes tratados se apoyan, estableciendo como prueba de la existencia de esa conspiración que otros autores digan lo mismo. Por su parte, en la otra orilla del Atlántico, las TdC sirvieron como mito fundacional de una nueva nación norteamericana, al igual que había ocurrido con el Imperio Romano. De esta forma, la TdC que elaboraran estará relacionada con los agentes conspiratorios que obstaculizan y quieren impedir la construcción de la nueva nación: las monarquías europeas, el Papado y la Compañía de Jesús, principalmente. De esta manera se inaugura un despliegue de la paranoia en el discurso político —principalmente en la extrema derecha en las dos orillas del mar—; en la forma de entender la realidad y la Historia; en la interpretación de un nuevo mundo que nace y el conspiracionismo sirve como pieza identitaria; a lo que unimos que el despliegue del liberalismo provoca la competencia despiadada entre adversarios comerciales, por lo que la paranoia aparece como elemento de supervivencia. Esta es una nueva fase de influencia del conspiracionismo en la epistemología, construyendo lo que he venido en denominar la «epistemología de la supervivencia», donde, al decir de Grove (1996), se necesitaba estar un poco paranoico para sobrevivir, desconfiando de todo lo que nos pueda hacer competencia y perjudicar.

El siglo XIX se presentó como un desarrollo sin precedentes del modo de producción, de las técnicas y de avances en todas las ramas de las ciencias naturales. La ciencia se convirtió en la

reina y todas las teorías sin pruebas de veracidad fueron orilladas al desván de los trastos viejos y las TdC fueron desplazadas a la periferia como conocimientos estigmatizados. El Estado-Nación se desplegó en todos los ámbitos de la vida, por lo que se convirtió, para los constructores de conspiraciones, en el agente conspirador por excelencia con estas facetas: en primer lugar, podía construir conspiraciones, como Conrad (1995) y Chesterton (2001) nos habían dibujado en la ficción y la Guardia Civil en la realidad con la Mano Negra en Andalucía; en segundo lugar, el Estado se convertía, por el contrario, en el elemento capaz de desentrañar las conspiraciones creadas contra sus ciudadanos por enemigos internos o externos, como Buchan (1985) no ilustró; y en tercer lugar, se presentaba ante el ciudadano como el poseedor de la razón y de la verdad, como la robustez de la realidad, por lo que puede decidir lo que es una conspiración peligrosa para sus ciudadanos, como en el caso segundo, o una conspiración irracional y carente de fundamento que también puede perjudicarles. En esta época, los agentes de las conspiraciones anteriores —brujas, demonios, judíos, herejes— se replegaron a la periferia y la centralidad en el imaginario colectivo fue ocupada por otros, entre los que se encontraba el ya mencionado Estado. Los principales agentes conspiradores de este periodo fueron los banqueros, a los que se les acusaba de ser los causantes de las crisis del sistema; los revolucionarios, con anarquistas y marxistas a la cabeza; y los masones, a los que se señaló como agentes conspiradores con el orbe católico, principalmente en la papado de León XIII y la difusión de los tratados antimasones del estafador Leo Taxil, otro «alquimista que transformaba la mierda en palabras» (Bunge, 2013; 8).

Todo lo anterior refuerza varios argumentos de esta tesis: las TdC y sus agentes conspiradores cambian con las condiciones que los crean; la ciencia y la razón combaten y desbancan las creencias que se presentan sin evidencias de veracidad ante los ciudadanos; y, a partir de ese momento, el Estado se convirtió en un productor de conspiraciones, retomando aquella utilización de las mismas desde el Imperio Romano por Nerón o Diocleciano: para alejar de los gobernantes las culpas de su gestión y señalar un chivo expiatorio como responsable de las mismas. Estos mecanismos se perpetuarán hasta el siglo XX, que se inaugura con la falsificación de un documento por la policía secreta zarista, *Los protocolos de los sabios de Sión*, con la doble intención del Estado: alejar la culpa de la situación social de la familia del Zar y señalar un culpable, los judíos, en la Revolución fallida de 1905. Ese documento, después de la Revolución rusa, pasó a Alemania y se convirtieron en el documento estrella para demostrar la conspiración del pueblo judío contra la Alemania aria y el resto del mundo. Por su parte, el fascismo italiano también había creado un complot por el que ilustraba a la población de cómo los capitalistas, los ingleses y judíos querían dominarlos (Eco, 2015). Unos años después, el franquismo también construyó su TdC donde señalaba a masones, comunistas y anarquistas

como agentes conspirativos a batir, hasta el propio Franco escribiría contra la masonería en el diario *Arriba* bajo el seudónimo de Jakim Boor (1951). Por último, mencionar al régimen de Stalin y su constructo conspirativo de los «enemigos del pueblo» y «quinta columnistas» para señalar como agentes conspiradores a todos los que se opusieran a él. Como vemos, todo dictador construyó su TdC señalando un chivo expiatorio, que les sirvió como método identitario de su comunidad de fe y fin, de su grupo de fanáticos seguidores. Es lo que defendíamos al principio: que en la mesita de noche de todo dictador se encuentra una TdC que les permitió llegar al poder y luego mantenerlo, por lo que no existen TdC inocentes o inocuas, todas pueden pasar de la periferia lunática, de la patología, al centro de la atmósfera cultural; es decir, a lo lógico. Y lo hicieron sobre millones de cadáveres, de pogromos, de desterrados, de detenidos y de confinados a trabajos forzados.

La liberación de Auschwitz-Birkenau y del resto de campos de exterminio o de concentración nazis, mostrando al mundo el horror, el Holocausto, no solo supuso el final de la II Guerra Mundial, sino que también ilustró al mundo de las consecuencias de la irracionalidad, del sueño de la razón. Sobre esos millones de cadáveres, los teólogos cristianos rebajaron un peldaño la omnipotencia de Dios y Jean- François Lyotard quiso ver la muerte de los grandes relatos y bautizó la posmodernidad. Pasados los años, como adelanté, los grandes relatos nunca murieron como había profetizado Lyotard, se replegaron a las franjas de la atmósfera cultural esperando mejores momentos para regresar, para cuando las condiciones sociales fueran favorables y los rescataran. Es decir, sería una manera de trasladar la Primera Ley de la Termodinámica a la atmósfera cultural y aventuráramos que los grandes relatos ni se crean ni se destruyen, simplemente se desplazan. Lo que de verdad provocó Auschwitz-Birkenau y todas las dictaduras de la Europa de aquella época, y esta es otra de las tesis de este trabajo, fue que se iniciasen los estudios sobre las TdC por parte de las Ciencias Humanas, considerando al conspiracionismo como un objeto de estudio.

Las TdC: objeto de las ciencias humanas

La dictadura nazi y la estrategia de imposición de una TdC a la sociedad llamó la atención de filósofos que habían vivido y sufrido las consecuencias de la dictadura. De esa forma, los primeros que abordaron la TdC como objeto de estudio fueron Karl Mannheim y Karl Popper desde su exilio. Ambos intentaron responder a la pregunta: ¿qué son las TdC y qué función cumplen en las dictaduras? El primero en abordarlo fue Mannheim (1943), que las interpretó en primer lugar como un elemento del método de toma del poder, la *estrategia nazi*, basada en una desorganización sistemática de la sociedad, destruyendo la resistencia del individuo

desvinculándolo del grupo al que pertenece, pues así dejaba al sujeto sin lazos con la sociedad, ni de amistad ni de confianza, y esa ruptura de vínculos le convertía en un ser impotente. Así, conseguida la esclavización de las masas, comienza la segunda parte de la estrategia: construir el Nuevo Orden. Ahora, la TdC tendrá un nuevo papel: servir de identidad del grupo —el partido, NSDAP—, en primer lugar, y luego a la nación aria frente al Otro, que se constituirá en el buco emisario sobre el que se cargarán las culpas de las desgracias y permitirá que la sociedad no vuelque su hostilidad contra los dirigentes en los momentos de insatisfacción. El objetivo final de este proceso será fomentar los centros de fermentación emocional, perpetuando la actitud psicológica de la adolescencia —una sociedad infantil—, y lo conseguirá con la aplicación sobre la sociedad de lo que denominaba «técnicas sociales» y que tratan de influir la conducta humana —su origen se encontraría en la publicidad para el consumo de masas—, por lo que en manos de una dictadura operan como un medio de control social singularmente poderoso. De ahí otra de las funciones de las TdC: dirigir la psiquis pública hacia peligros imaginarios, con lo que distrae de las amenazas verdaderas y de los problemas reales. En resumen, la sociedad en la que nacen estas TdC es una sociedad de cambio hacia un modelo donde las masas imperan. En esta nueva sociedad se han desarrollado ciencias de la conducta humana, incluso con capacidad para manipular las emociones de las masas. Estas ciencias, pues, son peligrosas, por lo que han de ser tuteladas.

Karl Popper, por su parte, definió las TdC como el germen del historicismo y como relatos cerrados que se autoconfirmaban, por lo que las consideró contrarias al pensamiento científico al no poder ser falsadas. Así mismo, le parecieron la consecuencia de la secularización de un pensamiento religioso. Popper defiende que hemos dejado de creer en dioses, pero estos han sido sustituidos por conspiradores con poderes casi divinos que mueven los hilos de la Historia y de la realidad entre bambalinas: «Todo lo que ocurre en la sociedad —especialmente los sucesos que no gustan a la gente: guerras, pobreza, paro, miseria, epidemias, etcétera— es el resultado del plan directo de algunos individuos y grupos poderosos» (Popper, 1994; 280). El origen de estas cuestiones lo atribuye al propio Homero, que consideraba la Historia como un producto de la voluntad divina, cuyo destino final se mantenía en secreto para la mayoría de los seres humanos —excepto para los oráculos que podían interpretar las señales—, pero ese sentimiento del destino ajeno a los seres humanos, cuestión que recogerán Umberto Eco (2015) y Ricardo Piglia (2003), por lo que Homero se presentará para los tres como el gran constructor de conspiraciones. Popper considera las TdC como base del historicismo que combate, porque es una teoría que nos presenta el devenir de los seres humanos como una agenda ya escrita donde la voluntad y decisión humana cuenta poco, una doctrina de la inevitabilidad histórica. Añade que el objetivo principal de todo historicismo es aligerar a los hombres del peso de sus

responsabilidades. Popper comparte con Mannheim que las TdC son conciencia falsa, pero no ancla las TdC en la base social, por lo que no considera su nacimiento en sociedades en cambio, sino que son la secularización de una superstición religiosa presente desde los pueblos primitivos y que sirve como «epistemología para la plebe». Todo lo que sucede es intencionado, es causado, y no deja lugar al azar ni al accidente ni a la casualidad; se consideran infalibles e ilimitadas en el tiempo y en el espacio; sin embargo, los conspiradores raramente consuman sus conspiraciones.

De Auschwitz a Núremberg

Auschwitz y Núremberg fueron los dos escenarios que finalizada la II Guerra Mundial nos enseñaron los rostros de las víctimas y las de los verdugos. El 27 de enero de 1945 fue liberado el campo de Auschwitz por el Ejército Rojo y mostró al mundo la cara de las víctimas: el horror del Holocausto. Ante esa evidencia, la profecía de Lyotard no se cumplió, como ya he expuesto. Esa liberación solo supuso la muerte del relato nacionalsocialista y fascista; pues los relatos liberales y cristianos, quedaron tocados, pero no hundidos, por lo que el primero se replegó a la periferia de la atmósfera cultural, mientras veía a los keynesianos apoderarse de la escena económica, y el segundo se vio obligado a rebajar un peldaño la omnipotencia de Dios, para salvar su infinita benevolencia, pero ninguno de ellos desapareció. Por otra parte, la sala 600 del Palacio de Justicia de Núremberg nos enseñó, entre el 20 de noviembre de 1945 y el 1 de octubre de 1946, la otra cara del Holocausto: la de los asesinos. De los juicios de Núremberg, ahora solo me interesa recordar las palabras del capitán Dieter Wisliceny, el 3 de enero de 1946, al referirse a los efectos que la ideología nazi con las TdC que le eran consustanciales: «Es absolutamente imposible mellar en modo alguno esa visión del mundo mediante razonamientos lógicos o racionales». En esto, nos muestra otra de nuestras tesis en este trabajo, que no se puede derrotar a una TdC con argumentos lógicos, ha de ser derrotada con el cambio de las circunstancias que la vieron nacer. La razón se encuentra en que se convierten en una forma de interpretar la realidad, la Historia y sirvieron para forjar la identidad individual, la del grupo y de la nación aria, era el *Ser y Estar en el Mundo*. Luego, el sujeto ha de ser desprogramado de aquella codificación previa que Mannheim denominó la *estrategia nazi*. Esa era la única forma de vencer al gran relato nacionalsocialista en la mente de sus creyentes. Este proceso de desprogramación será identificado por ciertos escritores, como William Burroughs, Philip K. Dick o David Foster Wallace, con el mismo proceso que se sigue con los adictos a cualquier sustancia, pues para sacarles de una profunda adicción es preciso cambiarles el mundo, como forma de vida y como interpretación del mismo.

A partir de aquí, los hechos que sucedieron en el mundo son de vital importancia para estas conclusiones: primero, la Guerra de Corea, de 1950 a 1953; luego, la caza de brujas del senador Joseph McCarthy, desde 1953 a 1956; le siguió el magnicidio del presidente John F. Kennedy, 22 de noviembre de 1963, y el aluvión de TdC que surgieron por doquier para explicar ese atentado; en cuarto lugar, el estilo de debate y polémica que se dio el candidato de los republicanos, Barry Goldwater, en las elecciones presidenciales en 1964 frente al demócrata Lyndon Johnson; y por último se sumaba la Guerra Fría.

La Guerra de Corea y la Guerra Fría ponían de manifiesto que había dos grandes relatos que no habían muerto: el liberalismo económico norteamericano y el socialismo de corte estalinista de la URSS —al que se sumó el socialismo maoísta en China en 1949—, que pugnaban por vencer en todos los terrenos, hasta con las armas. Otro ejemplo de que los grandes relatos no habían muerto era la forma del estilo paranoico de la extrema derecha norteamericana con Barry Goldwater y la caza de brujas de McCarthy, que no dejaba de ser una TdC mundial de los comunistas, otro gran relato que se colaba por la puerta trasera, y que sustentaría sobre una retórica conspirativa en busca de un chivo expiatorio al que señalar como comunista, aunque fueran miembros del Ejército que acaba de llegar de Corea, con un método de investigación cargado de sesgos cognitivos y de falacias, principalmente el sesgo de confirmación y la falacia de la inversión de la carga de la prueba.

Ante estos hechos, surge la perspectiva de Richard Hofstadter (1964) que, apoyándose en lo dicho por Mannheim y Popper, analiza los nuevos acontecimientos, «el estilo paranoico de la política norteamericana», bajo el prisma del pasado de la nación norteamericana. De esta manera, considera que las TdC tuvieron mucha importancia en la construcción de la identidad de la nación norteamericana, ya que se construyeron contra los enemigos que supuestamente les impedían crear esa identidad: las monarquías europeas y el Papado, con el catolicismo como creencia opuesta al puritanismo. De esta manera, esos dos grandes enemigos tenían agentes a los que habían que vigilar y apartar de la vida cotidiana: las Luces y el iluminismo, la francmasonería y la Compañía de Jesús, como agentes del Papa. Es importante señalar que en este estudio de las TdC, Hofstadter desglosa una serie de personajes que considera imprescindibles en todas para que se consoliden: el iluminado o lector de las señales que se presentan y nos avisan de esa conspiración en marcha; el renegado, pues es a través de él por lo que nos enteramos de los intestinos de la conspiración; y el portavoz paranoide. También es el primero que señala una de las características de la retórica conspirativa, el lenguaje pedante. Y por fin enlaza con el discurso de Joseph McCarthy y de toda la extrema derecha norteamericana, considerando que se basan en tres puntos: primero, existe una conspiración que vendría desde tiempos inmemoriales para acabar con el capitalismo de libre competencia y su punto

culminante fue el New Deal, con Franklin D. Roosevelt como máximo exponente; segundo, los sucesivos gobiernos demócratas habían posibilitado la infiltración de comunistas; y, por último, los comunistas, con el paso del tiempo, se habían apoderado del Estado. La conclusión la podemos recoger de las palabras de Ortega (2015): «[Los Estados Unidos] han construido un mitología épica en un país que nació sin una propia [...]. Lo que le ha convertido en el país más paranoico del mundo»

Después del magnicidio de Kennedy

En el mundo del conspiracionismo, el magnicidio de Kennedy marcó un antes y un después. Para muchos cronistas de la vida cotidiana significó el fin de la inocencia del pueblo americano, si es que alguna vez gozaron de ella. Lo que sí ocurrió, en lo que respecta al objeto de este trabajo, es que marcó la incorporación tímida de algunos sectores de la Nueva Izquierda y de la contracultura a la utilización de las TdC para interpretar la realidad o, como mínimo, a utilizar la retórica conspirativa, lo que Pynchon denominó *paranoia creativa*. Decía Hofstadter (1964) que la extrema derecha se amamantaba del estilo paranoico para interpretar la realidad, estilo del que parecía muy alejada la izquierda. Sin embargo, en aquellos momentos, como parecería verosímil —*posible*, en jerga de Pynchon— que el magnicidio había sido fruto de una conspiración, pues ciertos sectores de la izquierda se sumaron al conspiracionismo. Esto era así, porque la mayoría de las creencias en conspiraciones se basaban en el sesgo de atribución o correspondencia —al presidente de los Estados Unidos no puede asesinarlo un cualquiera, y, para ellos, Lee Harvey Oswald era un don nadie—. Más tarde, para localizar a los supuestos conspiradores se emplearon las falacias del *cui bono* y de la inversión de la prueba de la carga. Esto no fue solo en la realidad con las investigaciones llevada a cabo por el fiscal Jim Garrison, sino también en todas las obras de ficción, desde *Libra* de Don DeLillo a *JFL: Caso abierto* de Oliver Stone, pasando por *Seis de los grandes*, de James Ellroy. Lo más importante es que los constructores de conspiraciones inauguraron una serie de pasos que van a ser constantes en el resto de constructos en los años posteriores: primero, negaban o cuestionaban las pruebas presentadas por los investigadores; segundo, presentaban testimonios y supuestos hechos que nadie conocía; tercero, señalaban anomalías sin explicar en el proceso judicial; y, por último, indicaban un posible y grandilocuente autor —la CIA, el FBI, la Mafia, Castro o los Servicios Secretos— que nunca saldría de defenderse, por lo que la teoría quedaba instaurada como *posible*. Esta ruta, unida a los sesgos de confirmación y de atribución, más la falacia de la inversión de la carga de la prueba, permitía construir cientos de tramas e imaginarse cualquier autor material que nadie pudiera desmentir. Luego, remataban con el «cierre de archivo» —el

asesinato de Oswald lo era—, como prueba irrefutable de la existencia de la conspiración, y, cuando la sentencia o las conclusiones se encontraban encima de la mesa, se buscaban las anomalías para construir sobre ellas otra versión alternativa o reforzar el constructo conspirativo ya existente.

Todo era posible, pero el ciudadano medio no estaba seguro de que hubiese sido así, porque hasta entonces había confiado en sus instituciones, la inocencia de la que hablaba antes. De ahí que cuestiones como «lavado de cerebro», «candidato Manchuria» u operaciones secretas de la CIA, comenzaron a surgir después de la Guerra de Corea en el imaginario sin que nadie pudiera asegurar su veracidad. A esto se unió que el Programa MK-Ultra de la CIA cesó actividades (1967) y se hizo público; y la Operación Tonkín (1964) para llevar más tropas al Vietnam evocó un nuevo Pearl Harbor. Sin olvidarnos de la ansiedad acumulada con motivo de la Guerra Fría, que flotaba en la atmósfera cultural como una radicación de fondo, sobre todo desde la crisis de los misiles que estaba reciente y acercaba la visión de una destrucción nuclear de la humanidad. Luego llegó el Watergate (1970-4) y significó la puntilla sobre la falta de confianza del ciudadano medio en las instituciones. A partir de aquí nada era imposible y el conspiracionismo se extendió poco a poco en todas las áreas del conocimiento, porque además, con la Guerra Fría de fondo, reforzaba la «epistemología de la supervivencia». De esta forma nació la *paranoia creativa* nombrada por Pynchon, donde los movimientos contraculturales abrazaron las TdC; en la literatura, la *Beat Generation* la hizo suya; en la política, en las relaciones exteriores y en la economía se convirtió en el manual de supervivencia. No solo la extrema derecha bebía del manantial del conspiracionismo, también se había sumado cierta izquierda marginal y algunos movimientos de liberación, por ejemplo: un feminismo que empleaban la retórica conspiracionista en su exposición y análisis (Friedan, 1964; Wolf, 1991) y algunos defensores de los derechos civiles de las minorías negras, como la Nación del Islam, que señalaban directamente a los judíos como chivos expiatorios de su esclavitud primigenia que abocó a la situación actual de desigualdad.

Lo más curioso de este proceso, que abarcó toda la Guerra Fría, con varios hitos importantes —el asesinato de Kennedy (1963), la muerte del John Edgar Hoover, director del FBI (1972) y el Watergate (1970-4), principalmente— fue que a ningún investigador en las Ciencias Humanas pareció interesarle las TdC, ni la retórica conspirativa en los discursos políticos ni en los ensayos ni en los análisis sociales. Daba la impresión de que aquel estudio que había comenzado con Karl Mannheim y Karl Popper, había culminado con Richard Hofstadter, por lo que debieron creer que estaba todo dicho y ya no se podía enriquecer lo argumentado por los tres. De ahí que fueran los escritores de ficción quienes tomaron el relevo a finales de los sesenta del siglo pasado y enriquecieran con sus aportaciones el conspiracionismo, no solo

porque investigaron sobre él, sino también porque lo utilizaron en sus tramas, lo que permitió que le ocurriese como al lenguaje al utilizarlo durante tiempo, que se fue moldeando, ya fuera enriqueciendo o perfeccionando con ese uso.

El primero fue William Burroughs, que comenzó a temer — en su paranoia, producto del consumo de drogas—, por el control que pudiera tener el poder sobre su mente y su forma de actuar, su miedo se centraba en que descubrieran el uso de drogas duras y su sexualidad, aun estigmatizadas. Lo más interesante es que en *Yonqui* (1953), nos indicó que desengancharse de la droga significaba cambiar el modo de vivir, cambiar el *Ser y Estar en el Mundo*, y aplicar sobre el sujeto una serie de técnicas de desintoxicación, que equivalían a una desprogramación. Cuestión que nos enlaza directamente con Núremberg, como dije, en esa forma casi religiosa de entender la realidad de los nazis, que obligaba a desprogramarlos. Le siguió Thomas Pynchon, que acuñó el concepto de *paranoia creativa* para bautizar la nueva situación que se avecinaba: la izquierda utilizando el conspiracionismo como retórica y como método de análisis de la realidad. La primera consecuencia de esa *paranoia creativa* fue separar la sociedad entre Ellos, la minoría que manda en base a la *utilidad*, y Nosotros, los que obedecemos y les prestamos esa *utilidad*. A lo que añadió dos cuestiones vitales en el desarrollo posterior de las TdC: primero, el *Todo está relacionado*, la interrelación de todo lo existente, como *conditio sine qua non* del conspiracionismo; y, segundo, el dibujo de una sociedad infantil, ya adelantada por Mannheim, como caldo de cultivo para una colectividad en la que se desarrollase la paranoia y pulularan una serie de personajes, que he denominado el *underground pynchoniano* —drogatas, borrachos, fumetas...—, que interpretaban la realidad con cuatro reglas básicas y se convertían en arquetipos de esa sociedad. Philip K. Dick también recogió el testigo y el *Todo está relacionado* para él es la *sincronicidad*, y esa sociedad infantil, donde proliferan las TdC, es adoradora de la diosa Hebe, por lo que es un mundo de seres hebefrénicos. También Dick se une a Burroughs, al definir las terapias para desengancharse de las adicciones como fascistas, ya que lavaban el cerebro del sujeto y le introducían unos conceptos simples para analizar la compleja realidad para que tuviera sentido para ellos, pues es en la que han de vivir. Otra cuestión a la que se une Dick con Pynchon es en la de la figura del iluminado, el sujeto capaz de localizar e interpretar los signos o filigranas que nos conducen a la conspiración intrahistórica, la realidad oculta bajo las sensaciones percibidas por los sentidos. Ese intérprete de las pistas que nos ofrece el mundo en el que vivimos será recogido también por Don DeLillo para nombrarlo alumno aventajado de una ciencia que denomina *dietrología*, como aquella capaz de investigar lo subterráneo y descubrir lo oculto. De esta forma, para estos autores, el conspiracionismo se desarrolla en sociedades infantiles, que aporta a los ciudadanos una forma sencilla de interpretar la compleja realidad, un *Ser y Estar en el Mundo* elemental y básico. Si se

quiere que el individuo abandone esa forma de interpretar lo real, ha de ser descodificados, como si vivieran en una adición, si se les quiere anular esa visión de un mundo donde lo real es la conspiración intrahistórica que subyace bajo las sensaciones, cuestión solo percibida por una minoría de lectores de pistas. En esos parámetros se situará también David Foster Wallace en su obra magna *La broma infinita*, donde además del tropo siempre presente de la conspiración, incluye el control del tiempo libre por parte de la industria del entretenimiento, mediante las adiciones, principalmente las drogas y la televisión. Lo que forjará una forma de vida, ante la que hay que aplicar técnicas de desintoxicación que provoquen desprogramarlos. En el caso de Norma Mailer en *El fantasma de Harlot*, se aleja de las paranoias individuales o colectivas de personajes del underground y se acerca a la conspiración durante la Guerra Fría, como «epistemología de la supervivencia», donde los lectores de pistas y signos son agentes entrenados para ello, que no utilizan drogas, sino un duro entrenamiento para alcanzar la interpretación de todos esos signos y pistas en una especie de Epifanía.

En esa época, que abarcará más de dos décadas hasta el final de la Guerra Fría, el conspiracionismo se fue extendiendo como forma de interpretar los hechos que ocurrían. De ahí que podemos enumerar multitud de acontecimientos para los que siempre hubo un TdC que los explicaba. Mencionaré en primer lugar los tres asesinatos de mayor repercusión, después del de John F. Kennedy, en los Estados Unidos, fueron del Malcolm X a manos de Thomas Hagan, 1965; el de Martín Luther King jr., perpetrado por James Earl Ray, 1968; y el de Bob F. Kennedy, cometido por el palestino Sirhan Bishara Sirhan, 1968. En los tres se empleó la misma técnica mencionada con el magnicidio del presidente para deslegitimar la investigación: negación de pruebas; nuevos testimonios y hechos que nadie conocía; señalar anomalías en el proceso judicial; y, por último, indicar un posible, grandioso e inalcanzables asesino que nunca saldría a defenderse. A esta hoja de ruta que no era novedosa, unían el sesgo de atribución y la falacia de la inversión de la carga de la prueba, por lo que convertían todo en *posible*. Esto se extendió a la hazaña de pisar la Luna en 1969, por los astronautas del Apolo 11, Armstrong, Aldrín y Collins, que fue interpretada como otra mentira del Gobierno de los Estados Unidos para ganar la guerra espacial, alegando que se trataba de una filmación de alto coste patrocinada por la CIA en los estudios de Hollywood. Todas estas interpretaciones conspirativas se apoyaban en que el gobierno estadounidense había cometido ya varios engaños a los estadounidenses. Entre ellos enunciaban el incidente del Golfo Tonkín, un atentado de bandera falsa como excusa para entrar en la Guerra de Vietnam, y todos los proyectos para control mental llevados de forma clandestina por la CIA desde el comienzo de la Guerra de Corea, como el Proyecto MK-Ultra. Los atentados de bandera falsa en todos los lugares del mundo por la CIA y el M16, también fueron descubiertos y señalados como Operación Gladio desde el golpe de los coroneles en

Grecia, 1967, pasando por la masacre de la plaza Taksim en Turquía, 1977, y muchos atentados en países como España, Francia, Mozambique e Italia. La Guerra Fría fue la gran fiesta de las TdC, ya fueran reales o imaginarias. Tanto la extrema derecha como la extrema izquierda, en esa *paranoia creativa*, creaban constructos conspiratorios para beneficio propio o como forma de acercarse a una realidad muy compleja y que no comprendían. En este caldo de cultivo aparecieron TdC como las de los extraterrestres, que han sido el mejor ejemplo para ilustrar uno de las tesis de este trabajo: las TdC nacen como producto de unas condiciones determinadas y cuando esas condiciones cesan, los constructos conspiratorios mueren o, más acertadamente, se desplazan a la periferia de la atmósfera cultural como creencias desacreditadas. Como les ocurrió también en esta época a las TdC de los judíos, los jesuitas y los masones. Las TdC mencionadas en esta época, por menores que parecieran, siempre condujeron a pogromos, masacres, asesinatos indiscriminados o suicidios colectivos.

El gran relato de la globalización

Si el horror de Auschwitz-Birkenau señaló el fin del nacionalsocialismo; ahora, la Caída del Muro en 1989 indicaba el fin de socialismo realmente existente. Parecía, diez años más tarde de *La condición posmoderna*, que la predicción de Lyotard sobre la muerte de los grandes relatos podría resultar cierta. Sin embargo, la predicción volvió a fallar, porque en ese momento se inauguraba otro gran relato: la globalización neoliberal con la Tierra convertida en su gran mercado y sobre ella se alzaba el mito del pueblo soberano. Por lo que siempre que no contravinieran los pilares de este gran relato, la atmósfera cultural se llenó de microrrelatos, donde imperaba el caos, el azar, la incertidumbre, el eslogan publicitario, el pastiche y la frivolidad intelectual al saberse parte de ese mito de la soberanía. Eran el síntoma de la victoria contundente de un modo de producción y su metarrelato sobre el resto, por lo que dentro de él se podrían articular infinidad de microrrelatos, siempre que no contravinieran ese universo neoliberal. De ahí que la acusación de Habermas de que los defensores de esa posmodernidad eran neoconservadores, adquiriría tintes de veracidad.

En esta atmósfera, nadie seguía sin acordarse de las TdC como objeto de estudio, parecía que Hofstadter había concluido cualquier investigación en 1964, pese a que el lenguaje de la conspiración había sido un rasgo familiar del paisaje político y cultural de los últimos años y los constructos conspiranoicos circularan por doquier. Fue en 1995, treinta y un años después, cuando Fredric Jameson las rescató de ese olvido académico y retomó su estudio en el mundo de la cultura, sobretodo en el soporte cinematográfico y en las novelas de la literatura contemporánea. Recogió el concepto de *mapeo cognitivo* de la psicología de Tolman, le sumó su

aplicación a la arquitectura de Lynch y, además, tuvo en cuenta las aportaciones de Downs y Stea en el uso del mismo en el mundo donde se desarrollase el sujeto. Jameson, en *La estética geopolítica*, aplicó el concepto al mundo de la cultura y sobre todo al conspiracionismo. A veces, releendo la obra, uno tiene la sensación de que Jameson, sin decirlo, se dio cuenta de que el estudio de las TdC se detenía en 1964 y solo tuvo su expresión en la retórica de la novelística y en las tramas de la ficción cinematográfica. De ahí que su obra se centre en esos soportes culturales desde los años sesenta con las películas más significativas y las novelas. De ahí, concluye que las TdC eran una forma de mapeo cognitivo o cartografía cognitiva para apropiarse una realidad inabarcable y compleja, que con los conceptos actuales sería imposible, cuestión que he denominado la «plebeyización de la epistemología». Consideró, pues, las TdC y su difusión, un producto de la cultura del actual capitalismo tardío o globalización. Sin embargo, es muy riguroso en un detalle, pues señala que son un *mapeo cognitivo* de la realidad, pero previene que jamás son la realidad. Es decir, para él son un método burdo o básico de interpretación de lo real, cuestión que coincidirá con Negri y Hardt (2005), pero la realidad es mucho más compleja y rica que lo que nos muestra ese constructo. «Sería un desastre confundirlos», nos dice Jameson (1995, 29), para añadir una muestra de ese desastre en el personaje de Flaubert, Félicité, cuando confunde el plano de la Habana con la propia ciudad en *Un corazón sencillo*.

A partir de aquí, da la impresión que Jameson dió el pistoletazo de salida para el estudio del conspiracionismo en el fin del milenio, pues diferentes investigadores abordaron de nuevo las TdC como objeto de estudio antes de que se terminase el siglo. Los primeros que se sumaron fueron dos periodistas de investigación, Alexander Cockburn y Michel Collon, y dos profesores, John Molyneux y Frank Furedi, los cuatro vinculados con el marxismo, de una forma u otra, y se consideran herederos de Richard Hofstadter. Los cuatro coinciden en que el auge de las TdC se debe a la debilidad del movimiento obrero, tanto de los sindicatos como de los partidos políticos, ya que la Caída del Muro supuso la derrota de uno de los contendientes de la Guerra Fría y fue interpretado como una derrota del materialismo histórico, por lo que el conspiracionismo se extendió entre la izquierda como forma de interpretar la realidad. A lo que añade Frank Furedi que la falta de confianza de la clase media en el día a día, provoca que afloren las TdC para explicar qué cuestiones no van bien. Asimismo, coinciden en otros dos puntos: primero, las TdC nacen en periodos de crisis social, política y cultural; segundo, son un obstáculo para interpretar correctamente la realidad, aunque crean lo contrario, y son un lastre enorme para cambiar el mundo, pues solo informan de conspiraciones, no de la praxis a seguir, por lo que también las consideran como un elemento de la alienación del sistema. Cockburn, por su parte, señala las investigaciones para desentrañar la conspiración sobre el magnicidio de

Kennedy, para mostrar cómo el conspiracionismo no es más que una pérdida de tiempo, que no conduce a nada porque aleja a los sujetos de lo verdaderamente importante. También coincidirá con John Molyneux y Norman Cohn, en que toda TdC contiene un elemento siempre presente de racismo implícito o explícito. Molyneux (2011) defiende que las TdC han aparecido como gran relato porque la izquierda se ha desmoronado, por ello expone un decálogo sobre las razones por las que el materialismo histórico es muy superior a la forma de interpretar la realidad y la Historia que presenta el conspiracionismo. La parte final de ese trabajo de Molyneux es contundente, pues expone que el materialismo histórico es capaz de situar e interpretar el conspiracionismo en la Historia, pero que al revés no han sido capaces. Collon, por su parte, considera que las TdC parecen explicar una serie de cuestiones en la realidad, que no son más que la combinación de tres factores: la propiedad privada de los medios de producción; la competencia entre capitalistas; y la búsqueda de beneficios entre ellos. Creer en TdC, enmascararía la competencia entre capitalistas. Termino con Frank Furedi, pues a lo dicho ha de añadir que toda TdC presenta una apariencia de control de la realidad, pese a que no sea así, y refuerza la función que cumplieron desde su nacimiento las TdC: primero, culpar a algún chivo expiatorio de las desgracias de la sociedad, segundo, exonerar a los dirigentes de culpas y tranquilizar el alma del ciudadano, con la expresión que acuña del *no fui yo*.

En 1973, con *Arco Iris de gravedad*, Thomas Pynchon había lanzado el concepto de *paranoia creativa* para denominar el proceso por el que la Nueva Izquierda y los movimientos contraculturales abrazaron el conspiracionismo, después del asesinato de Kennedy, como método de análisis de la realidad. Lo que no pudo imaginar es que esa izquierda y la extrema derecha coincidieran en sus conclusiones finales después de utilizar el mismo método. Esto fue definido por el periodista de guerra Michael Kelly (1995) en su texto «The Road to Paranoia», como la *paranoia de fusión*, que tendrá una importancia muy alta para el análisis de las TdC que aparecieron con el nuevo milenio, al considerar que existe una convergencia de los extremos políticos en torno a problemas concretos, motivado por el uso compartido de los elementos y la retórica del conspiracionismo como método de análisis. Después del ensayo de Hofstadter, donde definía la paranoia como un estilo propio de la extrema derecha, la Nueva Izquierda y los movimientos contraculturales se subieron a la *paranoia* para diferenciar el Ellos en términos de utilidad de las cosas frente al Nosotros. Tres décadas después, esa izquierda llegaba al mismo puerto que la extrema derecha en la *paranoia de fusión* compartida por ambos extremos, cuestión de vital importancia para los análisis de la construcción de conspiraciones en el milenio siguiente.

Cerraré el siglo XX con Peter Knight (2000) y Timothy Melley (2000), dos de los profesores que abordaron las TdC construyendo sobre los anteriores y añadiendo investigaciones

suggerentes antes del nuevo milenio y el atentado del 11-S. Timothy Melley defiende que el conspiracionismo ya es un accesorio de la cultura moderna y que da comodidad, sentido a lo inexplicable, pues no ofrece una visión de la casualidad, sino de la causalidad del orden en la realidad, por lo que las TdC funcionan como grandes relatos. Melley crea el concepto de *Agency Panic*, para definir la ansiedad de los sujetos ante el supuesto control de las instituciones sobre ellos, de tal forma que estos se sienten controlados y con una individualidad disminuida, por lo que la sociedad norteamericana sentiría nostalgia de una supuesta e idealizada individualidad perdida. Estas sociedades de control generan sujetos superficiales, cada vez más desdibujados que tienen miedo al control del cuerpo y de la mente. De ahí, Melley nos ilustra cómo estos sujetos desdibujados han sido reflejados también en la literatura contemporánea. Por otra parte, Knight definió las TdC como soluciones rápidas a los problemas de todos los días, de tal manera que la retórica utilizada por la gente ha calado en sus procesos de pensamiento y se utilizan términos de agenda, causalidad, etcétera. Lo anterior ha llevado, según él, a convertir el conspiracionismo en lingua franca del pueblo norteamericano desde el asesinato de Kennedy. Además, argumenta que se presentan como investigaciones científicas, pero sin un mínimo rigor. De esta manera, analiza diferentes obras del feminismo, mostrando cómo en sus textos utilizan la retórica conspirativa, y de ciertos defensores del movimiento racial. En el caso del feminismo se centra en un texto pionero, *The Feminine Mystique*, de Betty Friedan en 1963, y luego en Naomi Wolf, *The Beauty Myth*, 1990, donde muestra que ambas defienden la misma conspiración. A lo que une que Wolf presenta muy poco rigor en sus investigaciones, por lo que ha sido denunciada por diferentes medios, incluso ridiculizada, pues el término «Wolf» pasó a ser sinónimo de falta de rigor. En cuanto a la Black Paranoia, como la denomina Knight, enlaza diferentes declaraciones y textos, desde la defensa de Bill Cosby y Spike Lee de que el SIDA se había fabricado en algún laboratorio para eliminar a personas que nos les gustaban a las élites blancas; hasta las publicaciones de la Nación del Islam, principalmente los tres volúmenes de *The Secret Relationship Between Blacks and Jews*, donde defienden que el esclavismo de los negros fue organizado por la comunidad judía. Aquí, como ya expuse, tendremos un ejemplo de empleo de la «ausencia» como *mecanismo de defensa epistémico*, pues más de cuatrocientas editoriales denunciaron el vergonzante racismo de la publicación, y eso les reafirmó en que los judíos controlaban la prensa. Si nadie hubiese dicho nada, sería también prueba de veracidad de lo expuesto. «Si se produce, es; si no, también», es el mismo mecanismo de vacunación de sus teorías ante la refutación utilizado por Hitler en *Mein Kampf*.

De este movimiento de los derechos civiles de las minorías negras que señalan chivos expiatorios de sus desgracias y ese tipo de feminismo que dibuja una vasta conspiración contra las mujeres, se puede extraer una gran enseñanza, que denomino «chivo expiatorio invertido».

Es lo que comentaba en la Obertura de esta tesis respecto a la reflexión de David Gilbert desde los muros del Wende Correctional Facility, de que ya no se trata de señalar a una minoría sobre la que descargar las culpas, sino que ahora se señala a agentes todopoderosos —«como Dios en la Tierra» (Estulin, 2004; Colectivo Diáspora, 2002)—, por lo que conduce a la inacción de los sujetos, al pensar que no se pueden solucionar las cosas, que su solución se encuentra fuera de nuestro alcance, lo que nos conduce a retroceder al *destino* griego, señalado por Popper y Piglia. De ahí, Gilbert defiende, al seguir anclados a esas TdC, que la solución a los problemas se aleja, ya no se sabe indicar el camino para superar la adicción a las drogas, la falta de trabajo, de por qué la mayoría de los encarcelados son negros o cuál es la razón por la que la mitad de los niños negros viven en la pobreza o el nivel y la esperanza de vida vaya cayendo, así como la falta de conciencia política de la clase obrera blanca.

El siglo XX se cerraba con un ejemplo del perjuicio que las TdC pueden causar a la humanidad; además de lo expuesto sobre su uso por las dictaduras y encontrarse en la base de matanzas, masacres, pogromos y genocidios, como ya he mostrado. En el caso que nos ocupa, me estoy refiriendo a las TdC que se construyeron alrededor del SIDA: en primer lugar, con el presidente de Sudáfrica a la cabeza, Thabo Mbeki, se creó un movimiento mundial que aseguraba que los síntomas del virus eran causados por los tratamientos antirretrovirales creados por las compañías farmacéuticas de Occidente; en segundo lugar, nació un movimiento negacionista del SIDA que retrasó la aplicación de una medicación adecuada para su cura, incluso en mujeres embarazadas; en tercer lugar, fue necesaria la firma por miles de científicos de la Declaración de Durban, año 2000, con motivo de la XIII Conferencia Internacional del Sida, para terminar con esa construcción conspiratoria que solo perjudicaba a la humanidad. Es necesario observar esos tres puntos: implicación de un agente conspiratorio, es este caso las farmacéuticas, con espurias intenciones; la negación del SIDA; y la respuesta contundente de la ciencia ante las creencias de esa conspiración. Observaremos más adelante, cómo estos ingredientes estarán presentes en la construcción más reciente sobre el Ébola o la pandemia del coronavirus, como si fuera la hoja de ruta de los constructos conspiratorios en las enfermedades; al igual que se había establecido otra hoja de ruta que seguían esos constructos desde el magnicidio de Kennedy.

Siglo XXI: el conspiracionismo, un metarrelato consolidado

Si el siglo XX, con la Declaración de Durban, daba carpetazo, enviándolo a la periferia de la atmósfera cultural como conocimiento espúreo, a su último constructo conspirativo basado en que el SIDA era un virus creado en los laboratorios de una farmacéutica y cuya creencia retrasó

las actuaciones sanitarias contra la enfermedad; el siglo XXI se estrenaría con los atentados del 11 de septiembre de 2001, que provocaron miles de víctimas y decenas de TdC. De esta manera, ese 11-S, a primeras horas de la mañana, se produjo los dramáticos acontecimientos y, en 72 horas, el FBI con la Operación Penttbom filiaba a los supuestos responsables de la masacre. Sin embargo, meses después aparecieron las TdC contra esa versión oficial, y comenzaron con Thierry Meyssan y *L'Éffroyable Imposture* (2002), que utilizó la misma técnica empleada por los constructores de conspiraciones citados en el asesinato de Kennedy, pero puliendo algunos extremos. De ahí que comenzó la negación o el desprestigio de las pruebas existentes; luego, el desprecio sobre los supuestos autores por insignificantes, en aplicación del sesgo de atribución; añade la afirmación de que «en todo el entramado hay algo oculto», sin explicar el qué ni aportar pruebas —estrategia empleada por Friedan (1963) cuando hablaba de «la enfermedad que no tiene nombre»—; de inmediato, da por seguro que hay algo oculto y se lanza a la búsqueda de indicios que lo demuestren, en un claro ejemplo de sesgo de confirmación, y concluye que está oculto porque los conspiradores lo esconden por ser poderosos y estar en los resortes del poder; y, para ocultarse y ocultarlo aún más, comenten atentados con bandera falsa, argumenta en su favor que esto no es nuevo y se ha dado a lo largo de la historia (Pearl Harbor, Golfo Tonkín, Operación Northwood...); al final, la versión oficial es, para él, un cuento chino porque no utiliza el verdadero método de investigación, el *cui bono o el cui prodest?*, falacia empleada por los buscadores de verdades del 11-M. Concluye Meyssan que a quien más se ha beneficiado el 11-S ha sido a un grupo del entramado militar de los Estados Unidos, verdadero autor de los atentados, por lo que nos encontraríamos ante un golpe de Estado dentro de la democracia más antigua del mundo; es decir, otro atentado de bandera falsa. Es el mismo esquema de cuando se acusa a la CIA, al FBI, a Castro o a la Mafia de asesinar a Kennedy, es imposible saberlo y el acusado no puede ni quiere responder, por lo que queda como *posible*, que para Thomas Pynchon ya *es suficiente* para creer en la existencia. A esto he de añadir, como en el magnicidio de Kennedy, el «cierre de archivo», que demostraría que la conspiración es verídica al no quedar a quién preguntar, pues todos los supuestos encausados murieron —generalmente defienden que los asesinaron, como a Lee Harvey Oswald, para que no hablaran— en las Torres Gemelas. A esto unieron que, después de las conclusiones de la Comisión del 11-S, rebuscaron anomalías para volver a incidir que la versión oficial no se sostenía y que fueron expuestas por Ray Griffin en «115 mentiras sobre los atentados del 11 de septiembre» (2006), y que retroalimentaban lo expuesto por Meyssan. Como se puede ver, también es producto del sesgo de una fuerte motivación ideológica o emocional que prescinde del trámite engorroso de aportar pruebas. Este sesgo ha llevado a Meyssan a mantener en 2008 que el presidente Nicolás Sarkozy había sido criado por el embajador Franck Wisner jr, y que

había sido reclutado por la CIA. Y en 2015, dijo que el atentado a la sede y a los trabajadores de *Charlie Hedbo* partió de Washington que planificó la masacre, cuestión que fue contestado en el nº 1180 de la revista, 4 de marzo de 2015, p.8, por Antonio Fischetti con el artículo «Conspirationnistes at djihadistes, même combat», equiparando a los constructores de conspiraciones con los yihadistas, respecto al daño que hacen a los ciudadanos. Esto habría quedado como parte del folklore cultural o como basura ciberespacial, sino fuese porque se suma una comunidad de fe y fin que lo defiende y potencia, el *9/11 Truth Movement*.

Ante esto, de entre los periodistas de investigación que han radiografiado las TdC, es preciso citar de nuevo a Alexander Cockburn, pues al comprobar que la izquierda norteamericana se había sumado al conspiracionismo del *9/11 Truth*, en esa *paranoia de fusión*, los denomina «Los chiflados de la Teoría de la Conspiración del 11-S» (2006a), y aporta una serie de pruebas contra el constructo ilógico y extravagante de Meyssan. Collon, Furedi y Molyneux se suman a Cockburn y unen sus críticas contra esta TdC, y contra los militantes de izquierda que se suman a esta forma de interpretar la realidad. Por otra parte, los escritores Norman Mailer, David Foster Wallace y Don DeLillo evitan lo que nos decía Fredric Jameson y no confunden *mapeo cognitivo* ni con retórica ni con la realidad. Esa es la razón por la que los tres se separan de los constructos conspiratorios sobre el 11-S y se acercan a la posición de la versión oficial, cuestión que hará también Chomsky. Incluso, Don DeLillo da un paso más, pues considera que las TdC ocupan el lugar de la religión, una idea que tiene eco en *Underworld*: «La gama de sistemas que desplaza la fe religiosa con paranoia» (DeLillo, 2014; 241), que no es otra cosa que «la fe de la sospecha y la irrealidad» (Ibídem; 251).

Otro ejemplo lo tenemos en la TdC tejida alrededor del atentado en Madrid el 11 de marzo de 2004. En un principio, se dieron dos conjeturas enfrentadas sobre la autoría: ETA o el radicalismo islámico. Al final triunfó la tesis del fundamentalismo islámico porque todas las pruebas y sus análisis llevaban a esa autoría. Ahí es cuando los conspiranoicos comienzan a cuestionar la versión oficial. El esquema de construcción de la conspiración siguió los mismos pasos que la del magnicidio de Kennedy y la del 11-S: primero se negaron o cuestionaron las pruebas —la cinta coránica, la mochila de Vallecas, los explosivos y los vehículos Kangoo y Skoda—; después, se puso en duda la talla de los autores materiales —«moritos o pelanas», se les llamaba—, en otro ejemplo del racismo y del sesgo de atribución; se estableció un autor inverosímil que no pudiera comparecer para defenderse —un ficticio GAL2, dirigido por Vera, más una camarilla de policías cercanos al PSOE y el CNI, luego sumaron los francmasones con la jueza Le Vert—; cuarto, se utilizó en todo momento las falacias del *post hoc ergo propter hoc* y el *cui bono* para avanzar en sus razonamientos; quinto, volvieron a emplear el «cierre de archivo» cuando la célula se inmola en Leganés; sexta, también tenían su comunidad de fe y fin,

denominada *Peones Negros*. Después de la sentencia, el esquema siguió la misma ruta: localizar anomalías para desacreditarla. De esta TdC conviene resaltar que, aunque los constructores se situaban en el margen derecho del espectro político, el colectivo Kaosenlared, que se autodefine como de extrema izquierda, llegó a las mismas conclusiones que esa derecha, en una clara muestra de *paranoia de fusión*. Para terminar, la prueba evidente de que todo es tal y como lo he expuesto anteriormente y que se calcó el constructo conspirativo del 11-S, es la propia confesión de Fernando Múgica: «El trabajo de campo efectuado [...] me llevaron a investigar a finales de 2003 todos los datos que rodeaban a los atentados del 11-S en Estados Unidos [...] No voy a desvelar mis conclusiones sobre el 11-S, pero si puedo afirmar que sin ese trabajo previo nunca hubieran surgido *los agujeros* (del 11-M)» (*El Mundo*, «Las piedras de Pulgarcito», 11 de marzo de 2005).

Hago un alto para destacar otro punto de esta tesis defendido en las páginas anteriores. Hasta ahora, y en ello estaban de acuerdo Cockburn (2006), Collon (2016a), Molyneux (2011), Furedi (2003), Boltansky (2016) y Roniger & Senkman (2019), se ha defendido que las TdC nacían en momentos convulsos de la Historia, en situaciones de incertidumbre y crisis social, como fueron todos esos instantes que he analizado en la Segunda Parte. Sin embargo, con la entrada en el siglo XXI y el uso de las nuevas tecnologías (sobre todo internet y las redes sociales que, como ya expuse, fomentan los sesgos cognitivos de confirmación) ya no se necesitan esos períodos de crisis graves en la Historia —las revoluciones, las guerras o la Peste Negra—. Ahora se pueden crear TdC prescindiendo de esos tiempos de crisis e incertidumbre; es decir, se han emancipado en parte de la sociedad que los creaba; hasta el extremo que existen empresas fabricando esas mercancías. Ahora solo se necesita que aparezca un acontecimiento que se desconozca su origen o procedencia, para que de inmediato aparezca la TdC que lo explica, siguiendo la ruta de la paranoia y la de intereses políticos o económicos que beneficien a los sectores allegados a esos constructores. Y el siglo XXI nos ha dado la prueba de la veracidad de mi tesis, donde se ha mostrado que todas las TdC no nacieron en momentos de convulsión social ni crisis del modo de producción y distribución dominante como en épocas anteriores: la teoría del SIDA como producto de las farmacéuticas; los acontecimientos del 11-S como atentados de bandera falsa por parte de una facción del entramado militar norteamericano; el atentado del 11-M como atentado de bandera falsa de un supuesto GAL-2; el del 17-A y el constructo conspirativo de la nación catalana; la matanza de Sandy Hook y su negacionismo; el incendio de Notre Dame por fundamentalistas islámicos o la pandemia del Covid19.

Antes de cerrar este epígrafe, he de señalar dos cuestiones importantes de estos constructos conspirativos que se han extendido por la atmósfera cultural. La primera es sobre la construcción de la nación catalana basada en una conspiración del Estado Español, pues desde

ciertas posiciones de la otra parte de la bancada, no se les responde con argumentos o desmontando su falacia, sino con una nueva conspiración, señalando que están pagados por George Soros. Es decir, ante la conspiración del independentismo se les ataca con la conspiración de Soros. Conspiración contra conspiración, como si en el combate de ideas, en vez de utilizar los argumentos basados en pruebas, se pretendiera demostrar qué conspiración es la más verosímil, pero ninguno de los contendientes muestra una sola prueba. La segunda se dio en el caso de la matanza de 26 personas en Sandy Hook, señalar que desde el primer momento parecía encuadrarse entre el espectro de los supremacista que asesinan bajo la creencia de que así evitan la supuesta invasión de latinos u otras razas. De ahí que, estos tiroteos, siempre que aparecen, son utilizados para mostrar la necesidad del control de armas por parte de las diferentes administraciones. En este caso, nada más producirse, para evitar esa propaganda negativa contra las armas, comenzaron a negar la matanza, con Alex Jones a la cabeza difundiéndolo en *InfoWars.com*. De esa forma, al decir que fue un atentado de bandera falsa o que los padres mentían sobre las muertes, daban la vuelta al razonamiento, ahora los culpables serían los padres que se habían inventado todo para servir al gobierno federal a que les quitasen las armas. Esta creencia caló tan hondo en algunos seguidores que terminaron en juicio pagando cantidades enormes de dólares. Hasta el propio juez Cohn se dio cuenta que los creyentes en esa negación necesitaban regresar a la realidad, de ahí que la sentencia especificaba: «Esta es la realidad y no hay ficción. No hay hechos alternativos».

Finalizo este epígrafe con las cuestiones más importantes que he intentado demostrar en esta tesis. En primer lugar, las TdC se han emancipado en gran parte de su base social y ahora ya no necesitan para nacer las grandes crisis sociales o económicas ni los momentos de confusión en la Historia, pues ahora se han hecho virales desde la difusión de internet y diferentes grupos de presión, multinacionales y Estados han comprendido su importancia para reconducir las emociones de la población y las producen como cualquier mercancía. En segundo lugar, en esta «plebeyización de la epistemología» a la que nos ha conducido el pensamiento débil de la globalización o, al decir de Hofstadter, Burrough, Dick y Wallace, la sociedad infantil o adolescente en la que estamos inmersos, se ha sustituido cualquier forma de argumentación por el reto entre conspiraciones. Ahora se enfrentan conspiraciones contra conspiraciones en una batalla dialéctica por demostrar quien tiene más adeptos —sesgo de bandwagon— o cuál es la más *posible*, al decir de Pynchon, todo ello sin aportar ni una sola prueba. En tercer lugar, ninguna TdC muere, al igual que los grandes relatos jamás fallecieron, se repliegan a los márgenes de la atmósfera cultural como conocimientos estigmatizados, y actualmente también se entremezclan con la basura ciberespacial y los «fantasmas de internet» —cientos de robot

que buscan y manipulan información—, esperando a que su «comunidad de fe y fin» los rescate en el momento más propicio para su desarrollo, en una especie de Eterno Retorno.

La estructura interna de las TdC

Después de lo analizado en el epígrafe anterior, respecto a que las TdC sobre el asesinato de John F. Kennedy, la de los atentados en el World Trade Center el 11-S y la de los atentados de Atocha el 11-M siguieron la misma o parecida hoja de ruta en la construcción de la supuesta conspiración, cabría preguntarse: ¿por qué de las tres TdC, la del 11-M pervivió tan poco tiempo en la atmósfera cultural comparada con las otras dos? La respuesta tiene que ver con la estructura interna, el andamiaje, de las TdC, que detallaré a continuación.

Cuando expuse el nacimiento de la TdC de las brujas, judíos y demonios en la Edad Media, argumenté que nacía como una hipótesis *ad-hoc* para salvar la cosmovisión cristiana. La cuestión era, por resumirla, que la Peste Negra estaba matando tanto a creyentes como a herejes, sin distinciones. Aquello no tenía nada que ver con Sodoma y Gomorra donde Dios envió a dos ángeles a salvar a sus fieles seguidores. De esta manera, aquella narración en el Génesis estaba muy bien como metáfora didáctica, pero no respondía en realidad de dónde provenía esa desgracia contra los creyentes, pues las respuestas paulina y sinóptica al problema del Mal no satisfacían a la mayoría. La causa de esta insatisfacción era porque no respondían a las verdaderas razones por las que se producía aquellas muertes y, además, no explicaba la razón por la que un Dios omnibenevolente y omnipotente no detenía de inmediato el sufrimiento de los seres humanos y, sobre todo, de sus fieles creyentes. Esas preguntas fueron las mismas que se hicieron los filósofos y teólogos al contemplar estupefactos las casi cien mil muertes en el terremoto de Lisboa, el 1 de noviembre de 1755 —«Esas muertes liberaron a Voltaire de la teodicea de Leibniz» (Adorno, 1975, 140)—, y el horror de Auschwitz-Birkenau el 27 de enero de 1945, con más de un millón de muertos. Es decir, la paradoja de Epicuro regresaba con fuerza rodeada de muerte y aún se carecía de respuesta. Lo que estaba ocurriendo en aquellos instantes es que ya no se atacaba el dogma de la creación, de la redención, del reinado de Dios o la escatología; sino que se preguntaba directamente sobre el *mal-desgracia* que afligía a los seres humanos y, los supuestos representantes de Dios en la Tierra, ofrecían pocas o ninguna respuesta. Esto nos mostraba que la mayoría de los conceptos teológicos citados se articularon como respuestas al problema del Mal, que formaría el verdadero «núcleo firme» de la cosmovisión cristiana, «donde se juega en buena parte el destino del judaísmo y del cristianismo (Estrada, 1997, 19), y todos esos términos teológicos serían el «cinturón protector» que lo defendería. Sin embargo, ante la Peste Negra ese cinturón protector era inservible, por lo que se

crearon en su auxilio hipótesis *ad-hoc*, señalando chivos expiatorios como causantes de los males de la cristiandad. Por eso he defendido que esa TdC de las brujas, judíos y demonios fue creada en la Edad Media como hipótesis *ad-hoc* para salvar el «núcleo firme» de la cosmovisión cristiana, ya que los conceptos teológicos existentes en aquellos momentos eran ineficaces.

Lo anterior me permitió establecer un paralelismo entre las TdC y los Programas de Investigación *regresivos* y con heurística negativa de Imre Lakatos, con puentes a la noción de paradigmas de Tomas Khun, sobre todo en el aspecto de la función de las anomalías en la refutación del mismo. Luego, toda TdC poseería un «núcleo firme» y un «cinturón protector», compuesto de hipótesis auxiliares que podían ser eliminadas, modificadas o reemplazadas, pues su objetivo era impedir que se pudiera falsar el «núcleo firme». Introduciéndonos más en profundidad en la estructura interna de las TdC, pudimos comprobar cómo reaccionan de inmediato a cualquier ataque, por nimio que fuera, para impedir un mínimo atisbo de cuestionamiento. En ese comportamiento observamos cómo presentaban una trayectoria muy parecido a las pseudociencias a la hora de defenderse. Es decir, de forma global, las TdC se comportaban como los Programas de Investigación *regresivos* o *degenerativos*, pero en el día a día reaccionaban como pseudociencias ante los ataques. De ahí que, a los trabajos de Lakatos y Khun, añadí las investigaciones en solitario de Maarten Boudry (2011) o en colaboración con Johan Braeckam (2012), o de ambos con Stefaan Blanke (2017). Donde las pseudociencias presentaban unos *mecanismos de defensa epistémicos*, que forman parte de un determinado sistema de creencias y las hacían invulnerables a la prueba en contrario, y unas *estrategias inmunizadoras*, compuestas por elementos que ya he detallado, como sesgos cognitivos, falacias en la argumentación, saltos deductivos, negación de pruebas, retroalimentación, cierre de archivo o hipótesis *ad-hoc*, entre otras, que funcionan como armas defensivas para explicar cualquier anomalía que se presentase en su interpretación. Esto provoca que se pueda justificar la inexistencia de pruebas o, incluso, la existencia de pruebas (falsas) en contrario.

De ahí que esos *mecanismos de defensa epistémicos* permiten volver la evidencia del revés: los conspiradores se dedican a destruir pruebas y a crear pruebas falsas. Es, pues, un sistema de creencias capaz de crearse y sustentarse a sí mismo, los discursos cerrados y autoafirmativos señalados por Karl Popper. Los ejemplos más evidentes fueron los de Hitler en *Mein Kampf*, al establecer el odio que los judíos tenían a ese texto, de tal manera que si la prensa hablaba contra el libro era prueba de que odiaban el texto y, al mismo tiempo, que controlaban la prensa; si por el contrario callaban, indicaba que también era cierto. En resumen, era el «Está, pues es. No está; por tanto, es». Esta es la razón por la que las TdC fagocitan cualquier evidencia adversa, metamorfoseándola en argumentos que supuestamente confirmarían la validez de dicho constructo conspirativo; es decir, «todas las instancias contrarias, argumentos, piezas de

evidencia, etcétera, se absorben inmediatamente» (Sadik al-Azm, 2011, 23). Al igual que el ejemplo citado de los judíos como agentes conspiradores, lo mismo ocurrió con el diablo, cuando Baudelaire dijo: «El mayor triunfo del diablo es convencernos de que no existe» (Baudelaire, 1984; 104). O Paul H. Korch, al hablarnos de la conspiración de los Illuminati: «la primera labor de toda conspiración es convencer al resto de la sociedad de que no existe conspiración alguna» (Korch, 2004, 6). Es, pues, el elemento de la «ausencia», que se convierte en la vacuna contra los intentos de refutación, unido al de la «causalidad», que ofrece tranquilidad al sujeto, al mostrarle un orden ante el caos de los sentidos. De una forma parecida es utilizada en política, por ejemplo, cuando el Presidente Donald Trump dijo ante los medios el 29 de abril de 2020: «China hará todo lo posible para evitar mi reelección». Es el elemento inmunizador que introduce de antemano en sus discursos, pues quien le ataque se pone de parte de China y en contra de él y, por definición, del pueblo norteamericano, por lo que se le considerará antiamericano o antipatriota, un «enemigo del pueblo». A partir de aquí ha vacunado sus discursos ante cualquier adversario. Sigmund Freud también utilizó esta técnica para vacunar al psicoanálisis contra sus detractores, pues sugirió que estos confirmaban la resistencia inconsciente, la desesperación ante la incómoda verdad de la propia teoría freudiana. De forma general, todo sistema de creencias que postule agentes intencionales invisibles, se abre a un abanico de *estrategias inmunizadoras* muy amplio y seguro para su defensa, pues siempre puede alegar que los conspiradores secretos quizás están filtrando pruebas falsas para despistarnos. Un ejemplo lo encontramos en la visión de la teoría de Darwin por algunos creacionistas, que «creen que el mismo Satán le susurró a Darwin al oído la idea de la evolución» (Boudry, 2017; 67).

Pablo Lledó (2004) unifica los *mecanismos de defensa epistémicos* y las *estrategias inmunizadoras* bajo el término de *Técnicas de irrefutabilidad*. Sin embargo, en mi investigación sobre las TdC me parece más eficaz enlazar los *mecanismos de defensa epistémicos* como los elementos presentes en el «núcleo firme» de una TdC y las *estrategias inmunizadoras* como las hipótesis auxiliares y armas del «cinturón protector». Eso me ha permitido analizar las razones por las que un constructo conspirativo no cristaliza en la sociedad y pasa de inmediato a la marginalidad o periferia de la atmósfera cultural como conocimiento estigmatizado o, más en concreto, como conocimiento rechazado. Es el caso de ese popurrí de constructos conspirativos que circulan por el ciberespacio como si fueran folclore o basura ciberespacial, pero sin una «comunidad de fe y fin» que las defiendan, por ejemplo: las teorías que defienden que la Tierra es plana y se nos oculta; que el ser humano nunca pisó la Luna; que Elvis Presley todavía vive; que Paul McCartney es un clon de sí mismo desde 1966; el dominio universal de la Hermandad Babilónica o la conspiración en la muerte de Lady Di, pues todos estos constructos pueden usar

perfectamente las *estrategias inmunizadoras* para defenderse, pero carecen de una buena cimentación de *mecanismos de defensa epistémicos* en el «núcleo firme», por lo que han pasado casi de inmediato a la periferia cultural como conocimiento rechazado. Otro ejemplo lo tenemos en la pregunta que hice al finalizar el anterior epígrafe, sobre cuál era la razón por la que el constructo conspirativo del 11-M, pese a poseer la misma hoja de ruta que las TdC del 11-S y del asesinato de Kennedy, se había convertido en conocimiento olvidado y había sido desplazado a la marginalidad, hasta por sus propios constructores. La razón se encontraba en el agente conspirador, que es un elemento esencial del «núcleo firme» de toda TdC: en cuanto al 11-S, Meysan situó al todopoderoso Ejército norteamericano como el causante de un atentado de bandera falsa y ese elemento perduró en el resto de constructos siguientes, como *posible*; en el caso del magnicidio de Kennedy, que había utilizado la misma argucia, señalando a la todopoderosa CIA, el FBI o a la siempre presente Mafia. Ese agente conspirador también era *posible*, que diría Pynchon, y sus aviesas intenciones ya habían estado presentes en el pasado en numerosos acontecimientos conspirativos con resultado de muertes que habían sido descubiertos, como ya señalé. A lo que añaden que ese agente conspirador guarda silencio, por lo que aplican la falacia del *argumentum a silentio*, «el que calla, otorga». En el caso del 11-M, los constructores de la conspiración señalaron a un supuesto GAL-2 dirigido por Rafael Vera, cuestión que no resistió dos pases argumentativos. Lo mismo le ha ocurrido a los intentos actuales de asentar constructos conspiradores sin cimentar un núcleo firme, por ello no se situaron en la centralidad de la atmósfera cultural y quedaron en la periferia como conocimiento rechazado e ignorado: el incendio de Notre Dame, la fabricación en laboratorios del Covid19, la matanza de Sandy Hook o la conspiración contra la naciente nación catalana.

He defendido en esta tesis que un constructo conspirativo bien trabado y cimentado es casi imposible de refutar con argumentos y de desplazar a la periferia de la atmósfera cultural. Para lograr esto son necesarias dos condiciones, una de ámbito social y otra individual: en cuanto a la primera, se hace necesario que las condiciones socio-históricas que provocaron la creación de ese constructo desaparezcan debido a cambios en la sociedad; respecto a la segunda, que se establezca un proceso de desprogramación de los sujetos, como si estuvieran en una terapia para superar alguna adicción, ya que esa forma de interpretar la realidad es una forma de vivir, ya sea paranoica o de semireligiosidad, que necesita un proceso de desintoxicación. Sobre esta cuestión he mostrado varios ejemplos a lo largo de la Historia. El primero sería el de las brujas como agente conspirador, ya que fue creado como hipótesis *ad-hoc* para salvar el cristianismo y señalado como chivo expiatorio y como TdC se extendió varios siglos en Occidente, desde 1275 que se tiene constancia de la condena a la primera, hasta 1793 en la antigua Prusia; es decir, 518 años. Desde entonces, en Occidente, por acción principal de la ciencia, quedó como

conocimiento rechazado, superado e ignorado. Sin embargo, aún pervive en varios países de África, en los que poseen leyes contra la brujería. Otro ejemplo que mostré era el de la TdC de los extraterrestres para dominar el mundo, pues en cuanto terminó la Guerra Fría, las condiciones que la crearon, se convirtió en conocimiento rechazado e ignorado en muchas ocasiones. El caso más significativo ha sido el de la TdC de los judíos, que nacieron por el mismo motivo que la creencia en la conspiración de las brujas y llegó hasta el régimen nazi como el argumento que justificó para ellos los campos de exterminio. Fue necesario destruir por la fuerza esa sociedad construida por los nazis en Alemania y en otras zonas del mundo; además de proceder a desprogramar a los sujetos para superar este constructo. Como podemos comprobar, esa TdC de los judíos contra la humanidad ha perdurado 670 años, contando desde su creación en la Edad Media. Aun así, actualmente en diferentes partes del mundo se sigue creyendo en esta conspiración y hasta los militantes de la Nación del Islam (1991) defienden que los judíos fueron los causantes de la esclavitud de los negros africanos en Europa y en América.

Como epílogo a este epígrafe he de mencionar las características que aseguran la fortaleza del «núcleo firme» y que impermeabilizan a las TdC. La más importante, y que ya he citado, es la *ausencia*, elemento básico del «núcleo firme», pues vacuna el constructo contra los intentos de refutación de una forma muy sencilla: «¿Ha ocurrido determinado evento? Pues tal evento prueba la existencia de la conspiración. Pero mejor aún: ¿He dejado de ocurrir tal evento? Pues su ausencia es precisamente prueba de lo bien que se esconde la conspiración y por tanto, de su existencia» (Hernáiz, 2009; 10-11). La *ausencia* no se presenta en solitario, generalmente va acompañada de la *fe*, la *intencionalidad* y la explicación de todas las *anomalías* que se puedan presentar en la realidad. En cuanto a la *fe*, que la entiendo como «la firme creencia en algo de lo que no hay evidencia. Cuando existe evidencia nadie habla de fe» (Russell, 1987; 253), se encuentra en la base de las «comunidades de fe y fin», verdadera clientela para la *compra* y difusión de la mercancía del conspiracionismo. La segunda, la *intencionalidad*, perpetua en cualquier TdC y que enlaza, como ya expliqué, con el «principio de razón suficiente» de Leibniz, quien defendía que no se podía producir ningún acontecimiento sin una «razón suficiente», un planteamiento sobre la causalidad cuestionado por Hume y recogido más adelante por Russell, que rechazó las teorías de la intencionalidad o del «principio de razón suficiente» sentenciando que la *causación* era un tipo de superstición. En tercer y último lugar, las *anomalías* no explicadas, los *errant data*, de cualquier explicación oficial son utilizadas por los constructores de conspiraciones para fabricar teorías alternativas que las engloben y expliquen. Esto le sirve a sus defensores para argumentar que las TdC tienen mayor capacidad explicativa de la realidad, pero para conseguir esto suelen añadir indicios imaginados en documentos y fotos, o «torturando los datos hasta que acaban confesando» (Cockburn, 2006).

De la retórica conspirativa a la realidad

A lo largo de esta tesis me he preocupado de establecer las diferencias entre estos tres términos muy importantes para el conspiracionismo, pues en muchos autores se encuentran mezclados y en ocasiones se confunden. Comenzaré por la retórica y por Hofstadter (1964) que nos ilustró sobre su uso por la extrema derecha norteamericana, que a falta de otro nombre la denominó «estilo paranoico». Un discurso exaltado que apela siempre a sentimientos y a cuestiones irracionales con grandes palabras, e intenta enmascararse bajo un paraguas pseudocientífico o, en ocasiones, con un mensaje divino, para que le imprima credibilidad o mayor convicción a sus exposiciones, abusando, como nos indicó Cockburn (2006) del condicional; es decir, «cotejan los sustratos irracionales y emocionales que reniegan de la tradición política y cultural del legado de la Revolución francesa» (Roniger&Senkman, 2019, 2). Los discursos envueltos en esa retórica conspiracionista se articulan alrededor de la oposición del Nosotros frente a Ellos, y pese a que unen y sirven de identidad al grupo e incluso a naciones, separan mucho más hasta crear barreras infranqueables. El uso de la retórica conspiracionista se basa, pues, en la confrontación entre dos universos antagónicos, como el ancestral enfrentamiento entre el Bien y el Mal, donde solo puede quedar uno. Este estilo paranoico se inició en la extrema derecha norteamericana en la jerga populista, pero actualmente se utiliza tanto por fuerzas de la derecha reacias a los cambios, como por las fuerzas de la izquierda en busca de transformaciones. En este momento es moneda común para ambos extremos políticos y los dos beben de esa retórica —lo que he denominado *paranoia de fusión*, siguiendo a Kelly (1995) y a Knight (2000)—, pues es un poderoso movilizador de masas, que la mayoría de las veces han sido manipuladas con aviesas promesas demagógicas.

Por otra parte, el método de exposición de una teoría, sea conspirativa o no, no necesita esa retórica conspirativa; es decir, la retórica y el método de exposición pueden ir tanto separados como juntos, pero son cuestiones distintas. De ahí, podemos situar en este apartado a Noam Chomsky, que no utiliza la retórica ni el estilo paranoico, pero Daniel Pipes (1997) considera que el *análisis institucional* que emplea en sus obras es otra TdC; esta cuestión es matizada por Coady (2006a) que al analizar *Manufacturing Consent*, escrita por Noam Chomsky y Edward Herman, afirma que contiene bastantes hipótesis conspirativas, pero no considera el ensayo otra TdC. Tal vez, Chomsky ofrezca dudas a este respecto, pero el ejemplo más claro del uso del conspiracionismo como método de exposición de una teoría es el de Susana George en *Informe Lugano I y II*, pues ella defiende en todo momento el marxismo y la lucha de clases como motor de la Historia. Sin embargo, en *Informe Lugano I* nos mostró una gran conspiración contra la

humanidad por una minoría todopoderosa. Ella era consciente en todo momento que utilizaba el conspiracionismo como método de exposición de sus ideas, no lo empleó como retórica ni como método de interpretación de la realidad. Al escribir *Informe Lugano II*, conectora de que muchos lectores y cierta izquierda inmadura había confundido método de exposición con método de interpretación y con la propia realidad, en las primeras páginas nos indicó que no debemos confundir ambos extremos y que ella nos lo confundía, pues seguía defendiendo que la lucha de clases era motor de la Historia y no las conspiraciones. Ella empleaba el conspiracionismo como un método de exposición, como un recurso didáctico.

Otros ejemplos nos los aportará Peter Knight al analizar cómo la retórica del conspiracionismo ha inundado alguno de los textos del feminismo y de las minorías raciales. De esta forma, nos mostró el clásico *The Feminine Mystique*, donde, a su entender, Betty Friedan (1963) defiende que se ha ejercido un «lavado de cerebro» —término muy popular después de la Guerra de Corea, como ya expuse— durante años sobre las mujeres para que permanecieran en un estado de sometimiento. De ahí que identifica a los que aplican las teorías de Freud, a los educadores, a los profesores sobre las alumnas, publicistas y editores en los medios, como los principales conspiradores para aplicar sobre la mujer ese lavado de cerebro y provocar que ellas regresen a las virtudes domésticas. Su planteamiento comienza con un «problema sin nombre» que, según ella, tienen las mujeres. A partir de ahí realiza una profunda y entretenida investigación buscando pistas que le conduzcan a darle nombre y a quién culpar. La propia Betty Friedan es consciente de esto, y defenderá posteriormente que lo que narra no es una conspiración, al darse cuenta de que acababa de sembrar los elementos para que así se considerase su texto, donde abundan expresiones del tipo «en algún lugar», «a alguien»; además del condicional en sus frases y la búsqueda incansable de pistas para reafirmar la tesis previa, en un claro sesgo cognitivo de confirmación.

No solo como retórica o método de exposición de teorías se nos presentará el conspiracionismo, sino que también existe un tercer elemento señalado por Fredric Jameson (1995), al indicarnos que las TdC son un «mapeo cognitivo» para movernos e interpretar un mucho excesivamente complejo y difícilmente abarcable con las categorías que maneja el ciudadano medio en una sociedad cada vez más compleja. Cuestión en la que le apoyaron Negri y Hardt (2004) al entender las TdC como una forma básica o elemental de comprensión o acercamiento al mundo en el que vivíamos. Es, pues, una especie de vista de pájaro sobre la realidad o, en el caso de una ciudad desconocida, sería como el bus turístico que pasea por sus calles mostrándonos los principales hitos urbanísticos de la ciudad, que nos harían aprehensible y comprensible de forma elemental a nuestros sentidos, como Lynch (1974) nos indicó. Sin embargo, esta cuestión defendida por Jameson tiene su inconveniente, del que nos advirtió con

el ejemplo del personaje de Félicité en *Un corazón sencillo* de Gustave Flaubert, cuando el boticario Bouris le muestra el mapa de la Habana para indicarle donde se ha ido a vivir su sobrino Víctor y ella quiere conocer la vivienda donde se aloja. Ese es uno de los problemas que presentan las TdC: que en vez de ser usadas como un mapeo cognitivo de la realidad, se confundan con ella y se consideren por los individuos como la propia realidad. Cuestión sobre la que Jameson opinaba que «sería desastroso confundir con la propia realidad» (Jameson (1995; 29) y muy peligroso en el caso de las conspiraciones defendidas por las dictaduras. Es, pues, el límite que separa lo racional de lo irracional y hay que evitarlo siempre.

Un par de ejemplos que he utilizado en la tesis como deslinde entre mapeo y realidad han sido los de Lidia Falcón y Naomi Wolf. En el caso de Lidia Falcón y del Partido Feminista de España, ambos citan la «agencia gay o lobby gay», al referirse de la sustitución o descalificación del feminismo por la teoría Queer. De esta forma, Lidia Falcón, en «La inaceptable Ley Trans» (*Público*, 16 de diciembre de 2019), cita la conspiración gay como agencia del patriarcado aplicable contra el feminismo. Evidentemente, Lidia Falcón es marxista y en ese mismo artículo se queja de «cómo se enmascara el lenguaje para hacer desaparecer las categorías marxianas», por lo que el uso de la «conspiración gay» o «agencia gay» es un método elemental de mostrar la realidad a vista de pájaro, pero no es la realidad misma. En el caso de Naomi Wolf es una cuestión más compleja, pues comenzó a utilizar las conspiraciones como mapeo cognitivo en *The Beauty Myth*, (1990), siguiendo la senda de Betty Friedan, pero fue criticada por exagerar datos para que cuadraran con sus hipótesis. Más adelante, su libro *Vagina: A New Biography*, (2012), fue considerado «investigación de pacotilla», por el *New York Times*, por volver a retorcer los datos. Su último libro *Outrages, Sex, Censorship and the Criminalisation of Love* (2019) fue retirado del mercado estadounidense por la editorial Houghton Mifflin Harcourt, por esa exagerada tortura a la que somete a los datos para que digan lo que ella quiere. Sin embargo, Wolf es un ejemplo de cómo comenzó a utilizar el conspiracionismo como método de exposición de sus teorías y terminó interpretando el mundo como una cadena de conspiraciones: cuestionó la veracidad del vídeo en el que el ISIS decapitaba al periodista James Foley; luego sugirió que los Estados Unidos enviaban tropas a África para tomar la zona con la excusa del Ébola o cuando tildó el referéndum de Escocia de fraudulento.

Otro caso ha sido el del Colectivo Diáspora (2002) al interpretar la realidad, pues al mostrarnos lo que nos rodea como una gran conspiración de los amos del mundo, confunden el mapeo cognitivo con el objeto de estudio, presentándonos la realidad dirigida por unos seres muy poderosos que se comportan «como Dios en la Tierra». De tal manera que provocan en el lector la inacción. Es por lo que Patán (2004) sitúa ese texto, que supuestamente nace en la izquierda, en la extrema derecha. Esto es porque consiguen lo que David Gilbert (1996)

denunciara sobre los constructos conspirativos en el caso del SIDA, que al considerar que la realidad es una vasta y poderosa conspiración por minorías muy poderosas, conduce a la apatía, a darse por vencido, en una especie de rendición a un *destino* que en realidad no existe. Es, en otro campo, lo que Collon (2016a), Cockburn (2006a), Furedi (2003), Molyneux (2011) defienden sobre las TdC: que anulan la praxis transformadora de los individuos y los conducen al conformismo. Es una forma de chivo expiatorio, que he denominado *invertido*, ya que tradicionalmente se ha señalado a una minoría —judíos, gitanos, brujas, masones, etcétera— como causante de los males de la sociedad y para exonerar a los gobernantes de responsabilidades en caso de que la sociedad vaya mal. Ahora, se señala como buco emisario a una conspiración inabarcable de agentes muy poderosos, por lo que los sujetos se rinden de antemano ante eso, como si fuera el moderno *destino* griego, provocando la apatía de los individuos y, por tanto, de las masas, ante esa conspiración vasta o gigantesca presentada como fuerza motora de los eventos históricos.

Siglo XXI, ¿hacia dónde vamos?

El siglo XX cerró la TdC sobre el SIDA con la Declaración de Durban en junio del 2000, y colocó una lápida a la creencia de que había sido un virus creado por farmacéuticas en laboratorios. A partir de ahí, ese constructo conspiratorio fue relegado a la marginalidad de la atmósfera cultural como conocimiento estigmatizado. El siglo XXI abrió con una nueva conspiración alrededor de los atentados del 11 de septiembre del 2001. Después nos llegó el constructo conspirativo sobre el atentado del 11 de marzo del 2004. Ambas TdC, como demostré, se fabricaron siguiendo la misma hoja de ruta. A continuación, en 2012, le siguió el constructo conspirativo y negacionista tejido alrededor de la matanza en el colegio Sandy Hook. Cinco años más tarde, el intento de elaborar una TdC desde los sectores independentistas de Cataluña para explicar los atentados del 17 de agosto de 2017 en Barcelona, como una conspiración del Estado español vía el CNI. Dos años después, el 15 de abril de 2019, el incendio de la catedral de Notre Dame dio lugar a un nuevo intento de construir una narrativa conspiranoica acusando a minorías religiosas del mismo. Y hemos iniciado la segunda década del nuevo milenio con nuevos intentos de fabricación de conspiraciones sobre la pandemia del coronavirus, donde el rosario de conjeturas sin pruebas se mueven desde que es un virus creado en laboratorios chinos o en los norteamericanos, o por agentes conspiradores como Bill Gates, George Soros o los siempre presentes judíos, copiando la misma hoja de ruta que se emprendió hace años con el SIDA, o se le considera como el producto de la construcción e instalación de las torres 5G.

Según he sostenido en esta tesis las TdC que perduraron muchos años en la atmósfera cultural, nacieron en momentos convulsos de la Historia. Sin embargo, ahora, con la creación y difusión de internet y las redes sociales, los constructos conspiratorios no solo se han vuelto virales y han incrementado sus dimensiones ontológicas, sino que también se han emancipado en gran medida de esa dependencia de la base social y sus convulsiones. De tal manera que las TdC ya no necesitan para surgir las grandes crisis sociales o económicas ni los momentos de confusión en la Historia. Un ejemplo de esto nos lo demuestran los constructos creados y difundidos desde comienzos del siglo XXI al día de hoy y que he enumerado al comienzo de este epígrafe. En estos momentos, basta con que ocurra un hecho no esperado o no predecible, para que se construya una TdC sobre su origen. La razón se encuentra en que la globalización convierte todo en mercancía y lo absorbe en el mercado. Las TdC no son una excepción, pues se fabrican para lanzarlas al mercado debido a que han demostrado su gran utilidad crematística para sus autores, editores y seguidores, llegando a establecerse como una industria más. En el caso de Meyssan, su TdC alrededor del 11-S vendió millones de ejemplares en todo el mundo y le siguieron más de tres mil escritores en diferentes países que narraron lo mismo, con alguna variante, pero sin aportar ni pruebas ni algo original. Al igual que esta, el resto de conspiraciones creadas alrededor del 11-M, del incendio de Notre Dame, del colegio Sandy Hook, de los atentados del 17-A o las más recientes centradas en el origen y agentes conspiradores con el Covid19. Es la principal característica del nuevo milenio, las TdC son virales y son una mercancía fabricada por empresas al servicio de intereses económicos o políticos o geoestratégicos. Son, pues, un arma más en la competencia despiadada entre grandes intereses, desde empresas a partidos políticos, incluso club deportivos con grandes intereses económicos. Un ejemplo clarividente es el caso citado y ya explicado de la conspiración alrededor del negacionismo de la matanza en el colegio Sandy Hook, que beneficiaba y protegía a las empresas de armas y fue lanzada al mercado desde diferentes lugares, pero principalmente desde *InfoWars.com* de Alex Jones, con un claro sentido político para la defensa de los intereses de las empresas armamentísticas, cuestión demostrada en los tribunales de justicia y por la que los jueces le condenaron a indemnizar a los familiares de las víctimas.

Esta conversión de las TdC en producto de consumo ha posibilitado una nueva etapa en su relación con la epistemología, al convertirse en «lingua franca epistémica». Así, si comenzaron en épocas remotas como «epistemología para la plebe» y pasaron a «epistemología para la supervivencia» en el mundo de competencia capitalista despiadado iniciado con la Modernidad, donde solo los paranoicos sobreviven; ahora, he defendido que las TdC durante la globalización se habían convertido en una «plebeyización de la epistemología», pues eran una forma de mapear la realidad que llevaba a una interpretación elemental de los que nos rodeaba y era

accesible a toda la gente, una especie de vista de pájaro o el mapa cognitivo del pobre en la nueva era, pues «las teorías de la conspiración encuentran su principal asentamiento en las capas desfavorecidas de la población, que son aquellas que, excluidas del uso del poder y desconocedoras de su funcionamiento real, más acusan las pérdidas de control sobre sus vidas» (Santoro, 2004; 4). Esta forma elemental de interpretar la compleja realidad, una especie de túnel de la mente, que diría Polidoro (2014), conduce en ocasiones al fanatismo porque los creyentes la consideran la propia realidad, cuestión de las que nos prevenía Jameson (1995), al decirnos que debíamos evitar confundir esa cartografía cognitiva con la propia realidad, pues tendría resultados perniciosos. En estos momentos, las TdC, al comienzo de la segunda década del siglo XXI y en su relación con la epistemología, se han convertido en «lingua franca». Son, pues, metarrelatos de interpretación básica de lo que ocurre en la realidad, en el mundo y en la Historia. Estos metarrelatos totalizadores proliferan en campo fértil en estas sociedades, pues son mercancías lanzadas para su comercialización y se convierten en virales por la utilización de internet y las nuevas tecnologías. Además de esto, se suma el factor medio, pues las sociedades actuales han perpetuado la actitud psicológica de la adolescencia (Mannheim, 1943), son sociedades que podemos considerar menores de edad (Wallace, 1992) o *hebefrénicas* (Dick, 2015b), por lo que el conspiracionismo se desarrolla exponencialmente en este medio. La necesidad de este tipo de sociedades inmaduras para el desarrollo del conspiracionismo, nos lo adelantó Mannheim (1943) con la implantación y el desarrollo del nazismo.

De esta manera, como cualquier mercancía en el mundo globalizado, las TdC se han extendido a todo el orbe, sin que quede un espacio en blanco sin colonizar: por un lado, en la forma de interpretar lo real, pues el conocimiento de las TdC y, a veces, la creencia en alguna de ellas es ya moneda común; por otro, se han extendido a todo los países del mundo. De esta forma, en América del sur tenemos los casos de México (Patán, 2004; Schwarz, 2019), Argentina (Roniger & Senkman, 2019), Haití, (Brown, 2003), en Chile, Brasil y la República Dominicana (Roniger & Senkman, 2019). En Europa, Francia (Boltanski, 2016), Bélgica (Collon, 2016), Irlanda (Molyneux, 2011), Alemania (Groh, 1987) y Finlandia (Räikkä, 2009). En África, Nigeria (Bastián, 2003), Tanzania (Sanders, 2003), Mozambique (West, 2003). En Asia, Indonesia (Schrauwers, 2003) y Corea (Kendall, 2003). En Oriente Medio, Pipes (1995), Tapper (1999) y Anderson (1996). Ha dejado, pues, de ser un fenómeno exclusivo de los Estados Unidos.

Se ha llegado a tal extremo que, autores como Camacho (2015), reivindican las TdC como ciencia y sugieren instituir el nombre de «Ley de la conspiración» —un ejemplo más del historicismo denunciado por Popper hace ochenta años—. A esto, Camacho añade que a los constructores de conspiraciones se les debe denominar «historiadores». Es la situación que nos menciona el profesor Timothy Melley (2008), y que he citado, de que los constructores de

conspiraciones aspiran a ser nombrados o a sustituir a los Teóricos Sociales. DeLillo, en *Underworld*, denominará *dietrología* a esta supuesta nueva ciencia de las fuerzas ocultas. Y para el paranoico siempre habrá una pista que perseguir, una teoría o una conexión que hacer, hasta que la conspiración oculta se revela ante él como una Epifanía. De esta manera, las TdC existentes y las que se van presentando, siguen poseyendo una serie de características sin las cuales no podrían sustentarse, a saber: primero, la interconexión de todo lo existente, el *Todo está relacionado*; segundo, no existe el azar, ni el accidente ni los resultados involuntarios, *Todo es intencionado*; tercero, los agentes conspiradores tiene el objetivo de controlarnos y dominarnos, por cualquier medio, en una sociedad que es una gran red; cuarto, la realidad es la conspiración existente, escondida bajo las sensaciones que percibimos, y solo detectada por iluminados o personas con la facultad de leer señales o indicios; quinta, hay un enfrentamiento entre dos universos antagónicos, Ellos y Nosotros, que representan la lucha eterna del Bien contra el Mal y nadie puede ser neutral. Esta forma de ver la realidad, donde solo cambian los agentes conspiradores, es directamente proporcional en sociedades donde se haya potenciado la actitud psicológica de la adolescencia o minoría de edad, las sociedades *hebefrénicas*. Por el contrario, las TdC y su desarrollo son inversamente proporcionales a la transparencia (West & Sanders, 2003), cuestión que analicé en el epígrafe dedicado al Club Bilderberg, pero es aplicable a casi todos los constructos conspirativos.

No existen las TdC inocuas

Termino estas conclusiones con otro de los puntos defendidos en la tesis: no existen TdC inocuas; todas, a lo largo de los años, han sido responsables de matanzas, suicidios grupales y hasta genocidios. Aunque Charles Pigden (2007), Matthew Dentith (2012) o Bunting & Taylor (2010) consideren que no hay nada malo en las TdC y que en ocasiones explican la realidad mejor que las versiones oficiales, considero y defiendo que la historia de la humanidad es la contundente prueba de mi aseveración. Al comenzar este trabajo, aparté las conspiraciones para delinquir y las domesticas de nuestro campo de estudio. De las grandilocuentes conspiraciones que afectaban a la sociedad, se hacía preciso orillar también aquellas que no se consolidaron como TdC por no ser capaces de construir un «núcleo firme» en su desarrollo. Me refiero a todos esos constructos que he incluido en lo que denomino «popurrí conspirativo»: creencia en que la Tierra es plana y nos lo ocultan; que el ser humano nunca llegó a la luna; la conspiración para matar a Lady Di; o la que nos oculta que Elvis Presley nunca murió y tantas otras que no fraguaron y han quedado en la periferia cultural como pseudoconocimiento o materia de entretenimiento en la cultura popular. Otras que sí se consolidaron como TdC consiguieron ser

asumidas por una «comunidad de fe y fin», condujeron o están conduciendo a crear verdugos o victimarios y víctimas o chivos expiatorios con la consiguiente violencia hacia ellos hasta conducir al acoso, al asesinato o a las matanzas indiscriminadas.

Nerón y Diocleciano nos mostraron cómo un constructo conspirativo podía dar buenos resultados para consolidar el poder, de ahí que señalaron a los cristianos como chivo expiatorio de las desgracias sociales y los condujeron a las prisiones, persecuciones, al circo romano o a las masacres. En la Edad Media comprobamos cómo el cristianismo dejaba de ser la víctima y se convertía en victimario, construyendo conspiraciones y señalando a otros chivos expiatorios: brujas, demonios y judíos. Situación que perduró hasta bien entrada la Modernidad y que condujo a un verdadero genocidio para las mujeres señaladas como brujas. En plena Modernidad, nos encontramos con las TdC de los judíos que condujeron al Holocausto nazi; los constructos conspirativos de los masones o del «enemigo del pueblo», que también condujeron a pogromos, discriminaciones, cárceles, asesinatos y campos de exterminio. Otro caso lo tenemos en la supuesta conspiración de los extraterrestres que no fue simplemente un delirio popular o una fantasía de la cultura de masas, sino que condujo de hecho al suicidio colectivo, como en los davidianos, los raelianos, la secta del Rancho Santa Fe o las citas frustradas en Teotihuacán. O la estafa y los abusos sexuales, en el caso de las sectas creyentes en el planeta Ummo. De las TdC más recientes podemos comprobar que han conducido a los mismos efectos. Así, las TdC del Gran Reemplazo, asociadas a la supremacía blanca o genocidio blanco, señalan al inmigrante como agente de una supuesta Invasión y han llevado a matanzas indiscriminadas: solo en la década de 2005 al 2015 la violencia y criminalidad en los Estados Unidos de los supremacistas blancos se ha cobrado 215 asesinatos, de los que 63 tenían motivos ideológicos claros. Sin embargo, no ha quedado circunscrito a los Estados Unidos, pues Noruega, Reino Unido, Canadá, Alemania, Nueva Zelanda y Francia han sufrido este tipo de atentados con muertes que apelaban a esa gran conspiración para lograr el genocidio blanco. En el caso del incendio de Notre Dame, hubo personas que se creyeron que había sido provocado por minorías religiosas y atentaron contra ellas, caso del atentado a una mezquita en Bayona. El negacionismo de la matanza de la escuela Sandy Hook condujo a persecuciones y acoso hacia los padres de las víctimas. La reciente construcción de la conspiración de que el Covid19 es producto de la instalación de las torres 5G, ha llevado a la quema de antenas, primero fue en Birmingham, para pasar a Liverpool y así hasta cincuenta ataques en Reino Unido, que se suman a los ochenta en el continente europeo, principalmente en Bélgica, Irlanda, Chipre y Países Bajos. La patronal de las empresas instaladoras, Mobile UK, ha denunciado que sus ingenieros y personal de instalación y mantenimiento han sufrido un centenar de ataques, entre los que incluimos persecuciones, acosos y violencia que han conducido a poner en peligro su integridad física.

Es posible que las TdC otorguen un patrón a las «comunidades de fe y fin» que las defienden, una especie de significado y propósito, de ahí que se hayan convertido en una forma básica de entender la realidad, que se ha extendido como «lingua franca epistémica», y en algunos colectivos se instala como la única forma posible de entender lo real, pues para sus militantes es preferible creer que existe una fuerza más allá de nosotros mismos que lo ordena todo, aunque sea oscura y maligna, a aceptar que estamos solos en un mundo caótico y sin plan. Es, pues; una especie de «episteme» (Roniger & Senkman, 2017) o metarrelato que interpreta el mundo y la Historia como objeto de siniestras intrigas y nos conduce a una causalidad histórica unívoca y oculta. Lo que es innegable, como he defendido, es que las TdC distraen de las amenazas verdaderas; que su desarrollo es directamente proporcional a la inmadurez de la sociedad e inversamente proporcional a la transparencia social; que las TdC nunca mueren del todo, se limitan a desplazarse a la periferia de la atmósfera cultural como conocimiento estigmatizado, para regresar cuando una «comunidad de fe y fin» las rescate; que la mayoría de las TdC socaban el rigor y la verdad y traspasan la frontera entre lo racional e irracional, cotejando sustratos irracionales y emocionales que reniegan de la tradición política, cultural y racional del legado de la Revolución francesa; que son constructos ficticios que siempre nacieron en épocas de crisis social, menos en los últimos años que se han emancipado de esa base social y no necesitan esos momentos de confusión históricos para nacer y desarrollarse, pues actualmente se han convertido en mercancía que se fabrica y consume como cualquier otra, sin distinción de posiciones políticas, de ahí que tanto la extrema derecha como la extrema izquierda beban de ella, en una *paranoia de fusión*. Y han socavado la más elemental lógica argumentativa, pues, ahora, la discusión no se realiza mostrando las pruebas que refuerzan o construyen una teoría, ahora se utilizan TdC que se enfrentan entre sí, sin aportar pruebas, solo mostrando cuál tiene más adeptos o cuál es más *posible*. El ejemplo más reciente lo encontramos cuando frente al constructo conspirativo fraguado por el independentismo catalán se argumenta con otra conspiración fraguada por Soros. Las TdC en ciertas «comunidades de fe y fin» se comportan como la ideología nazi en el NSDAP y tienen los mismos efectos que el capitán Dieter Wisliceny defendía en los juicios de Núremberg, donde las veía como una especie de religiosidad, imposible mellar como forma de interpretar la realidad. Finalizo recordando, como he defendido que las TdC se han convertido en «lingua franca epistémica» en la globalización. Si comencé con Karl Marx y el enorme cúmulo de mercancías que produce el capitalismo, he defendido que ahora las TdC son otro tipo de mercancías de ese modo de producción, que son consumidas por todos los extremos políticos en una *paranoia de fusión*, y se encuentran en nuestra atmósfera cultural como moneda de cambio común.

Desarrollos de la investigación

Como dije al principio, el objetivo de esta tesis ha sido aportar algo de luz al fenómeno de las TdC, que han surgido por doquier desde principios del siglo XXI, convirtiéndose en virales. He realizado un estudio histórico, crítico y analítico, en el que mostré cómo las TdC surgían en momentos de cambio social o crisis graves del sistema a lo largo de la Historia. Hoy, después del nacimiento y difusión de internet y la globalización, el nacimiento de esos constructos conspirativos no necesitan de esos momentos históricos convulsos, pues se han emancipado en gran parte de la base social, y cualquier acontecimiento de cierta relevancia provoca un aluvión de TdC, que se presentan ante el ciudadano como mercancías de diferentes tipos que reclaman su consumo. Los constructos conspirativos, en estos momentos, son, pues, mercancías fabricadas para la defensa de algún interés colectivo o empresarial o para la creación de tendencias. De esta manera, como objeto colocado en el mercado se encuentra en perpetuo cambio y desarrollo y el consumidor también exige calidad y utilidad en el producto; en ese paso de la recepción a la participación. De ahí que este trabajo pretende sentar las bases para que en el futuro se pueda abordar su estudio desde diferentes ángulos, sin que existan lagunas en su comprensión y dejen de ser un elemento oscuro o siniestro.

Para entender mejor las TdC del presente hemos de situarnos a comienzos del siglo XX, cuando el poderoso Estado capitalista se preparaba para adaptarse económicamente al imperialismo y sonaban cercanos los tambores de guerra por la apropiación de los mercados mundiales, los escritores Gilbert Chesterton, Joseph Conrad y John Buchan, centraron la principal diferencia entre las TdC en los años posteriores y que hoy, después de más de cien años, sigue vigente: en primer lugar, las conspiraciones creadas por el Estado (Chesterton, 1908; Conrad, 1907) y las creadas contra él, de las que ha de defenderse o proteger a la sociedad de la que se llama guardián (Buchan, 1919). Así, las principales y más difundidas conspiraciones del siglo XXI, que he analizado —la del 11-S; las del 11-M; la del Gran Reemplazo o genocidio blanco; la del incendio de Notre Dame; la del negacionismo de la masacre del colegio Sandy Hook; la del independentismo catalán y las del Covid19— han sido creadas fuera del Estado y contra él o contra sus políticas. Las dos conspiraciones creadas desde el Estado de cierta magnitud fueron: por un lado, la construcción de un entramado alimentado con pruebas falsas o de procedencia dudosa —Colin Powell lo definió como una mancha en su carrera— sobre la existencia de armas de destrucción masiva en Irak, señalando a Sadam Husein, sus dirigentes políticos y al pueblo iraquí como chivo expiatorio y contra los que se desencadenó una guerra de destrucción. Por

otro, la TdC de los inmigrantes, sea denominada Gran Reemplazo (Renaud Camus) o Invasión (Viktor Orbán), se está desarrollando por algunos gobiernos, cuestión contra la que se han levantado voces muy significativas: «La paranoia que hay hoy día contra el inmigrante es una manifestación de racismo. Y eso que antes estaba mal visto, ahora ha dejado de estarlo. Los políticos incluso pueden hablar contra la inmigración de esa manera racista prejuiciosa. Es un problema muy serio para la democracia» (Vargas Llosa, *El País*, 12 de octubre de 2019).

Por otro lado, antiguas TdC aún mantienen rescoldos en algunas partes del mundo, como muestra de lo defendido en estas páginas: que las TdC no mueren, solo quedan arrinconadas como conocimiento estigmatizado. La TdC judía, por ejemplo, se ha desplazado a la marginalidad, pero perdura en grupúsculos extremistas en Occidente; también en algunos países musulmanes; en las declaraciones del expresidente iraní Admadinegad; y en textos de la Nación del Islam en los Estados Unidos, achacando la esclavitud de los africanos a una conspiración urdida por los judíos. Las TdC que implicaban a brujas y demonios en conspiraciones grandilocuentes para terminar con el orbe cristiano de Occidente han quedado reducidas a ciertos lugares de África en los que aún perduran leyes contra la brujería. La TdC de los extraterrestres parecen haber desaparecido de la atmósfera cultural, aunque de vez en cuando se cuele por la puerta de atrás, como ha sido con la hipótesis mantenida por algunos *pansmermias* de que el Covid19 procedía de un cometa que surcó los cielos de China en octubre del 2019. Otras, como las TdC de los masones o de la Compañía de Jesús han quedado desplazadas como conocimiento estigmatizado; pese a que en ciertas obras de ficción los jesuitas han sido sutituidos por el Opus Dei como agente conspirador.

Miles de personas sostienen TdC, de un tipo u otro, y creen que personas poderosas han trabajado juntas para ocultar la verdad sobre alguna cuestión importante. Aparentemente esto no reviste peligro social, pero en ciertas ocasiones hay elementos que se suscriben a «comunidades de fe y fin» que apoyan TdC, en las que se desarrollan elementos de violencia contra algún chivo expiatorio y plantean desafíos importantes para las políticas y la ley. Aplacar esa violencia es posible por parte de los aparatos represivos del Estado moderno, pero el reto es cómo contrarrestar el creciente conspiracionismo, pues es casi imposible cuestionar esas creencias con argumentos debido a su autosellado o relato cerrado y autoexplicativo. Luego, el gran desafío que se nos presenta en el futuro es comprender cómo se pueden socavar esas teorías, pues los sujetos que viven dentro de esas creencias, de esa paranoia, se encuentran en una especie de religiosidad que ya puso en evidencia los juicios de Núremberg, lo que provocará la necesidad de desprogramar al sujeto con nuevos valores, una cuestión que diferentes escritores contemporáneos —Williams Burroughs, Philip K. Dick o Foster Wallace— identificaban con la superación de algún tipo de adicción, para lo que era necesario programas

de desintoxicación, pues la adición era una forma de vida, como la creencia en estos constructos. A lo que se une un elemento que contienen las TdC en su «núcleo firme», que cualquier intento de liberar a los sujetos de esa forma de pensar se considera de inmediato por parte de ellos como una prueba más de la conspiración. Ante este reto de anular ese conspiracionismo que conduce a la violencia, hasta los dirigentes políticos discuten si es mejor ignorarlas o intentar refutarlas. Lo que se ha hecho evidente es que el caldo de cultivo para su desarrollo es la sociedad adolescente o inmadura en la que nos ha tocado vivir y la falta de transparencia de unos lejanos poderes públicos y privados para el ciudadano medio. De ahí que señalo la necesidad de incrementar la transparencia del funcionamiento de los poderes y la madurez cultural de la sociedad como antídotos ante la proliferación de ese tipo de conspiracionismo violento. Si esto no se soluciona, se pueden construir conspiraciones descabelladas que podrían volver más disfuncional y peligroso el futuro de la humanidad.

A mayor abundamiento, las TdC se han convertido en mercancías de alto consumo, que sirven para interpretar de forma vulgar el mundo que nos rodea y, al mismo tiempo, son utilizadas por ciertos poderes —tanto en dictaduras como en democracias— para intoxicar a la población, con el doble objetivo de que se lea la realidad según los parámetros que le marcan o provocar la inacción del sujeto al señalar una conspiración y unos agentes conspiradores inalcanzables para el ciudadano medio y contra los que siente que no puede hacer nada. Ante esta situación, tal vez hemos de emplear el método de Michel Collon para abrirnos paso entre las conspiraciones grandilocuentes, localizar sus contradicciones y develar la realidad:

La única manera de sobrepasar el falso problema del complot consiste en debatir objetivamente sobre los hechos: confrontando las dos versiones, no creyendo a nadie de palabra y verificándolo todo sobre la base de las mejores fuentes según las posibilidades: testigos directos, testimonios indirectos fiables, documentos, informes y comunicados. Todo eso asegurado desde los dos lados. (Collon, 2015; 232)

O emplear la sencilla fórmula de la INTERPOL para hacer frente a las estafas: «Estate atento, sé escéptico y mantente a salvo».

»

Bibliografía

- AARONOVITCH, DAVID: (2010), *Voodoo Histories: The Role of the Conspiracy Theory in Shaping Modern History*. New York: Penguin Group. .
- ABELSON, R. P: (1963), «Computer simulation of hot cognition», en S. Tomkins y S. Messick (eds.), *Computer simulation of personality: 277-298*. New York: Wiley.
- ADORNO, THEODOR W.: (1975), *Dialéctica negativa*, Madrid: Taurus.
- (2003), *Filosofía de la nueva música*, Madrid: Akal.
- ADRADOS, FRANCISCO R., y CUENCA, LUIS ALBERTO DE: (1995), *Tragedias*, V. III, *Medea. Hipólito*. Madrid: CSIC.
- AGUILAR, C. y RUBIO, F.: (2016), *El libro de Satán*. Badalona: Hermenaute editorial.
- AL- AZM, SADIQ J.: (2011), *Orientalism and Conspiracy*, Londres: Taurus.
- ALBA, VÍCTOR: (1977), *Las ideologías y los movimientos sociales*. Barcelona: Plaza & Janes.
- ALIGHIERI, DANTE: (2010), *Divina Comedia*, Barcelona: Espasa. ¹
- ALONSO, JOSÉ RAMÓN. (2016), *El mito de las conspiraciones*, 3 de marzo del 2016, en el website: <https://jralonso.es/2016/03/03/el-mito-de-las-conspiraciones/>
- ALONSO, ROGELIO: (2013), «The Madrid Bombings and Negotiations with ETA: A Case Study of the Impact of Terrorism on Spanish Politics», *Terrorism and Political Violence*, pp. 113-136. Los Ángeles, CA: Terrorism and Political Violence.
- ALTHUSSER, LOUIS: (1975), *Escritos*. Barcelona: Laia.
- ÁLVAREZ CHILLIDA, GONZALO: (2002), *El antisemitismo en España*. Madrid: Marcial Pons.
- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ: (1971), *La Comuna en España*. Madrid: Siglo XXI.
- AMO, MERCEDES DEL; GARCÍA REY, MARCOS; Y ORTEGA, RAFAEL: (2004), *El 11-M En la prensa árabe*. Sevilla: Mergablum.
- ANDERSON, BENEDICT: (2006), *L'imaginaire national*, París: La Découverte.
- ANDERSON, C. A.; LEPPER, M. R.; ROSS: (1980), «Perseverance of Social Theories: The Role of Explanation in the Persistence of Discredited Information». *Journal of Personality and Social Psychology*, 39: 1037-1049. Washington: American Psychological Association.
- ANDERSON, PERRY: (1998), *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona: Anagrama.
- AQUAVIVA, CLAUDIO: (1845), *Mónita secreta de los jesuitas o Instrucciones reservadas de los padres de la Compañía de Jesús*. Madrid: Santamarta.

- ARCIPRESTE DE HITA, JUAN RUIZ: (1999), *Libro del buen amor*, Madrid: Mestas.
- ARTAL, ROSA MARÍA: (2004), *11-M—14-M: Onda expansiva*. Madrid: Ediciones Espejo de tinta.
- ASIAÍN, JOSÉ A.: (2012), *La financiación de la Guerra Civil española*. Barcelona: Crítica.
- AVILÉS FARRÉ, JUAN: (2002), *El nacimiento del terrorismo en Occidente: Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*. Madrid: Siglo XXI.
- (2007), «Terrorismo y teorías de la conspiración: el caso del 11-M». Madrid: Real Instituto Elcano.
- AYALA, JOSÉ ANTONIO: (1991), «La masonería de obediencia española ante el conflicto colonial puertorriqueño», *Cuadernos de Investigación Histórica Brucar*, 17, 21-36.
- AZÚA, FÉLIX DE: «Una muerte poco natural», *El aprendizaje de la decepción*, (Pamplona, Pamiela, 1989).
- BALE, JEFFREY M: (2007), «Political Paranoia vs Political Realism: on Distinguishing between bogus Conspiracy Theories and Genuine Conspiratorial Politics», *Patterns of Prejudice*, nº 41; pp 45-60. Londres: Taylor & Francis Group.
- BALI, VALENTINA: (2007), «Terror and Elections: Lessons from Spain». *Electoral Studies*, 26 (3): 669-687. Amsterdam: Elsevier.
- BANDURA, ALBERT: (2001). «Social Cognitive Theory: An Agentic Perspective». *Annual Review of Psychology*, 52:1-26. Palo Alto, CA: Annual Review.
- BARGH, JOHN A.: (2011), «Unconscious Thought Theory and Its Discontents: A Critique of the Critiques». *Social Cognition*, 29: 629-647. New York: Guilford Press.
- BARKUN, MICHAEL: (2003), *A Culture of Conspiracy. Apocalyptic Visions in Contemporary America*. Berkeley, CA: University of California Press.
- BARRETT, J. L.: (2000), «Exploring the natural foundations of religion». *Trends in Cognitive Sciences*, 4: 29-34.
- BARRETT, J. L., Y LANMAN, J. A.: (2008), «The Science of Religious Beliefs». *Religion*: 38, 109-124;
- (2004), *Why would anyone believe in God?* Walnut Creek, CA: AltaMira.
- BARRUEL, AUGUSTÍN: (2018), *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme*, 4 Volúmenes. Sydney: Wentworth Press.
- BARTELS, L. M.: (2002), «Beyond the Running Tally: Partisan Bias in Political Perceptions», *Political Behavior*, 24: pp. 117-150.
- BASHAM, LEE: (2006), «Living with the Conspiracy», COADY, DAVID (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd.,(pp. 61-75). Farnham, UK: Ashgate Publishing.

- BASTIAN, MISTY: (2003), «"Diabolic realities": narratives of conspiracy, transparency and "ritual murder" in the Nigerian popular print and electronic media», en West & Sanders. Durham, NC: Duke University Press.
- BEHE, MICHAEL: (2000), *La caja negra de Darwin. El reto de la bioquímica a la evolución*. Barcelona: Andrés Bello.
- BEJLOPERA, JEROME P.: (2013a), *The Domestic Terrorist Threat*. Washington, DC: Congressional Research Service.
- (2013b), *American Jihadist Terrorisme Combating a Complex Theat*. Washington, DC: Congressional Research Service.
- BENEDICT, RUTH: (2006), *Patterns of Culture*, Boston: Mariner Books.
- BENJAMÍN, WALTER: (1982), «Tesis de filosofía de la historia», *Discursos Ininterrumpidos I*, pp. 175 y ss. Madrid: Taurus.
- BERGERAC, CYRANO DE: (2011), *El otro mundo*. Madrid: Akal.
- BERLET, CHIP y LYONS, MATTHEW: (2000), *Right-Wing Populim in America: Too Close for Comfort*. New York: Guilford Press.
- BERLITZ, CHARLES: (1981), *El incidente*. Madrid: Plaza & Janes.
- BERSOFF, D. M.: (1999), «Why Good People Sometimes Do Bad Things: Motivated Reasoning and Unethical Behavior», *Personality and Social Psychology Bulletin*, 25: pp. 28-39. Washington, DC: Society for Personality and Social Psychology.
- BIEZEN, INGRID VAN: (2005), «Terrorism and Democratic Legitimacy: Conflicting Interpretations of the Spanish Election», *Mediterranean Politics*, 10: pp. 99-108. Milton Park, Oxford: Taylor & Francis.
- BOCCACCIO, GIOVANNI: (2010), *Decameron*, Barcelona: Espasa.
- BOLDRY, JENNIFER G.; GAERTNER, LOWELL; Y QUINN, JEFF: (2007), «Measuring the Measures: A Meta-Analytic Investigation of the Measures of Out group Homogeneity». *Group Processes & Intergroup Relations*, 10: pp. 157-178.
- BOLTANSKI, LUCI: (2016), *Enigmas y complots: una investigación sobre las investigaciones*. México: F. C. E.
- BOUAMAMA, SAÏD: (2014), «La construcción mediática de los yihadistas», *Webislam*, 30 de octubre de 2014;
- (2016), «De "L'esprit du il janvier" à la "déchéance de la nationalité": Chronique d'une anne'e de regression culturalite», El blog de Saïd Bouamama, 1 de enero de 2016.
- BOUDRY, MAARTEN: (2011), *Here be dragons. Exploring the hinterland of science*, Universiteit Gent: Tesis.

- BOUDRY, MAARTEN, Y BRAECKMAN, JOHAN: (2012), «How convenient! The epistemic rationale of self-validating belief systems», *Philosophical Psychology*, 25: pp. 341-364.
- BOUDRY, MAARTEN; BRAECKMAN, JOHAN, Y BLANKE, STEFAAN: (2017), «¿De dónde surgen las pseudociencias?», *Métode*, nº 95, pp. 63-69. Valencia: Universitat Valencia.
- BOUNARROTI, FILIPPO: (2015), *Conspiration pour L' égalité, dite de Babeuf*. París: La Fabrique Editions.
- BRAVO; EDUARDO: (2016), *Ummo. Lo increíble es la verdad*, ed. Autsaider Cómics; —(2019), «Ummo: el mayor caso de OVNIs en España que acabó en escándalo sexual», *El País*, 1 de septiembre de 2019.
- BRONCANO, FERNANDO: (2019), *Ignorancia pública y conocimiento privado*. Madrid: Lengua de Trapo.
- BROTHERTON, ROBERT: (2013), «Towards a definition of conspiracy theory», *Psy PAG Quarterly*, 88: pp. 9-14.
- BROWN, WENDY: (2009), *Murs. Les murs de separation et le déclin de laa souveraineté étatique*, París: Les Prairies ordinaires.
- BUCHAN, JOHN: (1985), *Los 39 escalones*, Barcelona: Best Sellers.
- BUENTING, JOEL; Y TAYLOR, JASON: (2010), «Conspiracy Theories and Fortuitous Data», *Philosophy of the Social Sciences*, 40: pp. 567-578.
- BUNGE, MARIO: (2010), *Las pseudociencias, ¡vaya timo!* Pamplona: Laetoli.
- BURKE, EDMUND: (2016), *Reflexiones sobre la Revolución francesa*. Barcelona: DeBolsillo.
- BURNETT, THOM: (2008), *La sociedad de la mentira*. Barcelona: Zenith.
- BURROUGHS, WILLIAM S.: (1971), *Las últimas palabras de Dutch Schultz*. Gijón: Jucar; —(2014a), *Yonki*. Barcelona: Anagrama. —(2014b), *El almuerzo desnudo*. Barcelona: Anagrama. —(2014c), *Queer*. Barcelona: Anagrama; —(2014d), *El trabajo*. Madrid: Enclave Libros; —(2015), *Las cartas de la ayahuasca*. Barcelona: Anagrama
- BUSTO-SAIZ, JOSÉ RAMÓN.: (1984), *Ángeles y demonios en el Antiguo Testamento*. Palencia: Fundación Santa María.
- CABO, JOSÉ ANTONIO: (2004), «Lo que no sucedió el 11-S», *El Catoblepas*, nº 23, enero, 2004. Oviedo: Nódulo materialista.
- CABRIA, I.: (1993), *Entre Ufólogos, Creyentes y Contactados. Una historia social de los OVNIS en España*. Santander: Cuadernos de Ufología.

- CALVENTE, SOFÍA BEATRIZ: (2011), *El milagro de creer en milagros: La crítica de Hume a la idea de un dios providencial*, VIII Jornadas de Investigación en Filosofía, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Memoria Académica.
- CAMACHO, SANTIAGO: (2008), *Veinte grandes fraudes de la historia*. Madrid: EDAF.
- CAMACHO, JOSÉ LUIS: (2015), *La conspiración reptiliana*. Barcelona: Planeta.
- CAMIÑAS, TASIO: (2007), «Valores en alza: Guerra, propaganda mediática, cultura del miedo y ‘hedocinismo’», *Revista Latina de Comunicación Social*, nº 62, enero-diciembre 2007.
- (2008), *Mitos globales y alteridad*. Málaga: Libros de la Frontera.
- CAMP, GREGORY: (1997), *Selling Fear*, Grand Rapids, Baker Books.
- CAMPANELLA, TOMMASO. (2006), *La ciudad del sol*, Madrid: Akal.
- CAMUS, RENAUD: (2008), *La Grande Déculturation*, París: Chez l’ auteur.
- (2010), *Décivilisation*, París: Chez l’ auteur.
- (2011), *Le Grand Remplacement*, París: Chez l’ auteur.
- CARDERO LÓPEZ, JOSÉ LUIS: «El aturdimiento: conspiración, orden social y persistencia de cosmovisiones», *A Parte Rei*, nº 44, marzo 2006.
- CARDEÑOSA, BRUNO: (2003), *11-S: Historia de una infamia*. Madrid: Corona Borealis;
- (2004), *11-M, Las falsas claves de una conspiración*. Madrid: Espejo de Tinta.
- CARPETIER, ALEJO: (2008), *El siglo de las Luces*, Madrid: Akal.
- CASSAM, QUASSIM: (2019a), *Conspiracy Theories*, ed. Polity Press;
- (2019b), *Vices of the Mind*. Oxford: Oxford University Press;
- (2019c), «Why Conspiracy Theories are deeply dangerous?», *New Statesman*, 7 de octubre de 2019.
- CASTIGLIONE, BALTASAR DE: (2008), *El Cortesano*, Barcelona: DeBolsillo.
- CASTILLÓN, JUAN CARLOS: (2006), *Amos del mundo. Una historia de conspiraciones*. Barcelona: Debate;
- (2014), «Las respuestas equivocadas de las teorías de la conspiración», *Etcétera*, nº 166, septiembre, 2014.
- CERVANTES, MIGUEL: (2011), *Novelas ejemplares*. Barcelona: Espasa Libros.
- CHALVIDANT, JEAN: (2004). *11-M. La manipulación*. Madrid: Ediciones Jaguar.
- CHABAUTY, EMMANUEL: (1882), *Les Juifs, nos maîtres*. París: Saint Remi.
- CHARLES B. THAXTON: (1993), *Of Pandas and People, the central question of biological origins*: Dallas : Houghton Pub Co.
- CHESTERTON, G.H.: (2001), *El hombre que era jueves*. Madrid: Alianza Editorial.
- CHOMSKY, NOAM: (2002), *11/09/2001*. Barcelona: RBA.

- CHUN, WENDY HUI KYONG: (2006), *Control and Freedom: Power and Paranoia in the Age of Fiber Optics*, Cambridge, Massachusetts: MIT, Press.
- CIORAN, E. M.: (1981), *Del inconveniente de haber nacido*. Madrid: Taurus.
- CLARKE, STEVE: (2006a), «Conspiracy Theories and Conspiracy Theorizing», en Coady, David (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd., (pp. 77-92); Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2006b), «Appealing to the Fundamental Attribution Error: Was it all a Big Mistake?», en Coady, David (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd., (pp. 129-132); Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2006c), «The Fundamental Attribution Error and Harman's Case against Character Traits», *South African Journal of Philosophy*, 25: pp. 350-368.
- COADY, DAVID: (2006a), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd.; Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2006b), «An Introduction to the Philosophical Debate about Conspiracy Theories», en Coady, David (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*, Ashgate Publishing, Ltd., (pp. 1-11); Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2006c), «Conspiracy Theories and Official Stories», en Coady, David (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd., (pp. 115-127). Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2007a), «Introduction: Conspiracy Theories», *Episteme*, 4:pp. 131-134. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2007b), «Are conspiracy theorists irrational? », *Episteme*, 4:pp. 193-204. Cambridge: Cambridge University Press.
- COCKBURN, ALEXANDRE: (1979), *Political Ecology*, NYC: New York Book Company.
- (1988), *Corruptions of Empire*. Brooklyn, NY: Verso.
- (2000); *5 Days that Shook the World: Seattle and Beyond*. Brooklyn, NY: Verso;
- (2006a), «Los chiflados de la Teoría de la Conspiración del 11-S», *Rebelión*, 17 de septiembre de 2006. Rebellion.org.
- (2006b), «Scepticisme ou occultisme? Le complot du 11-Septembre n' aura pas lieu», *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 2006.
- (2006c), «The 9/11 Conspiracists and the Decline of the American Left», *CounterPunch*, 28 de noviembre de 2006. Petrolia, CA: CounterPunch.
- (2007), En profundidad con Alexander Cockburn, el 1 de abril de 2007: <http://www.c-span.org/video/?196500-1/Cockbu>.

- (2008), «The 9/11 Conspiracists and the Decline of the Left», *Counter Punch*. 28 de noviembre de 2008. Petrolia, CA: CounterPunch.
- CODDOU, SERGIO: (2003), «En la selva del exceso», *Artes & Letras*, 27 de abril de 2003.
- COHN, NORMAN: (1995), *El mito de la conspiración judía mundial*. Madrid: Alianza.
- (2015), *En pos del Milenio*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- (1981), *Los demonios familiares de Europa*. Madrid: Alianza.
- COHEN VILLAVERDE, JÉSSICA, Y BLANCO NAVARRO, JOSÉ MARÍA: (2014), «Presente y futuro del terrorismo de extrema derecha en Europa», *Revista de Estudios Europeos*, nº 65, pp. 45-66. Valladolid: Instituto de Estudios Europeos de la Universidad de Valladolid.
- (2017), *Grupos militantes de ideología radical y carácter violento, Supremacismo blanco*, Instituto Español de Estudios Estratégicos Madrid: Ministerio de Defensa
- COMISIÓN NACIONAL DE INVESTIGACIÓN: (2005), *11-S. El informe. Extracto del informe final de los atentados terroristas contra Estados Unidos*. Barcelona: Paidós.
- CONRAD, JOSEPH: (1995), *El agente secreto*. Madrid: Cátedra.
- (2013), *El corazón de las tinieblas*, Barcelona: Juventud.
- COLLON, MICHEL: (1992), *Attention, media!-Manuel anti-manipulation*, Bruselas: EPO.
- (2004), *Médias et censure*. Lieja: Universidad de Liège;
- (2007) *Les 7 Péchés d'Hugo Chávez*. Bruselas: Couleur libres.
- (2008), «Investigación sobre una foto manipulada», *Rebelión*. Rebelion.org.
- (2010), *Israel, parlons-en!*, Bruselas: Couleur Livres.
- (2015), *¿Yo soy o no soy Charle?*; *Rebelión*. Rebelion.org.
- (2016a), «¿"Conspiracionista" yo?», *Rebelión*. Rebelión. Org.
- (2016b), «Los diez mandamientos del perfecto "satanizador"», *Rebelión*. Rebelión. Org.
- (2020), Le coronavirus, Covid19, est-il un complot mondial?, *You Tube*: <https://www.youtube.com/watch?v=YdX3U9qqyzU>
- COLEMAN, JOHN: (1992), *Conspirator's Hierarchy*. Sanger, CA: America West Publishers.
- CORA, RAMÓN: (2013), «Teorías de la conspiración», *Milenio Diario*, 23 de mayo de 2013. Monterrey: Grupo Multimedios.
- CORIA, JOSÉ FELIPE: (2002), *Cae la luna: la invasión de Marte*. México: Paidós.
- COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A.: (1980), «Diablo y demonio», *Diccionario crítico etimológico del español*. Madrid: Gredos.

- COWARD, BARRY, y, SWANN, JULIAN: (2004), *Conspiracies and Conspiracy Theory in Early Modern Europe, from the Waldensians to the French Revolution*, Burlington, Vermont: Ashgate.
- GROVE, ANDREW S: (1996), *Only the Paranoid Survive*. NYC: Doubleday & CO.
- CZIESCHE, DOMINICK Y VV.AA: (2003), «Colección de absurdos», *Der Spiegel*, 8 de septiembre de 2003. Hamburgo: Spiegel-Verkig.
- DASQUIÉ, GUILLAUME, Y GUISEL, JEAN: (2002), *L'Effroyable mensonge: thèses et foutaises sur le 11-S*. París: La découverte.
- DARWIN, CHARLES: (1988), *El origen de las especies*, Barcelona, Espasa.
- DAWKINS, RICHARD: (2006), *El espejismo de Dios*. Barcelona: Espasa.
- DEAN, JODI: (1998), *Aliens in America: Conspiracy Cultures de Outerspace al Ciberespacio*. Ithaca, N.Y: Cornell University Press).
- DE BERCEO, GONZALO: (1992), *Obras Completas*, Barcelona: Espasa.
- DEMBSKI, WILLIAM A.: (2000), *Intelligent Design Uncensored*. Westmont, Illinois:
- DENTITH, MATTHEW: (2001), *In Defence of Conspiracy Theories*, Nueva Zelanda: Tesis doctoral, University of Ausckland.
- (2014), *The Philosophy of Conspiracy Theories*. Londres: Palgrave Macmillan.
- DEL CASTILLO, RAMÓN: (2002), «Ideologías postmodernas», *Preliminares* (número monográfico sobre la postmodernidad), Madrid, Doce Notas Editores.
- (2003), «Terry Eagleton: una visión crítica de la crítica», *Preliminares* (número monográfico sobre el estado de la crítica). Madrid, Doce Notas Editores.
- (2004), «Érase una vez en América: John Dewey y la crisis de la democracia», estudio preliminar a Dewey, John, *La opinión pública y sus problemas*, Madrid, Morata.
- (2019), *El jardín de los delirios. Las ilusiones del naturalismo*, Madrid, Turner.
- (2020), «Desastre y futuro: Raymond Williams y la ciencia-ficción», *La torre del Virrey. Revista de estudios culturales*, (en prensa).
- DELILLO, DON: (2002), *En las ruinas del futuro*. Barcelona: Circe;
- (2011a), *Los nombres*. Barcelona: Seix Barral;
- (2011b), *Ruido de fondo*. Barcelona: Austral;
- (2012a), *El hombre del salto*. Barcelona: Austral;
- (2012b), *Cosmópolis*. Bcelona: Austral;
- (2013a), *Mao II*. Barcelona: Austral;
- (2013b), *Punto Omega*. Barcelona: Austral;

- (2013c), *La calle Great Jones*. Barcelona: Seix Barral; ,
- (2014a), *Libra*. Barcelona: Austral;
- (2014b), *El ángel esmeralda*. Barcelona: Austral;
- (2014c), *Submundo*. Barcelona: Austral;
- (2016), *Cero K*. Barcelona: Seix Barral.
- DEUTSCHER, ISSAC: (1975), *El profeta armado: Trotsky (1879-1921)*. México: Era;
- (1975a), *El profeta desarmado: Trotsky (1921-1929)*. México: Era;
- (1975c), *El profeta desterrado: Trotsky (1929-1940)*. México: Era.
- DIÁSPORA, COLECTIVO: (2002), *Los dueños del mundo y los cuarenta ladrones*. Barcelona: Viejo Topo.
- DÍAZ, ÓSCAR: (2016), «Conspira, que algo queda», *Jot Down*, 23 de mayo de 2013.
- DICK, PHILIP K: (2012a), *Blade Runner, ¿Sueñan los androids con ovejas eléctricas?* Barcelona: Booket;
- (2012b), *Ubik*. Barcelona: Booket.
- (2012c), *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*. Barcelona: Booket.
- (2014), *El hombre en el castillo*. Barcelona: Booket.
- (2015a), *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*. Barcelona: Booket.
- (2015b), *La transmigración de Timothy Archer*. Barcelona: Booket.
- (2016), *Tiempo desarticulado*. Barcelona: Booket.
- (2017a), *Valis*. Barcelona: Booket.
- (2017b), *Dr. Bloodmoney o cómo nos las apañamos después de la bomba*. Barcelona: Booket.
- DIDEROT, DENIS: (1974), *Pensamientos filosóficos*, Madrid: Sarpe.
- DIEGO, ENRIQUE DE: (2004), *Días de infamia. Del 11-M al 14-M*. Madrid: Libroslibres.
- (2007), *Conspiranoica. De cómo El Mundo y la Cope mintieron y manipularon sobre el 11-M*. Madrid: Rambla.
- DON JUAN MANUEL: (2006), *El conde Lucanor*, Madrid: Cátedra.
- DOWNS, ROGER, y STEA, DAVID: (1973), *Imagen and Environment*, reed. Aldine Transaction, 2005;
- (1977), *Maps in Minds: Reflections on Cognitive Mapping*, ed. Joanna Cotler Book.
- DUMAS, ALEJANDRO: (2005), *Joseph Balsamo*. Barcelona: Alba.
- DURHAM, MARTIN: (2000), *The Christian Right, the far Right and the Boundaries of American Conservatism*. Manchester: Manchester University Press.
- EAGLETON, TERRY: (2007), *Terror sagrado*, Madrid: UCM.
- (2008), *Terror santo*, Madrid: Debate.

- ECO, UMBERTO: (2010), *El cementerio de Praga*. Barcelona: Lumen;
- (2012), «La multiplicación de los media», *La estrategia de la ilusión*. Barcelona: Mondadori.
- (2014). «Apuntes para una teoría de las conspiraciones», *Clarín*, 12, octubre, 2014. Buenos Aires: Clarín.
- (2018), *Contra el fascismo*. Barcelona: Lumen.
- (2019), *Ur-Fascismo*. Barcelona: Omegalfa.
- ENGELS, F: (1978), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Moscú: Progreso.
- ESPEJO MURIEL, CARLOS: (1999), «Pócimas de amor: Las magas en la Antigüedad», *Iberia*, 2, pp. 33-45;
- (2005), *La magia en la literatura: magas, brujas, hechiceras*, Centro Virtual Cervantes.
- ESQUERRE, ARMAUD: (2009), *La manipulation mentale. Sociologie des sectes en France*, París: Fayard.
- ESTRADA, JOSÉ ANTONIO: (2003), *La imposible teodicea: la crisis de la fe en Dios*. Madrid: Trotta.
- ESTULIN, DANIEL: (2005), *La verdadera historia del Club Bilderberg*. Barcelona: Planeta;
- (2006), *Los secretos del Club Bilderberg*. Barcelona: Bronce;
- (2008), *La historia definitiva del Club Bilderberg*. Barcelona: Bronce;
- (2010), *Conspiración Octopus*. Barcelona: Ediciones B.
- (2013), *El Instituto Tavistock*. Barcelona: Ediciones B.
- FARRÉ, JUAN AVILÉS: (2008), *El nacimiento del terrorismo en Occidente: Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*. Madrid: Siglo XXI.
- FARRELL, JOHN: (2006), *Paranoia and Modernity: Cervantes to Rousseau*. Ithaca, New York: Cornell University Press.
- FELDMAN, SUSAN: (2011), «Counterfact Conspiracy Theories», *International Journal of Applied Philosophy*, 25: pp. 15-24.
- FENSTER, MARK: (2008), *Conspiracy Theories: Secrecy and Power in American Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- FERNANDEZ URIEL, PILAR: (1990), «El incendio de Roma del año 64: Una nueva revisión crítica», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, t.3, pp 61-84.
- FERNÁNDEZ MALLO, AGUSTÍN: (2018a), *Teoría General de la Basura*. Barcelona: Galaxia Gutenberg;
- (2018b), entrevista de Fernando Cletot, *Revista Quimera*, nº 417.
- FERNÁNDEZ MARTÍN, ADRIÁN: (2002), «¿Qué dijo Chomsky sobre el 11-S?», *El*

- Catoblepas*, nº5, julio, 2002. Oviedo: Nódulo materialista.
- FERRATER MORA, JOSÉ: (1980), *Diccionario de Filosofía*, Cuatro Volúmenes. Madrid: Alianza Diccionarios.
- FOSTER WALLACE, DAVID: (1987), *La escoba del sistema*. Málaga: Pálido Fuego;
- (1996), *La broma infinita*. Barcelona: DeBolsillo;
- (1997), *Algo supuestamente divertido que no volveré a hacer*. Barcelona: DeBolsillo;
- (1999), *Entrevistas breves con hombres repulsivos*. Barcelona: DeBolsillo;
- (2003), *Todo y más*. Barcelona: RBA;
- (2004), *Extinción*. Barcelona: DeBolsillo;
- (2005a), *Hablemos de langostas*. Barcelona: Mondadori;
- (2005b), *Esto es agua*. Barcelona: Random House;
- (2012), *Conversaciones con David Foster Wallace*. Málaga: Pálido Fuego;
- (2016), *El tenis como experiencia religiosa*. Barcelona: Random House.
- FOUCAULT, MICHAEL: (1970), *Arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI;
- (1986), *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo XXI;
- (1987), *Historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI;
- (1997), *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI;
- (2006), *Seguridad, territorio, población*. México: FCE.
- FRAIJÓ, MANUEL: (2006), *Dios, el mal y otros ensayos*. Madrid: Trotta;
- (2012), *A vueltas con la religión*. Pamplona: Verbo Divino.
- FRANCESCUTTI, PABLO: (2007), *Las Teorías de la conspiración: de cómo los medios de comunicación dan sentido a la historia del presente*; conferencia en el II Congreso Internacional y VII Nacional de la Asociación Argentina de Semiótica, en Rosario, Argentina.
- FRAZER, JAMES GEORGE: (2011); *La rama dorada: magia y religión*, México, FCE.
- FRIEDAN, BETTY: (2016), *La mística de la feminidad*. Madrid: Cátedra.
- FROMM, ERICH: (1993), *Sociopsicología del campesino mexicano*. México: FCE.
- FUREDI, FRANK: (1997), *Culture of Fear*. Londres: Continuum I. Publishing Group.
- (1999), *Courting Mistrust*. Londres: Center for Policy Studies.
- (2001), *Paranoid Parenting*. Londres: Penguin Press, Allen Lane;
- (2003), *Therapy Culture*. Londres: Routledge, Taylor & Francis.
- (2004), «Diana Syndrome: We have the Conspiracies we deserve», *Sp! Ked*, 11 de enero de 2004. Kansas: Fundación Charles Koch.
- (2005), «Looking for a Conspiracy Theory», *Christian Science Monitor*, 16 de noviembre de 2005.

- (2007), *Invitation to terror*. London: Bloomsbury.
- 2008a), «Why Facts don't destroy Conspiracy Theory?», *Sp! Ked*, 7 de julio de 2008. Kansas: Fundación Charles Koch.
- (2008b), *Licensed to Hug*. London: Civitatis.
- (2008c), «Stop this primitive search for scapegoats», *Economy: Financial Crisis*, (11 de noviembre de 2008)
- (2009), «We don't need another Conspiracy Theory», *Sp! Ked*, 24 de noviembre de 2009. Kansas: Fundación Charles Koch.
- GALEANO, DIEGO: (2007), «En nombre de la seguridad», pp. 102-125, *Lecturas sobre policía y formación estatal*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- GALEANO, EDUARDO: (2005), «Los diablos del Diablo», *Red Voltaire*.
- GALLO, ALEJANDRO M.: (2013), «El método científico de Sherlock Holmes», *La Nueva España*. Madrid: EPI;
- (2016), «Nos falta un relato», pp.11-24, *El arte frente al terror*. León: Universidad de León;
- (2019), «Conspiracy Theories: From Paranoia to Genocide», *Estudios Humanísticos*, nº 41. León: Universidad de León.
- GARRIDO, F.: (1881), *¡Pobres jesuitas! y Monita Secreta*. Madrid: Santa Marta.
- GEORGE, SUSAN: (2005), *El informe Lugano*. Barcelona: Icaria;
- (2013), *El informe Lugano II*. Barcelona: Deusto.
- GEORGE WELLS, HERBERT: (2009), *La máquina del tiempo*. Madrid: Anaya.
- (2016), *La guerra de los mundos*. Barcelona: Libros del Zorro Rojo.
- GILBERT, DAVID: (1996), «Tracking the Real Genocide: AIDs, Conspiracy of Unnatural Disaster?», *Covert Action Quarterly*, nº 58.
- GITKIN, TODD: (1980), *The Whole World Watching*, Berkeley: University of California Press.
- GOBINEAU, ARTHUR DE: (1967), *Essai sur l'inégalité des races humaines*, París: Pierre Belfond.
- GOERTZEL, TED: (1994), «Belief in Conspiracy Theories», *Political Psychology*, nº 15, pp. 731-742;
- (2010), «Conspiracy theories in science», *Embo Reports*, nº 11, pp. 493-499.
- GONZALEZ, HORACIO: (2004), *Filosofía de la conspiración*. Buenos Aires: Colihue.
- GORDON, ARNOLD: (2008), *Conspiracy Theory in Film, Television and Politics*, West-port: Praeger.

- GRIFFIN, DAVID RAY: (2012), *The New Pearl Harbor*. Northampton, Massachusetts: Olive Branch Press.
- GROH, DIETER: (1987), «The Temptation of Conspiracy Theory, or: Why do Bad Things Happen to good people?», *Changing Conceptions of Conspiracy*, pp. 1-37. NYC: Graumann & Moscovici.
- GROVE, ANDREW S.: (1996), *Solo los paranoicos sobreviven*. Madrid: Granica.
- GUERRERO, ATILANA: (2017), «El mito del “pueblo soberano”», *El Basilisco*, nº 49 (2017), pp. 21-30.
- GUTIERREZ MARTINEZ, MARÍA DEL MAR: (1998), «El nombre del diablo en la literatura medieval castellana del siglo XIII», *Berceo* nº 134, pp. 39-54. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- HARRIS, MARVIN: (1991), *Nuestra especie*. Madrid: Alianza;
 —(1998), *El desarrollo de la teoría antropológica*. Madrid: Siglo XXI;
 —(2000), *La cultura norteamericana contemporánea*. Madrid: Alianza.
 —(2004a), *Introducción a la antropología general*, Madrid: Alianza.
 —(2004b), *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna*, Barcelona: Crítica.
- HEIDEL, ALEXANDER: (1949), *The Gilgamesh Epic and Old Testament Parallels*. Chicago: University of Chicago Press.
- HELLINGER, DANIEL: (2003), «Paranoia, Conspiracy, and Hegemony in American Politics», en West & Sanders. Durham, NC: Duke University Press.
- HENDERSON, BODDY: (2006), *The Gospel of the Flying Spaghetti Monster*. NYC: Villard Books.
- HERDER, JOHANN G.: (2007), *Filosofía de la Historia para la educación de la humanidad*. Sevilla: Espuela de Plata.
- HERRADÓN, ÓSCAR: (2017), «Jesuitas: Conspiración en el Vaticano», *Enigmas*, 23 de mayo de 2017.
- HERZL THEODOR: (2004), *El Estado judío*. Zaragoza: Riopiedras.
- HESS, MOSES: (2018), *Roma and Jerusalem*. Sacramento CA: Creative Media Partners.
- HIRSCHMAN, ALBERT: (1991), *Deux siècles de rhétorique réactionnaire*, París: Fayard.
- HOBBSAWM, ERIC. J.: (1981a), *Las revoluciones burguesas*. Madrid: Guadarrama;
 —(1981b), *La era del capitalismo*. Madrid: Guadarrama.
 — (1998), *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica;
- HOFSTADTER, RICHARD: (1964), «The paranoid style in American politics», *Harper's Magazine*, November.

- (1965), *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- HOMERO: (2006), *La Odisea*. Madrid: Cátedra;
- (2007), *La Iliada*. México, DF: Porrúa.
- HOOK, SIDNEY: (1951), «From Plato to Hegel to Marx», *New York Times*, 22 de Julio de 1952.
- HOPKINS, BUDD: (1988), *Missing Time*. New York: Three Rivers Press.
- HUI KYONG CHUN, WENDI: (2006) *Control and Freedom: Power and Paranoia in the Age of Fibre Optics*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- HUGO, VÍCTOR: (2017), *Noventa y tres*, Buenos Aires: Losada.
- HUME, DAVID: (2004), *Investigaciones sobre el conocimiento humano*. Madrid: Akal, Istmo;
- (2004), *Diálogos sobre las Religión Natural*. Madrid: Tecnos.
- HUNTINGTON, SAMUEL P.: (2015), *Choque de civilizaciones*. Barcelona: Paidós.
- IBÁÑEZ, ANDRÉS: (2015), «Al límite, de Thomas Pynchon: un vertedero con estructura», Julio 2015, *Revista de Libros*. Madrid: RdL.
- IBÁÑEZ, MIGUEL: (2000), *Pop Control*. Barcelona: Glenat España.
- ICKE, DAVID: (1994), *The Robots' Rebellion: The story of the Spiritual Renaissance*. Edmonton, Canada: Gateway.
- (2011), *El gran secreto*. Barcelona: Obelisco;
- (2012a), *Hijos de Matrix*. Barcelona: Obelisco;
- (2012b), *El despertar del León*. Barcelona: Obelisco;
- (2013a), *Y la verdad os hará libres*. Barcelona: Obelisco;
- (2013b), *Conspiración mundial y cómo acabar con ella*. Barcelona: Obelisco.
- INHOFE, JAMES: (2012), *The Greatest Hoax: How the Global Warming Conspiracy Threatens Your Future*. Washington, DC: WND Books.
- JAMESON, FREDRIC: (1989), *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. Madrid: Visor;
- (1991), *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*. Barcelona: Paidós;
- (1995), *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial*. Barcelona: Paidós;
- (2010a), *Reflexiones sobre la postmodernidad: conversaciones con David Sánchez Usanos*. Madrid: Abada;
- (2010b), *Marxismo tardío: Adorno y la persistencia de la dialéctica*. México: FCE;
- (2012), *El postmodernismo revisado*. Madrid: Abada;
- (2013), *Representar El Capital: Una lectura del tomo I*. México: FCE.
- JOLY, MAURICE: (2002), *El diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*.

- Barcelona: Aleph.
- KAHNEMAN, DANIEL: (2018), *Pensar rápido, pensar despacio*. Barcelona: DeBolsillo.
- KAKRIDIS, IOANNIS: (1987), *Homeric Researches*. NTC: Garland.
- KAMEN, HENRY: (1999), *La inquisición española*. Barcelona: Crítica.
- KAYSING. BILL, y BILLY REID, RANDY: (1974), *We Never Went to the Moon*. Washington: Health Research.
- KEELEY, BRIAN L: (2006a). «Of Conspiracy Theories», en Coady, David (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd., (pp. 45-60). Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2006b), «Nobody Expects the Spanish Inquisition! More Thoughts on Conspiracy Theories», en Coady, David (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd., (pp. 107-113). Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2007), «God as the Ultimate Conspiracy Theory», *Episteme*, 4: 135-149.
- KELLY, MICHAEL: (1995), «The Road to Paranoia», *The New Yorker*, 12 de junio de 1995.
- (2004), *Things Worth Fighting For*. New York: The Penguin Press.
- KELLY HOSKINS, RICHARD: (1990), *Vigilantes of Christendom*. Virginia: Hardcover.
- KEROUAC, JACK: (2017), *En el camino*. Barcelona: Anagrama.
- KHRUSHCHEV, NIKITA: (1956), *Informe al XX Congreso del PCUS*. Madrid: Fundación Investigaciones Marxistas.
- KNIGHT, PETER, (2000), *Conspiracy Culture. From Kennedy to the X-Files*, Londres: Routledge.
- (2002) *Conspiracy Nation: The politics of Paranoia in Postwar America, An Encyclopedia*. Broadway, NY: NYU Press;
- (2003), *Conspiracy Theories in American History*. Santa Bárbara, CA: ABC-CLIO.
- KOCH, PAUL H.: (2004), *Illuminati*. Barcelona: Planeta.
- KOLAKOWSKI, LESZEK: (1995), *Si Dios no existe...* Madrid: Tecnos;
- (2003), «Leibniz y Job: metafísica del mal y experiencia del mal», pp. 24-28, *Letras libres*.
- KRAMER, SAMUEL NOAH: (1971), *The Sumerians: Their History, Culture and Character*. Chicago: University of Chicago Press;
- (1985), *La historia comienza en Sumer*. Barcelona: Orbis;
- (1993), *La cuna de la civilización*. Madrid: Folio.
- KRUGLANSKI, ARIEW, Y OREHEK, EDWARD: (2009), «Toward a Relativity Theory of Rationality». *Social Cognition*, 27: pp. 639-660.
- KUHN, TOMAS: (2006), *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.

- KUSCHE, LAWRENCE: (1977), *El misterio del Triángulo de las Bermudas solucionado*. Barcelona: Sagitario.
- LAGO, EDUARDO: (2019a), *Walt Whitman ya no vive aquí. Ensayos sobre literatura norteamericana*. Madrid: Sexto Piso;
- (2019b), «Una conversación inédita con David Foster Wallace», *Eterna cadencia*, (13 de septiembre de 2019)
- LAKATOS, IMRE: (1983), *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza Editorial.
- LASO, JOSÉ MARÍA: (2002), «Las contradicciones de la administración Bush», *El Catoblepas*, nº 6, agosto. Oviedo: Nódulo materialista.
- LAUREL KENDALL: (2003), «Gods, markets and the IMF in the Korean spirit world», en West & Sanders, Durham, NC: Duke University Press.
- LEIBNIZ, GOTTFRIED: (2013), *Ensayos de Teodicea*. Salamanca: Sígueme.
- LEWANDOWSKY, STEPHAN, y COOK, JOHN: (2020), *The Conspiracy Theory Handbook*, Bristol: University of Bristol.
- LIO, VANESA, y URTASUM, MARTÍN: (2017), «Boltanski, Luc (2016), Enigmas y complots. Una investigación sobre las investigaciones», *Cuestiones de Sociología*, nº 16, pp. 1-4, La Plata: Universidad de La Plata.
- LLEDÓ CASTEJÓN, PABLO: (2014), *Las teorías conspirativas del 11-M y su utilización política*. Tesis doctoral. Madrid: UAM.
- LÓPEZ MORELL, MIGUEL ÁNGEL: (2005), *La Casa Rothschild en España (1812-1941)*. Madrid: Marcial Pons.
- LÓPEZ DE AYALA, PEDRO: (1993), *Libro rimado de Palacio*, Madrid: Anaya.
- LOUIS P. LOCHNER: (1948), *The Goebbels Diaries*. New York: Doubleday & Company.
- LUNA, PEDRO: (2013), *Libro de las confesiones de la vida humana*, Sydney: Wentworth.
- LUTHER PIERCE, WILLIAM: (1999), *The Turner Diaries*. Chicago: National Vanguard.
- LYNCH, KEVIN: (2015), *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gill.
- MAILER, NORMAN: (1962), *Días de gracia y arena*. Barcelona: DeBolsillo;
- (1972a), *La farsa política norteamericana*. Barcelona: Ediciones 62;
- (1972b), *San Jorge y el padrino*. Barcelona: Dopesa;
- (1982) *El parque de los ciervos*. Barcelona: Planeta;
- (1984) *Noches de la antigüedad*. Barcelona: Plaza & Janes;
- (1985) *Los hombres duros no bailan*. Barcelona: Planeta;
- (1992) *El fantasma de Harlot*. Barcelona: Plaza & Janes;
- (2003) *¿Por qué estamos en guerra?* Barcelona: Anagrama.

- MAISTRE, JOSEPH DE: (2015), *Consideraciones sobre Francia*. Madrid: Escolar y Mayo.
- MOLYNEUX, JOHN: (1979), *Marxism and the Party*, London: Pluto Press.
- (2001), *Rembrandt and Revolution*, London: RedWords.
- (2003), *What is the Real Marxist Tradition?*, London: Bookmarks.
- (2011), «¿Qué falla en las teorías de la conspiración?», *Insumissia*, 27 agosto 2011.
- (2013), *The Point is to Change it!*, London: Bookmarks.
- (2020), *The Dialectics of Art*, Chicago: Haymarket Books.
- MANDEL, ERNEST: (1975), *Capitalismo tardío*, México: Era.
- MANDIK, PETE: (2007), «Shit Happens», *Episteme* 4, pp. 205-218.
- MANDROU, ROBERT: (1964), *De la culture populaire aux XVII et XVIII siècles: la Bibliothèque bleue*, París: Stock.
- MANNHEIM, KARL: (1941), *Ideología y Utopía*. México: FCE;
- (1944), *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México: FCE;
- (2000), *El hombre y la sociedad en época de crisis*. Barcelona: Aleph.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS: (2010), *El Príncipe*. Madrid: Akal.
- MARCUS, GEORGE: (1999), *Paranoia Within Reason*, Chicago: The University of Chicago Press.
- MARTÍN JIMENEZ, CRISTINA: (2017), *Los amos del mundo están al acecho. Bilderberg y otros poderes ocultos*. Barcelona: Temas de hoy.
- MARTÍN SALVÁN, PAULA: (2005), *Tramas y resistencias: Examen de la narrativa de Don DeLillo en el marco del postmodernismo norteamericano*, Tesis doctoral Universidad de Córdoba, dirigida por Julián Jiménez Heffernan.
- MARTÍNEZ, FERRAND: (1998), *Libro del caballero Zifar*, Madrid: Anaya.
- MARTÍNEZ DE TOLEDO, ALFONSO: (1979), *Gorbachov*, Madrid: Cátedra.
- MARTÍNEZ SELVA, JOSÉ MARÍA (2009). *La gran mentira. En la mente de los fabuladores más famosos de la modernidad*. México: Paidós.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS: (2010), *El Príncipe*, Madrid: Akal.
- MARX, KARL: (1983), *El Capital*. Madrid: Madrid: Siglo XXI;
- (1977); *Manifiesto Comunista*, con F. Engels. Madrid: Ayuso;
- (1988), *La ideología alemana*. Barcelona: L'Eina;
- (1989), *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Moscú: Progreso.
- MAUPASSANT, GUY DE: (2009), *Todo lo que quería decir sobre Flaubert*. Barcelona: Periferia.
- MCCAIN, JOHN: (2006), *Debunking 9/11 myths. Why conspiracy theories can't stand up to the facts*. NYC: Popular Mechanics, Hearst Communication.

- MCNEILL, WILLIAM HARDY: (2000), *La civilización de Occidente*. San Juan: Universidad de Puerto Rico.
- MELLEY, TIMOTHY: (2000), *Empire of Conspiracy*. NY: Cornell University Press.
- (2008), «Paranoid Modernity and the Diagnostic of Cultural Theory», *Electronic Book Review*. University Florida, 5 de agosto de 2008.
- MENÉNDEZ PIDAL, MARCELINO: (2003), *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- MEYSSAN, THIERRY: (2002), *La gran impostura*. Madrid: La esfera de los libros.
- MINTZ, FRANK P.: (1985), *The liberty lobby and the American right: Race, Conspiracy and Culture*. Santa Bárbara, CA: Greenwood Press.
- MOMMSEN, WOLFGANG J.: (1980), *La época del imperialismo. Europa 1885-1918*. Madrid: Siglo XXI.
- MOLYNEUX, JOHN: (2011), «¿Qué falla en las Teorías de la Conspiración?», *Insumissia web*, 27 de agosto de 2011.
- MORENO MENDOZA, ARSENIO: (2010), «La figura del demonio en el teatro y la pintura del Siglo de Oro español», *Atrio*, 15-16, pp. 149-1556. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide.
- MORO, TOMÁS: (2012), *Utopia*, Madrid: Alianza.
- MORSE, SAMUEL: (1855), *Foreign Conspiracy Against the Liberties of the United States*. New York : Christian Union,.
- MOSCOVICI, SERGE: (1987), «The conspiracy mentality», chapter 9, *Changing Conception of Conspiracy Theory*, pp. 151-169. New York: Springer.
- MOUNIER, JEAN JOSEPH: (1822), *De l'Influence attribuee aux philosophes, aux franc-masons et aux illumines sur la revolution de la France*. París: Ponthieu.
- MUGUERZA, JAVIER, y VV. AA.: (2008), *Occidente: razón y mal*. Buenos Aires: Atlántida.
- MUGICA, FERNANDO: (2006), *A tumba abierta*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- NAVARRO, SANTIAGO JUAN: (2006), «Foucault en las Américas. El lector como genealogista en los relatos postmodernos de Ricardo Piglia y Don DeLillo», *Boletín Hispánico Helvético*, V. 7, Florida International University.
- NEGRI, TONI, y HARDT, MICHAEL: (2005), *Imperio*. Barcelona : Paidós.
- NEUMANN, FRANZ: (2014), *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacionalsocialismo, 1933-1944*. Barcelona: Anthropos,
- O'DONNELL, PATRICK: (1992), «Engendering paranoia in contemporary narrative», *New Americanist*, 2, pp. 181-204. Durham, NC: Duke University Press;

- (2000), *Latent Destinies: Cultural Paranoid and Contemporary U. S.*. Durham, NC: Narrative Durham.
- PACKARD, VANCE: (1959), *Las formas ocultas de la propaganda*. Buenos Aires: Sudamericana.
- PAPINI, GIOVANNI: (2011), *El diablo*. Barcelona: Planeta.
- PARENT, JOSEPH, y USCINSKI, JOSEPH: (2014), *American Conspiracy Theories*. Oxford: Oxford University Press.
- PATÁN, JULIO: (2006) *Conspiraciones: entre el mito y la paranoia*. México: Paidós;
- (2009) Entrevista a Julio Patán realizada por Mauricio González Lara para la revista *Perdido en el Siglo*, 08 de septiembre de 2009.
- PELKMANS, MATHIJS Y MACHOLD, RHYS. ; (2011), «Conspiracy theories and their truth trajectories», *Journal of Global and Historical Anthropology*, nº 59: pp. 66-80.
- PEREZ, JOSEPH: (2005), *Los judíos en España*. Madrid: Marcel Pons.
- PÉREZ HERNÁIZ, HUGO ANTONIO: (2009) «Teorías de la conspiración. Entre la magia, el sentido común y la ciencia», *Revista Prisma Social*, nº2, junio 2009.
- PHELPS, ERIC JON: (2007), *Vatican Assassins*. Londres: Halcyon Unified Services.
- PIATTELLI PALMARINI, MASSIMO: (2005), *Los túneles de la mente, ¿Qué se esconde detrás de nuestros errores?* Barcelona: Crítica.
- PIGDEN, CHARLES: (2006a), «Popper Revisited, or What is Wrong with Conspiracy Theories?», en Coady, David (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd., (pp. 17-43). Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2006b), «Complots of Mischief», en Coady, David (ed.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate*. Ashgate Publishing, Ltd., (pp. 139-166). Farnham, UK: Ashgate Publishing.
- (2007), «Conspiracy theories and the conventional wisdom», *Episteme*, 4, (pp. 219-232);
- PIGLIA, RICARDO: (2002) «Teoría del complot», *Ramona, Revista de artes visuales*, nº 23, pp 4-15, Buenos Aires: Ramona.
- (2003), «Por una lectura infinita», *Letras Libres*, mayo 2003, pp 52-55;
- (2007) *Teoría del complot*. Buenos Aires: Mate.
- PIGGOTT, STUART: (1988), *El despertar de las civilizaciones*. Madrid: Alianza.
- PIPES, DANIEL: (1997). *Conspiracy: How the Paranoid Style Flourishes and Where It Comes From*. New York: Free Press.
- PLATÓN: (1988), *La república*. Madrid: Gredos.
- (1999), *Las leyes*. Madrid: Gredos.

- PLAME, VALERIE (2007), *Fair Game: My Life as a Spy, My Betrayal by the White House*. Londres: Simon & Schuster.
- POLIAKOV, LEON, Y WULF, JOSEPH: (1960), *El III Reich y los judíos. Documentos y estudios*. Barcelona: Seix Barral.
- POLIDORO, MASSIMO: (2014), *Rivelazioni. Il libro dei segreti e dei complotti*, ed. Piemme.
- POLO Y PEYROLÓN, MANUEL: (1899), *Intervenciones de la masonería en los desastres de España*. Valencia: Alufre.
- POPE, ALEXANDRE: (2017), *Ensayo sobre el hombre*, Madrid: Cátedra.
- POPPER, KARL R: (1983), *Conjeturas y refutaciones*. México: Paidós.
 —(1994) *La sociedad abierta y sus enemigos*. México: Paidós;
 —(2015), *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza editorial.
- PORRET, MICHEL: (2019), *L'Europe des 100.000 bûches*, L'Histoire, nº 456, pp. 50-54.
- PRATCHETT, TERRY: (2014), *Voto a bríos*. Barcelona: DeBolsillo.
- PRATT, RAY: (2002), *Projecting Paranoia*, Kansas: University Press of Kansas.
 —(2003), «Theorizing Conspiracy», *Teoría y Sociedad* 32: pp. 255-271.
- PRESTON, PAUL: (2003), *Francisco Franco*, principalmente el capítulo «Franco. Los mitos del gran manipulador» Barcelona: Ediciones B.
- PROOIJEN, VAN, y JOSTMANN, NB. : (2013), *European Journal of Social Psychology*, nº 43, pp 109-115.
- PYNCHON, THOMAS: (1992), *Un lento aprendizaje*. Barcelona: Fábula Tusquets.
 —(2002), *Arco Iris de la gravedad*. Barcelona: Andanzas Tusquets;
 —(2003) *Vineland*. Barcelona: Fábula Tusquets.
 —(2008). Barcelona: Fábula Tusquets.
 —(2012a), *Mason & Dixon*. Barcelona: Maxi Tusquets;
 —(2012b), *Factor Crítico*, declaraciones de Pynchon a Roberto Bartual.
 —(2013), *Contraluz*. Barcelona: Fábula Tusquets.
 —(2014a), *Vicio Propio*. Barcelona: Maxi Tusquets.
 —(2014b), *Al límite*. Barcelona: Maxi Tusquets.
 —(2016), *La subasta del lote 49*. Barcelona: Maxi Tusquets.
- QUESADA, FERNANDO: (2008), *Sendas de democracia*. Barcelona: Paidós.
- QUEVEDO, FRANCISCO: (1996), *Execración contra los judíos*. Barcelona: Crítica;
 —(2009), *La hora de todos y la fortuna con seso*. Barcelona: Castalia;
 —(2010), *El buscón*. Madrid: Anaya.
- RÄIKKÄ, JUHA: (2009a), «On Political Conspiracy Theories», *The Journal of Political Philosophy*, 17: 185-201.;

- (2009b), «The ethics of conspiracy theorizing». *Journal of Value Inquiry*, 43: 457-468.
- REINOSO, CARLOS: (2015), *Árboles y redes: Crítica del pensamiento rizomático*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- RETINGER, JÓZEF H.: (1941), *Conrad and his Contemporaries*. Londres: Minerva.
- ROCCO, CHRISTOPHER: (2000), *Tragedia e Ilustración*. Madrid: Andrés Bello.
- RODRIGUEZ ADRADOS, FRANCISCO: (1995), *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua*. Madrid: Alianza Universitaria.
- ROJAS, FERNANDO DE: (2017), *La Celestina*, Madrid: S.M.
- ROTTERDAM, ERASMO DE: (2012), *Educación del Príncipe Cristiano*, Madrid: Tecnos.
- ROVIRA, JORDI: (2007), «Historia de una conspiración. Dossier especial 11-M», Col·legi de periodistes de Catalunya, *Revista Capçalera*, nº 139.
- ROBERTS, J.: (1972), *The Mythology of the Secret Societies*. Londres: Macmillan Pub Co.
- ROBERTSON, PAT: (1998), *The New World Order*. Sydney: Trust Media Distribution.
- ROBINS, ROBERT S. y POST, JERROLD M.: (1997), *Political Paranoia*. New Haven: Yale University Press.
- ROBINSON, JOHN: (1798) *Proofs of a Conspiracy against all the Religions and Governments of Europe, carried on in the Secret Meetings of free masons, Illuminati, and reading societies, collected from Good Authorities*. New York: Forman. También en la website: <https://es.scribd.com/doc/2624743/Robison-Proofs-of-a-Conspiracy-1798>
- RODAS, APOLONIO: (2016), *El viaje de los argonautas*. Madrid: Alianza.
- ROLLIN, HENRI: (2005), *L'Apocalypse de notre temps*, París: Allia.
- RONIGER, L, y SENKMAN, L.: (2019), *América tras bambalinas. Teorías conspirativas, usos y abusos*. Pittsburgh: Latin American Research Commons.
- ROSDOLSKY, ROMAN: (1968), *Génesis y estructura de El Capital de Marx*, Madrid: Siglo XXI.
- ROSENBERG, ALFRED: (1992), *El Mito del Siglo XX*. Santiago de Chile: Wotan.
- ROSON, JON: (2003), *Extremistas, mis experiencias con radicales*. Barcelona: Bronce.
- RUDÉ, GEORGE: (1979), *La Europa revolucionaria, 1783-1815*. Madrid: Siglo XXI.
- RUSSELL, BERTRAND: (1952) *Is there a God?*, en la página web Internet Archive Wayback Machine.
- (1987), *Sociedad Humana: Ética y Política*. Madrid: Cátedra.
- RUIZ DELGADO; JOSÉ LUIS: (2013), «Películas, conspiraciones y crisis global», pp. 127-131, *Youkali*, nº 15.
- SACKS, HARVEY: (2000), *Lectures on Conversation*, V- I, Ed. Schegloff, Cambridge.

- SADE, MARQUÉS DE: (2016), *Justine o las desgracias de la virtud*. Madrid: libros gratis.
- (2014), *Diálogos entre un sacerdote y un moribundo*. Madrid: Eneida.
- SAGAN, CARL: (1997), *El mundo y sus demonios*. Barcelona: Planeta.
- (2006), *Los dragones del Edén*; Barcelona: Crítica,
- SALA ROSE, ROSA: (2007), *El misterioso caso alemán*. Madrid: Alba.
- SAMÓSDATA, LUCIANO DE: (2014), *Relatos verídicos*. Madrid: Libros Mablaz.
- SAN AGUSTÍN DE HIPONA: (1986), *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- SANDERS, TODD: (2003), «Invisible hands and visible goods: revealed and concealed economies in millennial Tanzania». West & Sanders, Durham, NC: Duke University Press.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO: (1997), «Radiografía del posmodernismo», *Filosofía y circunstancias*. Barcelona: Anthopos.
- SANTORO, PABLO: (2004), «La deriva de la sospecha: conspiraciones, OVNIS y riesgo». *Nómadas*, enero-junio, nº 9. Madrid: Universidad Complutense Madrid.
- SAVATER, FERNANDO: (1983), «Novela detectivesca y conciencia moral», *Los Cuadernos del Norte*, nº 19, pp. 8-11. Oviedo: Fundación Cajastur.
- SCHELER, MAX: (1970), *L'homme du reiseniment*, París: Gallimard, Idées.
- SCHRAUWERS, ALBERT: (2003), «Through a glass darkly: charity, Conspiracy, and Power in New Order Indonesia». West & Sanders. Durham, NC: Duke University Press.
- SCHLAFLY, PHYLLIS: (1964), *A Choice, Not An Echo*. Washington DC: Pere Marquette.
- SCHWARZ, MAURICIO JOSÉ: (2017), *La izquierda feng-shui*. Barcelona: Ariel.
- SÉRIEUX, PAUL y CAPGRAS, JOSEPH: (1982), «Délire de revendication et délire d'interprétation», *Classiques de la paranoia, Cahiers de recherche du Champ freudien*, vol. 30. París: Navarin-Seuil.
- (2008), *Las locuras razonantes: el delirio de interpretación*, Madrid: Ergon.
- SHAKESPEARE, WILLIAM: (2010), *El mercader de Venecia*. Barcelona: Espasa.
- SHERMER, MICHAEL: (2010), «The Conspiracy Theory Detector», *Scientific American*, 303(6): 102.
- SIMMEL, GEORG: (1927), «Sociología. Estudios sobre las formas de socialización». Vol. 1, 366, *Revista Occidente*. Madrid: Fundación Ortega y Gasset.
- SMITH, ADAM: (2008), *Teoría de los sentimientos morales*. México: FCE.
- (2011), *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza editorial.
- SOROS; GEORGE: (1999), *La crisis del capitalismo global: La Sociedad Abierta en peligro*. Barcelona: Debate.

- STRIEBER, WHITLEY: (2016), *Communion: A true Story*. NYC: Souvenir Press.
- SUNSTEIN, CASS; Y VERMEULE, ADRIAN : (2009). «Symposium on Conspiracy Theories
Conspiracy Theories: Causes and Cures». *The Journal of Political Philosophy*, 17: 202-
227.
- TAGUIEFF, PIERRE-ANDRÉ: (2005), *La foire aux illuminés. Esotérisme, théorie du complot, extrémisme*, París: Mille et Une Nuits.
- TAXIL, LEO: (1886), *El Vaticano y la masonería*. Barcelona: La Inmaculada Concepción.
- TERMES, JOSEPH: (2011). *Historia del anarquismo en España (1870-1880)*. Barcelona: RBA.
- TERUEL RODRÍGUEZ, LAURA: (2006), «Los medios en la construcción de la realidad política: el caso de El Mundo (1993-1996)», Tesis doctoral. Universidad de Málaga.
- THOMPSON, DAMIAN: (1998), *El fin de los tiempos. Fe y temor a la sombra del milenio*. Madrid: Taurus.
- THOMPSON, EDWARD: (1977), *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona: Laia.
- THOMSON, J. ANDERSON: (2011), *Why We Believe in God(s): A Concise Guide to the Science of Faith*. Pitchstone Publishing.
- THUILLIER, FRANÇOIS: (2000), *L' Europe du secret: Mythes et réalité du renseignement politique interne*, París: La Documentation Française.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE: (1996), *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México: FCE.
- TOLMAN, EDWARD: (1948), «Cognitive maps in rats and men», *Psychological Review*, nº 55, pp. 189-208.
- TORO, ALFONSO DE: (1991), «Postmodernidad y Latinoamérica. Un modelo para la narrativa postmoderna», *Revista Iberoamericana*, nº 155/156, abril-septiembre. Kiel Universität.
- TOSCANO, ALBERTO, y KINKLE, JEFF: (2019), *Cartografías de los absoluto*. Segovia: Materia Oscura.
- TOYNBEE, ARNOLD J.: (1971), *Estudio de la Historia* (3 tomos). Madrid: Alianza;
—(1988), *El crisol del cristianismo (Historia de las civilizaciones)*. Madrid: Alianza.
- TRIGGER, B.G.; KEMP, B. J.; O'CONNOR, D.; LLOYD, A. B.: (1985), *Historia del Egipto Antigo*. Barcelona: Crítica.
- TROTSKY, LEON: (1933), «El peligro del Termidor: sobre el discurso de Stalin ante el Comité Central», 11 de enero 1933. Actualmente en www.revolucionrusa.net.
- TUCKER, JIM: (2005), *Jim Tucker's Bilderberg Diary*. Washington, DC: American Free Press
- TUÑÓN DE LARA, MANUEL: (1972 y reed. 1977), *El movimiento obrero en la historia de España*, Tomo I (1832-1899). Barcelona: Laia.

- TURNER, PATRICIA: (1993), *I Heard it Through the Grapevine*, Berkeley: University of California Press.
- UNAMUNO, MIGUEL DE: (1984), *Del sentimiento trágico de la vida*. Barcelona: Orbis.
- USCINSKI, JOSEPH: (2014), *American Conspiracy Theories*. Oxford, UK: Oxford University Press.
- VALSA, LOIS: (2017), «La muerte al acecho», *Transversales* nº 40, febrero 2017.
- VANKIN, JONATHAN: (2004), *Las 80 mejores conspiraciones de todos los tiempos*. New York: Citadel Press.
- VEGA REÑÓN, LUIS: (2013), *La fauna de las falacias*. Madrid: Trotta.
- VERNE, JULIO: (2008), *De la Tierra a la Luna*. Madrid: Akal.
- CAMPION-VINCENT, VERÓNIQUE: (2005), *La société parano. Théories du complot, menaces et incertitudes*, París: Payot.
- VILARROYA, ÓSCAR: (2019), *Somos lo que nos contamos*. Barcelona: Ariel.
- VIRGILIO, PUBLIO: (2006), *Eneida*. Madrid: Cátedra.
- VOLTAIRE: (2013), *Cándido y otros cuentos*. Madrid: Alianza;
—(1995), *Diccionario filosófico*. Barcelona: Temas de Hoy.
- VV. AA.: (1841), *Defensa de la Compañía de Jesús*. México: Luis Adadinao.
- VV. AA. : (1976), *La transición del esclavismo al feudalismo*. Madrid: Akal.
- VV. AA.: (1978), «Alfred Rosenberg», *Crónica Política y Militar de la Segunda Guerra Mundial*, Volumen 8, pp. 317-321. Madrid: Sarpe.
- VV. AA.: (1991), *The Secret Relationship Between Blacks and Jews*, Vol I, Chicago: The Nation of Islam.
- VV. AA.: (2009), *Conspiracy Theories & the People Who Believe Them*, Oxford: Oxford University Press.
- VV. AA.: (2011), *Debunking 9/11 Myths: Why Conspiracy Theories Can't Stand up to the Facts*. NYC: Hearst Communications.
- WILLIAMS, RAYMOND: [1976], (2000), *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y de la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- WEST, HARRY G.; & SANDERS, TODD: (2003), *Transparency and Conspiracy: Ethnographies of Suspicion in the New World Order*. Durham, NC: Duke University Press.
- WEST, HARRY G.: (2003), «"Who rules us now?", Identity tokens, sorcery and other metaphors in the 1994 Mozambican elections», en West & Sanders. Durham, NC: Duke University Press.
- WISE, DAVID, y ROSS, THOMAS: (1964), *The invisible Government*. Barcelona: Random.

- WOOD, MICHAEL; DOUGLAS, KAREN Y SUTTON, ROBBIE: (2011), *Dead and Alive: beliefs in Contradictory Conspiracy Theories*. Canterbury, UK: University of Kent.
- WRIGHT, LAWRENCE: (2019), *Dios salve a Texas*. Barcelona: Debate.
- WULFF, ERICH: (1987), «Paranoic Conspiratory Delusion», *Changing Conceptions of Conspiracy*, pp. 171-191. NYC: Graumann & Moscovici.
- ZAMIATINE, EUGÈNE: (1971), *Nous autres*, París: Gallimard.
- ZEMMOUR, ÉRIC: (2006), *Le premier sexe*. París: Denoël.
- (2014), *Le suicide français*. París: Albin Michel;
- (2018), *Destin français*. París: Albin Michel.
- ZUCKERMAN, MIRON: (1979), «Attribution of success and failure revisited, or: The motivational bias is alive and well in attribution theory», *Journal of Personality*, nº 47, pp. 245-287.